



Renée Ferrer de Arréllaga

Los nudos del silencio

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Renée Ferrer de Arréllaga

Los nudos del silencio

María Cristina Aragón, pintora colombiana, nacida en Popayán. Reside actualmente en los Estados Unidos de América. Ha realizado exposiciones individuales y colectivas, haciéndose acreedora al Premio Arturo Ángel Vallejo, Medellín 1983 y Mención Especial, Salón de octubre, Cámara de Comercio, Cali 1984.

«Los artistas intensos son seres humanos dotados con la 'visión' angelical de los niños o de los locos. De ellos es posible esperar cualquier cosa. Su capacidad de sorpresa no se agota sino en sus propios enredos creativos, cuando el hilo del ovillo se les sale de entre las manos o llegan a un callejón sin salida. Entonces sobreviene el silencio y la reorientación en la alta noche metafísica para hallar esa estrella de navegantes en un mar alto que sólo ellos trasiegan. No hay hombre o mujer más desesperadamente solo que el artista en su trabajo. Y de repente ese color apretujado y febril saltará a los lienzos, como en la actual pintura de María Cristina Aragón, poniéndonos manos arriba intempestivamente, a nosotros, los que habíamos estado acostumbrados a sus tonos umbríos y discretos», nos dice Álvaro Burgos Palacios, con relación a las creaciones más recientes de la artista.

Luego de leer, «Los nudos del silencio» de Renée Ferrer de Arréllaga, María Cristina Aragón pintó el retrato de Malena, que ilustra la tapa de la segunda edición.

A mi esposo y
a mis hijos,
por las horas que les resto

Para Rodrigo Díaz Pérez ,
mi agradecimiento

Los nudos del silencio

Una respetable pareja perteneciente a la clase media alta del Paraguay decide tomar vacaciones en París. En realidad, el marido cumple así una promesa hecha a la mujer: llevarla a Europa. Promesa de larga data, fruto también de su irregular y nunca completamente reconocida relación política y comercial con la dictadura militar. Un hombre, triunfador en la escala social por sus propios medios, casado con una mujer de considerable posición social -Manuel- insiste sin embargo en ver París en los términos que él impone; su siempre condescendiente compañera -Malena- se resigna a sus pedidos. Específicamente, sin dar lugar a ninguna discusión, él insiste en que ella lo acompañe a ver un espectáculo de striptease: después de todo, ¿qué sentido tiene ir a París si uno no puede

disfrutar de las sofisticadas delicias de la ciudad? Para sorpresa de ambos, el espectáculo es más de lo que Manuel esperaba, y éste demanda que su esposa dé vuelta el rostro ante el acto de lesbianismo que tiene lugar en el escenario, protestando vigorosamente y diciendo que no es lo que él pensaba. Mientras ella permanece casi embrujada por lo que está mirando, comienza a pensar que Manuel, por supuesto, sólo podía tolerar un espectáculo en el que se vieran variaciones de la dominación sexual de la mujer por el macho, y que lo él le ha obligado a presenciar desafiaba sus nociones del orden establecido en la manipulación sexual y la gratificación.

A partir de esta página tomada de los anales de la lucha por el poder de una pareja, Renée Ferrer de Arréllaga ha construido una impresionante novela que explora, en forma de mosaicos, la súbita iluminación de Malena con respecto a su paradigmático papel de víctima de la explotación sexual y, consecuentemente, socioeconómica. Se trata de una iluminación que muy rápidamente le quita a ella todas las máscaras asumidas de su cómodo y, sin embargo, desesperante papel modélico de la mujer respetable en la sociedad latinoamericana. Los nudos del silencio es un excelente ejemplo de aplicación del principio retórico de la «ecphrasis», en el sentido de que toda la narración es la compleja elaboración de las consecuencias de un solo incidente trivial en la vida conyugal de Malena y Manuel. Manuel insiste en que Malena realice algo. Ella se resiste primero y luego acepta. A través de su consentimiento en hacer lo que inicialmente rehúsa se altera sin remedio la relación con Manuel.

Aunque puede que no haya gran novedad en los principios feministas que se encuentran en la novela, es impresionante la manera en que la autora persigue la forma de la «ecphrasis» en el ensamblaje del mosaico narrativo, por medio de lo contrastante, lo contrapuntístico, los segmentos de refuerzo y los aspectos complementarios. Existe otro principio artístico presente en la novela: la imagen de la fuga. Se evoca esta forma musical, atendiendo al hecho de que, en primer lugar, Malena abandona su carrera de pianista para convertirse en una perfecta y devota esposa. En segundo lugar, y de manera más importante, la narración es una fuga en el sentido siguiente: ella entreteje motivos de la relación entre Malena y Manuel y entre Malena y la anónima mujer vietnamita que es la principal participante del espectáculo de striptease. Aunque pertenecen a culturas totalmente diferentes y las historias de sus vidas no ofrecen una aparente coincidencia, Malena y Mei Li están ligadas por su experiencia común como mujeres de las que se ha abusado. Una como víctima de una guerra imperialista y la otra como víctima de un régimen autoritario del cual su marido es un agente, y cuya conducta es simplemente el reflejo conyugal de la estructura de poder que él inconscientemente avala. Estos parámetros están explorados de manera múltiple en Los nudos del silencio y el resultado es probablemente la primera novela paraguaya que ofrece el problema de la conciencia feminista. Es significativo que el libro se publicara sólo unos pocos meses antes de la caída de la sólida y bien atrincherada dictadura, con los procesos de «victimización» que son su punto básico de referencia.

Existe otra significativa forma estructural en la novela de Renée Ferrer de Arréllaga. Se debe considerar que mientras la tercera persona (el narrador) explora en abundante detalle los varios niveles de conciencia, auto-contemplación y análisis sociopolítico de los tres personajes principales, sólo las dos mujeres ingresan (en segmentos contrapuntísticos de la

narrativa entendida como fuga) en la expresión de primera persona, y solamente Mei Li, quien finalmente mira a la mujer que viene a humillarla, pero termina absorbida por el aura de humillación de los proyectos de la emigrante vietnamita, puede dirigirse a su doble femenino, silenciosamente, en la segunda persona. A través de toda la novela se atan estos «nudos del silencio» con motivos insistentes del saxofón, instrumento del sufrimiento del ser humano torturado, que desplaza la nostálgica evocación de Malena hacia el piano burgués de su frustrada carrera musical.

La novela de Renée Ferrer da testimonio de una suerte de escritura innovadora que ha comenzado en el Paraguay antes de la caída de Stroessner; una suerte de escritura en germen que uno espera se incrementará en intensidad, dando voz al feminismo y las contraculturas, en una sociedad postautoritaria.

David William Foster

Arizona State University

Comentario de contratapa de la primera edición

París. En un teatro de mala muerte, «sórdidamente azul», en silencio se miran dos mujeres, cabalmente distintas: la bailarina oriental, protagonizando en el minúsculo escenario un ácido porno show lesbiano, y la decente señora de Asunción, que endurece en una raída butaca delantera su asqueado asombro de burguesita del tercer mundo; no obstante, poco a poco sube a tenderse entre ambas desconocidas una suerte de hermandad oscura, tácita y fluyente, que el obstinado ritornelo de un saxo ordena y defiende. Pero el instrumento también se interna en el laberinto secreto de cada uno de los personajes y, con su lezna de música, va enhebrando memorias andrajosas, retazos de vida, travesías, ignominias, curuvicas de gozo, renunciadas. De tal modo, Renée conjura en su primera novela el hosco demonio de los sueños desbaratados y los fríos monstruos de la explotación, que anulan o martirizan a la mujer desde un lupanar de la Saigón de finales de la década del 70, pasando por la dulce Francia, hasta un «barrio residencial», elegante por presunción, de la capital paraguaya; sin embargo, la autora no se dilata sólo en la filosa presentación de las miserias que aguanta el segundo sexo en culturas represoras o intrínsecamente violentas: su afán narrativo alcanza a considerar la estructura autoritaria de la sociedad nacional, erigiendo así alguno de los referentes más valiosos de la novela, mediante el diseño textual de Manuel, el infame esposo de Malena, esbirro visceral y torturador, quien impúdica y trabajosamente simula un caballero.

Por lo demás, Los nudos del silencio está resuelta con bien ganado oficio y dignidad narrativa, habitada en ocasiones de penetrantes ráfagas de poesía; en razón de todo ello, nos complace saludar en esta obra a uno de los textos fundacionales de la novelística actual en nuestro país.

Carlos Villagra Marsal

setiembre, 1988

¡Por fin en París! Años deseando realizar el viaje-sueño y, de pronto, sucede: la oportunidad está ahí para subirse encima. Paladeo de cosa rica en la boca. Sólo tres días y como pez en el agua, se jacta la voz de Manuel desde la cama.

Recién salida de la ducha, la cara hormigueando todavía la alegre expectativa de lo desconocido, con el agua escurriéndosele aún hacia las axilas en sombras, se demora indolente dentro de la toalla ceñida y breve. Lenta, despreocupada, trajina su sazónada juventud de mediodía de un lado a otro. Distraídamente lo escucha, mientras él, meticoloso y ávido, escudriña la red del metro anticipándose al goce del espectáculo que se presenta esa noche en ¿dónde? ¿Un teatro de variedades? No. ¿Un café concert? Tampoco. Pero entonces ¿qué? Un teatrillo pequeño donde se ofrecen emociones reservadas para unas pocas personas. Algo así como una platea erótica, digamos. ¡Pero Manuel, cómo se te ocurre que quiera ver una cosa así! ¿Porqué no? Estamos en París, querida. ¡En París! figúrate. La ciudad donde germinan como hongos los placeres. Estás hablando como un turista de lo más vulgar. ¿No es lo que somos? Hay tantas cosas que ver en París sin ir precisamente a eso. Pero decime, ¿qué tiene de aterrador ver gente desnuda en un escenario? ¿Te intimida o tu sensibilidad no te lo permite? No me intimida para nada, simplemente no valoro un espectáculo de esa clase. Pues a mí me encantan las mujeres, qué querés que te diga, y cuanto más descubiertas, mejor. Sí, sí, ya lo sé. Pero ¿acaso no es más excitante para un hombre ver una sola mujer desenvolviendo sabiamente su voluptuosidad, dándose a sorbos pequeños que le agrandan la sed, a tener veinte descubiertas de la cintura para arriba, paseando las medias corridas por el escenario, como si el cuerpo ya no les importara nada y ni siquiera fuera de ellas? A mí no me vengas con sutilezas de alto vuelo. Aquí vas a ver mucho más que un desfile, te lo aseguro, y no en cantidades, sino una por una, como a vos te gusta. Sarcasmos no, Manuel, por favor. Entonces no hay más que hablar. Vamos y ya está. Mirá, subimos al metro aquí no más, y en veinte minutos estamos en... aunque si preferís ir en taxi, podemos darnos el lujo. Estamos aquí para gastar, vos sabés. Para eso junto talones sin chistar cada vez que me requieren. ¿No te pensarás que me sacan de la cama en plena madrugada sin ninguna retribución? Es que no quiero ir, Manuel. ¡No quiero! ¡Cómo se te puede ocurrir que me guste ver un acto sexual en vivo y en directo, con juego de luces y música de fondo! ¿Y qué te pensás, que te van a cobrar por pasarlos en video? Por supuesto que te lo muestran de piel a piel. De eso se trata. No es para mí, Manuel, compréndeme. Es algo tan íntimo y ajeno, tan... un hombre y una mujer sostenidos nada más por sus jadeos, desgranando a la vista de quien quiera el fruto mismo del recogimiento. Y nosotros enfrente, atisbando los altibajos del deseo, prestado o verdadero, qué sé yo. Cómo pueden abstraerse del público, me pregunto. Cuestión de práctica, querida. ¡Estamos en París! De cualquier manera, no me gusta. Vayamos a otro lado, ¿sí? Por favor. Me prometiste que durante este viaje harías lo que yo quisiera, que así olvidaría el piano, tus salidas, los rumores y todo lo demás. Fíjate aquí, en la guía de espectáculos, hay un concierto en... Déjate de macanas. Venir a París y no entrar en un lugarcito como éste, porque resulta que a la nena le repugna; haceme el favor. No sos una chiquilina de pecho, Malena. Es que no puedo, Manuel. ¿No lograrás entender? ¡No quiero!

Pero yo sí. Y te prevengo que no me lo voy a perder por tus escrúpulos. De modo que si no querés quedarte sola en el hotel, preparate y vamos.

Las palabras de Manuel salpicaron el aire de la habitación como escupitajos que se sueltan sin consideración alguna. Reflejo condicionado ante una señal aprendida: la resistencia sitiada retrocede, la voluntad se disuelve, se escurre entre las rendijas de los puños apretados -dos piedras de protestas sedimentadas que se crisan sobre el tocador.

Pero todo es inútil. Bien sabe que no intentará zafarse, que lleva en la piel el olor maleable de la arcilla. Una desteñida indignación cruza de soslayo los atajos de la conciencia, aposentándose por algún lugar. Se encoge, se retrae, queda amorfa y molestando. Como un bocado intragable se le demora entre el paladar y la lengua, entre la repulsa y la indecisión, una masa de rabia y de silencio. De inmediato y sin aviso se le sube a las mejillas el poco esfuerzo que le cuesta a su marido salirse con la suya, y sabe de antemano que la batalla está perdida.

Siempre la desarmaron los enfrentamientos -la desarman, la desarmarán- como si fueran serpientes con los ojos prontos a inmovilizarla en su fijeza de glóbulo infesto. De súbito siente el cuerpo fraccionado, y es una sensación desgarrada que le viene no sabe de dónde, pero persiste nítida y conviviendo con ella, como una pedrada que no termina de doler. Los ojos se le quedan flotando por acá, la sonrisa anquilosada por allá, las manos cercenadas y, más lejos, retumbando en un páramo sin nombre: el tumultuoso corazón. Ya no es otra cosa sino un descuartizamiento vivo, un caleidoscopio irreconciliable de miembros esparcidos que se van cada cual por su lado buscando la huida. Como siempre.

Sin sosiego y callando se escabulle hasta el ropero para meter entre las hojas abiertas la cara con su sonrojo y todo. Insistentemente busca algo, sin saber siquiera lo que es. Choca con una lágrima camino del baño y se encierra a esperar que se acomode el acatamiento (ese requisito indispensable de la armonía), para luego presentarse, perfumada y vestida, lista para salir. Yo ya estoy; cuando quieras, le dice, aunque detrás del aroma la taladre la misma voz: Si no te gusta podés irte; nadie te obliga a estar a mi lado; las puertas están abiertas. Todas las puertas estuvieron siempre abiertas, nada más las cierra la costumbre de acucillarse tras los barrotes del silencio.

El metro nos llevó directo hasta la Rue Pigalle. Caminamos un poco, empalidecidos por unos faroles mortecinos, a sabiendas de que nuestros pensamientos discurrían sin vínculos, enquistados en el silencio. Íbamos como extraños en el mismo vagón, sorteando ese discreto trajín de calle apartada. Desde la mesa de un bar nos miraron con hastío y allí no más, al lado, estaba la entrada: pequeña, intrascendente, si le sacáramos los moños de cartón celeste colocados bastante tiempo atrás sobre el marco estrecho de la puerta.

Para que no hubiera dudas sobre lo que era aquello la boletería estaba baldía, cediendo paso con una reserva premeditada y cómplice, que no hizo otra cosa sino agrandarle los agujeros de la vergüenza. Una luz desleída y como fatigada nos escrutó desde la bombilla

desnuda con sagacidad de vieja, recortando nuestras siluetas en el vestíbulo, consciente casi de que los que entraban allí bajarían un poco la cabeza para esconder una inconfesada incomodidad, en tanto descorrían la cortina del costado hundiéndose en la sala lo más pronto posible.

Le sorprendió su pequeñez: tres filas de butacas agrupadas de a cinco y otras cuatro contra una pared era toda la capacidad de la platea. El espectáculo ya había comenzado con el teatrito semi lleno: hombres solos masticando una lujuria que no intentaban esconder, y aquella pareja que se fugó enseguida, como corrida por el bochorno. ¿No sería ese lugar la antesala de un burdel de ínfima categoría? ¿Por qué se le ocurría eso precisamente ahora? No lo sabía. Pero la idea se le abalanzó como un chicotazo de luz entre las cejas. Envueltos como estaban en esa sórdida niebla artificial, se sentía extraña, como si la hubieran hecho entrar a un lugar equivocado. ¡Manuel y ella en un prostíbulo! ¿Ella y Manuel en un prostíbulo? ¿Será? Una lengua de frío se le acerca al centro de la espalda tomando su forma; zigzaguea de arriba a abajo; le afloja los músculos hasta volvérselos de lana, con un escalofrío que le llega desde las yemas de los dedos, para quedarse latiendo en sus latidos: en un prostíbulo. En un prostíbulo. En un prostíbulo.

La frase raya su mente cuadrículada por el temor, la turbación, la imperiosa indecisión de la fuga. Si lograra salir de este lugar y este momento, tal vez lo que se avecina, que aún no sabe qué es, pudiera postergarse o detenerse o ser un mero sueño dentro del sueño. ¿Pero cómo evadirse de ese tiempo que la aprisiona ovillándose a su alrededor? Una ansiedad de criminal en descubierto se queda rondando por ahí, sin saber dónde sentarse. Es como llevar una etiqueta entre las piernas y tratar de que no se note. Como si una quisiera borrar el rostro para que no se lo vean. Aunque, naturalmente, ¿quién me conoce en París?

¡Yo me conozco en París!

El aire de la sala tenía un tono azul desteñido, entre decepcionado y escéptico, semejante al letrero de la entrada, donde había visto al pasar, en letras grandes, el nombre del lugar: «La Rose Blue» y al costado de la puerta, un poco más adentro, la figura de una mujer llamada Mei Li, recortada en grueso cartón.

Un saxo arrancaba de sus entrañas metálicas las quejas largas de una melodía. Con dolorosa persistencia las iba sacando. Hurgaba en las notas como si las estuviera violando y la violara a ella también, doblegada ya -puro deleite en abandono- a esas voces incisivas, graves, enloquecedoramente profundas.

La música se vuelve carne sobre su carne; tiembla, agoniza y se yergue encendiéndole el pulso en el ramaje azul de las venas; vive en ella, se adentra y la posee; porque ella nunca dejó de ser música a pesar de su consentimiento en abandonar el conservatorio, el curso de perfeccionamiento, la gira, en fin. Siempre fue un torbellino de sonidos, simultáneo a cualquier acto de su cuerpo, a los innumerables altibajos de su corazón. Toda ella música,

hasta que le anudaron los dedos uno por uno, dejándole las manos condenadas. Si te quieres casar conmigo es mejor que vayas pensando en cerrar el piano, porque a mí esas cosas no me gustan. Sólo que ella en aquel momento no se imaginó el tributo que se paga por secar un manantial.

Envuelta en las notas que se estiran y encogen, minúscula en el centro de una luz que cambia: baila en el escenario una mujer oriental.

En cuanto entraste te vi, con el talle de junco emergiendo de la amplia falda verde lino y aquella blusa de seda natural displicente y suelta más abajo del cuello, tan blanco, alabastrino. Se nota que vienes ceñida por cierta cuerda misteriosa a la cual siguen tus pasos sin resistencia ni cuestionamientos. No te atreves a ocupar la primera butaca del costado, tan cerca de mí que hubieras podido tocarme, y simulas no verme todavía. Incluso ahora que ya estás adentro, con el telón descorrido sobre el hecho concreto de mi cuerpo, disimulas. Te sientas como pidiendo permiso, como si tu actitud permanente fuera la disculpa, y tú misma una excusa indecisa. Mejor quedarse atrás discretamente. Que nadie te vea. Que no se advierta tu presencia. Pero aunque guardas tras los párpados la incomodidad de estar en un lugar como éste, no alcanzas a esconder del todo la hilacha de resentimiento que se suelta bajo ese pretendido aire de distancia que llevas puesto.

Esfumada en la penumbra azul, Malena parece, no obstante, agradecida a ese pedazo de semi oscuridad-anonimato -nadie me conoce, luego no existo- que la cobija y la mete en la ilusión de no estar ahí, de no ser ella, sino alguien con su cara y con su piel, pero no ella, la que se deja llevar y traer por los costados de la vida, orillando siempre sus auténticos deseos.

Algo me dice que no es dueña de sí, ni del andamiaje que la sustenta. ¿Será porque hubo tantas mujeres prendidas a la rueda de mi existencia que al mirarte me deslizo hacia dentro de ti, buscando los más íntimos secretos que guardan las ranuras del alma? Veo los deseos que luchan, se rebelan, sucumben, sometiéndose, finalmente, al engaño de no existir. Engaño y opio paradójicamente son sinónimos en el diccionario de la conducta humana; ambos nos impiden asomarnos a nuestro estanque interior, metiéndonos sin remedio en los desencuentros. Presiento que te abismas en el engaño, tanto como mi tío en la alucinación de la hierba, cada vez que pierde a los dados nuestra ración del día. Y aun antes, cuando especula con la suerte, sabiendo que no tiene con qué pagar, y que el tercer contrincante de la partida es ella: la suerte. Su fiebre de azar me persigue; atosiga mis madrugadas devanadas como madejas de tiempo, los días solitarios de mi infancia; como a ti te persigue la sumisión, notoria incluso en la manera cómplice de tomarlo del brazo. Es esa docilidad con que te han ataviado la que desata en mí el resorte de una indignación que no desea otra cosa sino mancillarte.

En la sala casi se pueden tocar los alientos pendientes de mi actuación. Y en ese suspenso de bronce que lastima y acaloramientos que enrojecen, se acelera también tu corazón, plegándose a la voz enronquecida del saxo. Te agitas; te sofocas; a punto de

estallar, te reprimes. El sosiego se acomoda nuevamente como una funda oportuna sobre tanta turbación. Menos mal. Porque hay que controlarse. Las mujeres honestamente casadas no pierden la compostura.

Como suplicando a sus pulmones, donde el aire se abre paso entre algo que la agobia y cuelga por todas partes, salta su respiración. Sucia de vergüenza, untada, salta tu respiración. En cierta forma te han ensuciado con tanta renunciación prendida al cuello, las manos, la lengua, y toda tú. No comprendo como llego a penetrar en tu silencio. Es un conocimiento que se abre desde una clarividencia inesperada. No sé cómo lo sé, quizás como se saben a veces ciertas cosas: por el simple contacto de los ojos.

Una sonrisa plegada imperceptiblemente, casi el negativo de una sonrisa, obra como un telón al revés, ocultando el torrente que se le encabrita o arremansa bajo la piel, y así van, entre el acatamiento y la entrega, los días traicionados esperando turno para echársele encima como perros rabiosos.

Más que la penumbra azul, la sórdida concurrencia o aquella luz que salta, corre y juega, la aneblina en este momento el plegarse siempre y sin vacilación a sus deseos, a su implacable voluntad de mando, a la incuestionable habilidad que tiene de detener sus impulsos antes, siempre antes, de florecer.

El saxo trepa con sus patitas sonoras las paredes del salón; sube y sube. Las notas caminan lentas, ligeras, lentas; se duplican, hacen giros diversos, cortos, largos, cada vez más alto y más, hasta quedar prendidas al techo durante un minuto, dos, no importa cuántos, para desplomarse de improviso y reiniciar su ascenso agobiadoramente tenso.

Es extraño: una mujer se ubica en la platea, la mira, y sin saber por qué, un puente se extiende instantáneamente sobre un territorio intocado, donde pueden rastrearse las raíces de un bosque completo de silencios. Son como estacas que la clavan al álbum familiar, sus roles varios: de esposa-madre-mujer, persona apenas: caras de un poliedro perfecto que innumerables aristas fragmentan, inmovilizándola dentro de una ansiedad permanente.

Impasible, su rostro se debate en las orillas del temblor.

La sala flota dentro de una esfera de música, amoldándose a los quejidos del saxo, a sus insinuaciones varias, al progresivo calor que por poco se solidifica en el aire no bien sale de las bocas.

Agazapada detrás de sus ojos, a la defensiva, me atisba desde su asiento, como desde un huevo ignoto que la contiene, retardando el nacimiento o la muerte de algo. Me mide vacilante, incisiva, vacilante otra vez. ¿No es acaso la muerte un alumbramiento del cual no

tenemos ni siquiera memoria? Me pregunto si esta noche morirá en ella algo fundamental e irreparable. Morirá y nacerá -vaivén de un mismo péndulo. Reconozco la inminencia de la muerte; aunque obstinada se esconda, la percibo. Sé que está ahí, con su soplo de escarcha; merodeando a mi alrededor con paso amortiguado, en busca de las rendijas de la vida para colarse en ellas, hasta engullirla y transformarla.

Pero me observas pensando que no pienso y como a un objeto abyecto me desprecias. Para ti ¿qué otra cosa podría ser sino una mujer a quien te obligaron a enfrentar, la imagen grotesca de tu derrota en una noche de viaje placentero?

La melodía se adensa, se diluye, se quiebra, invitándote a bucear en el tormentoso mar del pensamiento. Paralelo al acto de pensar corre tu oído tras su huella sonora; la sigue, la persigue, para perderla luego y entrar en el deleite pleno de los graves, acariciantes bajos. La música casi puede tocarse; se pega a ti; recorre tus rincones en sombra, el murmullo de tus poros; languidece en tu cuerpo, desmayado también ante el agobio de un sinfín de recuerdos que de pronto se despiertan y gimen.

Hemos instituido el silencio, Manuel y yo. Es un acuerdo tácito después de hacer el amor. Tal vez sobren las palabras o simplemente las hemos gastado. Siempre fui en pareja, como una parte dentro de otra que debe existir para que yo exista. Término de un binomio desvelado. Y ahora, sentada en este lugar, como si la música convocara viejas voces, la búsqueda de mí misma se despliega cual un mapa que me resisto a recorrer sola. Me busco, me indago, sin reconocerme, temo.

Acostada en la cama matrimonial, con esa tibieza que rodea el momento anterior al sueño, las sábanas adquieren el pulso de la piel, su grado cálido, demasiado invitante para poder escapar a su contacto -arrebato, vértigo y sosiego casi simultáneos. Se enroscan a mis piernas flojas. Me ciñen. Sus pliegues me acarician, y ya no quiero volver a mi conciencia, sino estar en ellas, sumida en el deleite total del abandono. El esfuerzo de reintegrarme es demasiado para mí. Afuera, lejos, un resplandor delata la presencia retardada de la luna. La luna que nos sirve para tantas cosas está ahí: quieta, muda, blanca, llena. La toco desde mis ojos. Sigo su círculo. Mira mi silencio. Él también permanece envuelto y desenvuelto entre las sábanas, huérfano de vocablos que inciten a la confianza -ese residuo blando que nos queda después de hacer el amor entre los labios. Su espalda es una isla enferma de aislamiento. Asiduamente me usa, me desusa, me vuelve a usar para alejarse luego, como una marejada que una vez sosegada me da la espalda. Hasta esa isla llegué muchas veces con las manos llenas de una quebradiza ternura, sin importarme que quisiera recibirme. Simplemente fui: solitaria y valiente. Me acerco. Acaricio sus costas. Insisto, enredando en un dedo la maleza rala de los vellos. Siento su resistencia. Y después: el abismo.

La luna, afuera, nada tiene que ver con nosotros. Un hombre y una mujer miran paredes opuestas después del coito. Cómo suena descarnada, breve, sin temblor, esa palabra. Como si le sucediera a otras personas, o tal vez a leones, peces, pájaros, o a esa mujer que baila frente a mí; a cualquiera. ¿Por qué habrá palabras sin música? Como si fueran el resultado

de un acople indiferente de consonantes y vocales extrañas; un apareamiento anónimo donde se abren y cierran todos los silencios. Palabras de las que uno se duele. ¿O será que no sabemos buscarles la vibración o el eco? Quisiera ponerle música a las palabras, palabras al silencio, sentido a la renuncia, excusa al desacierto. Sería como volver al inicio, o tal vez antes, cuando todo era un boceto promisorio de las cosas; un bosquejo en la mente de un dios indeciso. Mientras reincide el saxo, me golpea otra vez esa palabra: ayuntamiento carnal del hombre y la mujer. ¿Es eso lo que me trajo a mirar Manuel esta noche? ¿Esto? ¿Y los temblores del alma? ¿Y ese explorarse en el deseo como si estuviéramos desvistiendo una fruta madura?

Su espalda casi me toca. Encorvada hacia el lado contrario me mira desde su curva sin ojos; desde una distancia que no se mide en centímetros, sino en abismos. Es como si las almas se nos hubieran ido de los cuerpos y quedaran sólo los despojos satisfechos después del acople. Cada cual en su mundo, vaciados, persistimos en el silencio. El aire se vuelve detestable, puro peso compacto a nuestro alrededor. Y dentro de aquel aire, nosotros, tiesos, quebrados, espíándonos la respiración, que se tropieza y se levanta aparentemente inmutable.

Fundirse por un instante. Y después, esa tristeza, atroz del distanciamiento. Mi cuerpo es una plomada que se desliza despacio, más ligero, vertiginosamente, hacia la soledad absoluta. ¡Qué destino el de los hombres, tan semejante al de las bestias, cuando el orgasmo se vuelve mero detalle en la horizontal selva de la entrega! Si a través de él no se tiende un lazo invisible hacia el encuentro de algo inmaterial que no es la carne, sino canto del alma florecido.

Y justo ahora, me asalta ese entrevero de imágenes cortadas a cercén.

Aunque no lo sepa, esa mujer de la platea está por nacer. Y yo, tan vieja dentro de este cuerpo liso y duro que me contiene. Debemos tener la misma edad y una multitud de abismos entre ambas. No sé por qué lo pienso precisamente cuando debo ajustar mis movimientos a la sensualidad del saxo. No sé, ni lo comprendo. Simplemente sucede. Se me ocurren a veces ciertas cosas venidas de alguna costa que se pierde en la niebla. Tal vez en otro lugar, con otro rostro y otro tiempo, ya las viví, y ahora me invaden sin motivo aparente ni aviso previo para que las repiense. Presiento el peligro: su peligro. Y de alguna manera intuyo que se encuentra en el umbral de la cara oculta de la luna. En esa oscuridad de nadie, donde se desvisten, se desvistieron y se seguirán desvistiendo las mentiras. Esas que uno se miente cada día para que la mentira total no se desmienta.

No sé cómo saldrás del nefasto contacto de mí misma -protegida tan sólo por tu rigidez de piernas juntas, labios apretados, los senos bien dispuestos en el sostén de marca y esa manerita tan correcta de cruzar los brazos sobre la falda. Diques que nadie conoce te represan. Los puedo ver a través de tus ojos, no obstante ignorarlo todo de ti. Pero es tan evidente tu aceptación, tan transparente la reincidencia en postergarte, que un odio

irracional se apodera de mí contra tu figura quieta y aquel modo de arrastrar los sumisos nudos de la entrega.

Camino del conservatorio voy sollozando, aunque la gente que se cruza conmigo no lo nota, y yo parezco nada más ensimismada dentro de mi silencio. ¿Cómo planteárselo? ¿Cómo expresar frente a esos ojos que abarcarán los míos con la interrogación aguardando, lo que me lastima por dentro? Ningún argumento, ninguna razón valedera podría realmente justificar mi abandono después de tantos años. Es inútil que trate de engañarme. Mejor no explicar nada; decírselo no más, como algo ya resuelto, sin pensar en las horas compartidas: solfeo, teoría, arpeggios, la posición de las manos, la postura de los pies; desde el Hannon a su lado hasta las fugas de Bach. Creciendo, creciendo siempre a su lado. ¿Cómo saltarme aquel entendimiento que nos llega instantáneo, sin golpear con preguntas el íntimo zaguán de la reserva, por el mero roce de los ojos? Y ahora decírselo. Así, sin más, de repente, cuando menos lo espera, y la gira está programada, y él piensa que lo acompañaré.

Cuando lo vi, con la impaciencia de mi tardanza parada en el rictus de los labios, le anuncié por lo bajo que después del ensayo quería hablarle. Y en ese mismísimo instante en que dejé correr las palabras fue como si me empequeñeciera mientras él se agrandaba para observarme desde lo alto con la pregunta en los ojos, con el retardo en la voz.

Minúscula dentro de su mirada, enfrenté el intenso redondel de sus pupilas. Con cuidado, como si fuera a caerme de ellas, segura además de que notaría mi vacilación, que no intenté esconder, por otra parte; con un hilo de palabras que se soltaba: se lo dije. Le dije que iba a abandonar la música; que después de aquel concierto dejaría de tocar el piano porque me iba a casar, y a Manuel, tú lo conoces, no le gusta que su mujer haga otra cosa que atender la casa, como corresponde a una señora bien casada. No me creyó. No podía creerme. Desde un rostro que se le fue volviendo de madera asumió lentamente las frases que salían cada vez más adelgazadas de mis labios, mirándolas como si fueran monstruos a los que se puede oír, pero no tocar ni dar albergue permanente en la memoria. El lugar, nosotros, lo que yo había dicho, todo, se convirtió en una contemplación honda y total, donde cabían todos los reproches.

No dijo nada durante un minuto, que podrían haber sido diez, veinte o cuantos cupieran en ese agujero de silencio. Porque fue un orificio en el tiempo ese momento, donde nos quedamos mirándonos, indefinidamente, sabiendo muy bien que aquello era un error que yo lamentaría más tarde. Con la vara gélida de su voz me dio las indicaciones para el día siguiente: el horario de práctica, las obras a repetir, la conveniencia de insistir sobre el preludio de Bach que cerraría el concierto, porque estaba un poco flojo, y él no me permitía ni un error.

Después, cayendo de improviso en la ternura, me dijo: Reproches aparte, ven por lo menos de vez en cuando a escucharme.

Por un momento se le ríen los ojos, y es como si en ese instante un piar, un gorjeo, un tumulto de pájaros, estallara en las partes más secretas de mi cuerpo.

Sentada al lado de ese hombre, los brillantes centelleando en los dedos, me desdeñas. Soy algo repulsivo, algo así como un erizo abominable con rostro de mujer, piernas y todo, que moviéndose al compás del saxo te sacude. Su cercanía -no sé si protectora o brutal- te contagia esa suficiencia incontestable, tan notoria en ciertas mujeres acostumbradas a tener todo lo que quieren darles (siempre y cuando se pasen haciendo buena letra).

Un diente agudo y largo se clava en la compacta cerrazón de tus esquemas y surge la pregunta: ¿cómo es que estás aquí, si no te gusta? Las mujeres decentes no vienen a estos lugares. Las mujeres honestas no hacen ciertas cosas. (A menos que hayan demolido las barreras de honorables tabúes). Las mujeres que bailan desnudas no son mujeres, son prostitutas. ¿Por qué vienen a estos lugares, si no quieren, las mujeres decentes? (¿No será que las traen sin consulta?).

Mi insistente mirada te saca por momentos del carril de la obediencia, perturbando el fondo de tu estanque interior, y me divierto.

Me hace sonreír tu impertinencia. Sin conocer de mí nada más que el alumbrado contorno de mi cuerpo, sin detenerte a meditar sobre mis causas, simplemente, me desprecias.

Sobre un río lejano el sol se resiste aún a la noche. Una lluvia imprevista revienta sus besos de agua sobre las hojas largas de los juncos, y yo camino entre ellos: libre, suelta, distante, asumiendo mi desdicha.

Alguien que no soy yo, te baila enfrente.

Uno nunca sabe hasta qué punto puede pesar una renuncia, ni hasta dónde ese lastre se puede volver de plomo en los dedos. Aun cuando lo sientas desollándote y sigas repitiéndote, sin creerlo, que no tiene importancia. Al principio fue fácil. Como son todos los principios antes de que se desnuden las desdichas. Iglesia. Vestido blanco. Viaje de boda. Ajetreo. A la vuelta, instalarse, abrir regalos con esa satisfacción ingenua del que recibe algo nuevo; comprender, al fin, que el marido es una discreta pieza en el engranaje de un sistema corrupto que nos envilece por mutuo consentimiento. Y ese ir acomodándose a la rutina de quererse de memoria.

Fue entonces, no bien comenzaron a acostumbrarse a la horma de un destino común, cuando Manuel empezó a salir por las noches cada vez más seguido, después de una lacónica llamada telefónica. Pero nunca le dijo de dónde volvía, ni la razón por la cual era

requerido por las noches. Cosas del trabajo, no te preocupes, eran los escuetos comentarios que no saciaban de ningún modo su avidez de detalles.

Que algo extraño se cierne sobre esas salidas reiteradas; que el misterio las ronda y envenena, lo confirma el sigilo con que entra de madrugada sin prender las luces, tanteando el aire negro para que ella no lo sienta, hasta que se encierra en el baño donde, desvelada y atenta, lo escucha dejando correr el agua, como si nunca terminara de matar aquel olor siniestro traído de él sabe dónde. No bien me cree dormida, se desliza en la cama para quedarse boca arriba, con los ojos abiertos en medio de la oscuridad del cuarto; de toda la oscuridad que nos separa.

Mei Li se pregunta de dónde surge esa corriente que le produce la presencia de esta mujer sentada al sesgo del escenario. Siente como si se deshojara, dejando caer lentamente sus enigmas dentro del saxo, para que ella los descifre, tal si fueran hojitas de té en el fondo de una taza de porcelana. Es más la expectativa que el desdén en sus ojos, y a pesar de la molestia que le causa el insólito desatino de verse anclada ahí dentro, la curiosidad de lo desconocido la asedia con sus dientes minúsculos de roedor incisivo.

Algo especial, sin embargo, la diferencia de las que concurren con la burla o el deleite bailoteándoles en la cara. Algo que pendula entre una resignada mansedumbre y un penoso titubeo. Insatisfecha, si se quiere; atormentada, quizás: permanece a la espera. Como algunas que de vez en cuando se acercan, sin atreverse a perseverar hasta el final, presintiendo la amenaza de presenciar ciertas cosas. Olisquean la muerte acechando sus esquemas, pronta a desgarrar la plácida convicción de que estas cosas no existen si no se las mira. Y si existen, nada tienen que ver con ellas: impolutas, intocables, cobardes, diría yo. Desisten antes de empezar la travesía al centro de sí mismas. Amedrentándose, tiemblan.

Huyen para que no se despierten las preguntas. No hagas ruido que te pueden oír y saltar del baúl donde quedaron bien dobladas como ropa en desuso, que se conserva por un por si acaso que nunca sucede. Por si de pronto decidieras conocerte. Pero nunca le sacudes el polvo a las preguntas. Es preferible acallarlas, olvidar sus nombres, ponerle un torniquete a las heridas que sueltan su hilito de tristeza y seguir como si nada: el marido al lado, la casa grande, el piano condenado.

Brillante, vital, abrasadora, la reiteración del saxo penetra en mí carne amoratada por un efecto de luces mientras bailo. Con la indiferencia del sepulturero entierro mis pedazos de tiempo, desatando las amarras que me unen a esta sala y a esta isla-mujer que me contempla desde su asombro.

Hundida en mi charco de olvido me dejo ir, cumpliendo con mi oficio.

¿Habrá algo más incongruente que esta mujer oriental bailando jazz en un cuartito recargado de adornos rococó? ¿Algo más absurdo que te arrastren a un sitio que nada tiene que ver contigo, con tus gustos, con esa cuerda escondida que ya nadie pulsa y, sin embargo, te vibra con insistencia en algún rincón, muy hondo, bien adentro? ¿Algo tan insólito como vivir quince años al lado de alguien sin que te haya rastreado el cauce por donde se acomodan los renunciamentos?

El absurdo, ese ingrediente impenitente de la vida, se pasea a nuestro alrededor con la obstinación de una sombra. Por eso del absurdo, uno se encuentra de pronto donde no quiere; se recorren kilómetros de congoja o se baja la tapa de un piano, dejando las manos en una oscuridad sin esperanza.

En el jersey del vestido rosa, los pezones dejan una huella suelta y puntiaguda, que persiste en los ojos mientras baila. Y bajo ese color lánguido, como desalentado, se presiente un suburbio de olores espesos, de andares trasnochados, un vaho de hombres que lastima.

¿Quién será esa mujer que va recorriendo nota a nota, miembro a miembro, despacio, intensamente, por completo, adivinando su desnudez entera, firme, manoseada, y le pone en todo el cuerpo como un presagio de irremediables ensimismamientos?

¡Exótica y tan pequeña dentro de su piel! Provocación y distanciamiento oscilan en ella sin decidirse a cerrar la última curva del péndulo. Por la rajita de los ojos se le escapa, desmintiendo la imperturbabilidad del rostro plano, una malicia, afectada o ficticia, apenas un destello ambiguamente cruel. Algo le están diciendo esos ojos que no entiende; algo que tiene mucho que ver con ella, con esa noche, y ese viaje, y ese hombre a su lado, y aquella tarde del conservatorio en que aferrándose a otros ojos les dijo que abandonaba la música. Así no más, para siempre.

Desde la escena la mira. Desde cerca, desde lejos, desde otro tiempo, taladrándola con gesto ajeno y esa negrura interrogante de sus ojos tan negros. O tal vez nada más a ella se le antoja, y se confunde, y sólo la observa como a una espectadora más sin trascendencia. Y aquella sensación no es otra cosa sino un ofuscamiento nacido tontamente, porque la metieron en esa sala sospechosa a ver algo que no quiere y se resiste a aceptarlo, cuando hubiera sido tan lindo estar en otra parte. No sabe cómo terminará todo esto. Y detesta haber cedido, como siempre, a esa costumbre tan suya de decir a todo que sí. Teme quedarse definitivamente metida en ese tiempo escuchando el saxo, adelantándose a la nota siguiente, entreverada a la anterior, esperando ver lo que sucede, porque sin duda, sucederá algo, aunque no tiene idea. E ignora cuándo saldrá de ese teatrillo, o en qué forma: si antes o nunca, si desmantelada o entera.

No la engañan ese aire entre audaz y adolescente, venido de una edad ambigua; ni el juego calculado de sus miembros, tan plegados a las lamentaciones del saxo; ni su figura desmedidamente escasa, saliéndose apenas de una infancia que antes de madurar envejeció.

Se le nota el manoseo de los años sobre la carne cautiva del insomnio. No sabe en qué lugar y en qué momento, pero a esa mujer la han devastado. De eso está segura. Porque lo siente así y no puede ser de otra manera. Hay algo extraño en todo esto. Algo sórdido, abyecto, ignominioso: el hecho de que en un cuerpo tan pequeño pueda haber tanta voluptuosidad. Y esa manera de mover el torso, las caderas, los brazos, independientes del rostro. Como si todo lo que sucediera por lo bajo, nada tuviera que ver con él, y ella estuviera bailando desarticulada y rota, con todos sus pedazos flotando en el escenario.

Malena mantiene dificultosamente una apariencia de inmovilidad en la butaca. Al poco rato se agita, se trastorna. Recoge vacilante su desconcierto para que no se note. Para que no lo note él, empeñado como está en convencerla de que no mire. No sigas, pareciera decirle con susto, los ojos prendidos como garrapatas a la cara. Malena esconde su desconcierto detrás del disimulo mirando de soslayo, a hurtadillas, plenamente, la figura sensual. La desviste y la viste con sus dudas, con esa curiosidad obstinadamente negada, con la música que persiste en sus candentes disonancias. Escucha con todo su cuerpo los sonidos adelgazados, finos, cada vez más finitos, terminados, arremolinarse en el silencio. Deja que la toquen; que la invadan, abandonándose ella también a ese desgarramiento del saxo-sexo atormentado.

No es fácil saber lo que está elucubrando esa cabecita ladeada sobre el respaldo, aunque tampoco demasiado improbable suponerlo. Sentada junto al hombre que tira las riendas de su andar; protegida por esa torre guardiana, donde asientan su respetable seguridad la mayoría de las mujeres unidas en sacrosanto matrimonio, parece una esfinge de yeso, tan intocada como falsa, presta a romperse en cualquier momento al sonido estridente del saxo, que insiste en acuchillar el aire con su filo sonoro.

Si bien no tengo motivos para afirmarlo, ni sospecharlo siquiera, o acaso inventarlo, desde tan cerca y tan lejos, desde su asombro y mi piel, me invade la impresión de que esta mujercita almidonada no vino a gozar de la excitación que el entrevero del sexo despierta. Una ansiedad extraña la sofoca, untándole en la lengua, lo sé, el sabor agobiante de mi cuerpo, de su cuerpo, de todos los cuerpos usados de mujer. La grieta de una sospecha le atraviesa la frente; se ramifica; da vueltas en sus pupilas, vertiginosamente, apenas, progresando por los costados de la cara, hasta la garganta donde se le anudan las palabras. Nudos como perlas gordas le ciñen la garganta.

Un colmillo afilado persiste en la grieta, la abre, la socava, ensanchándole la desazón que se empeña en retener a toda costa, entre las manos enlazadas. La sospecha cobra vida; casi puede tocarse vuelta ya un manojo, una red, un haz de sobresaltos, que el acercamiento de aquella mujer oriental, misteriosamente, multiplica.

La duda se va, retorna, la golpea pidiéndole paso para entrar, para salir de ese tiempo engañado que todo lo invade. Le dice que se despierte y se sacuda; que más allá de la simple apariencia exterior algo no está funcionando. No todo es un fácil deslizamiento sobre la superficie de las cosas, los actos, las personas. Hay mares soterrados esperando la sonda que cale en su misterio. Un presentimiento entre negro y entristecido, entre certero y tembleque, se aposenta en los límites de la desesperación sin atreverse a transgredirlos. ¿Pero por qué?

Súbita, fugazmente, como de paso, tiene la intuición, la desconfianza, la casi seguridad de que esta mujer que baila no es la auténtica, sino otra, encarcelada por tanto decorado viejo, por tanto sórdido esqueleto de cartón.

El saxo va arrastrando por imprevistos pasajes su alegría de metal, cayendo después en la congoja; tal cual la vida, que salta desde el más absurdo desenfreno al apaciguamiento entregado de la tristeza.

Se deja ir de tono en tono, obstinándose en uno, precipitándose en otro, para deslizarse hasta la pausa, perdurando dentro de un laberinto que sólo el bronce de su garganta consiente.

Malena nunca tuvo demasiado tiempo para pensar con tanta cosa que atender, y esa necesidad de que Manuel estuviera contento, desparramada sobre el cuerpo como un condimento indispensable de su propia felicidad. O tal vez, involuntariamente, hacía el esfuerzo de aturdirse en incansables trajines, a fin de retardar el asedio de los pensamientos, que siempre se las arreglaban para colarse entre la nostalgia del piano clausurado y su apuro de llegar en punto a donde fuera.

Bastante tiempo atrás, pero no inmediatamente después del casamiento, aunque sí un poco antes de que naciera Sebastián, Malena comprendió que el mejor aliado de una mujer es el aturdimiento; sobre todo si asumió la claudicación rotunda de sí misma y prefiere no acordarse. Nada más mitigante y confiable, nada tan engañoso y tranquilizador, como acribillar el tiempo a compromisos, téis y citas dentales, la adquisición de cualquier cosa para asegurar la felicidad, las sumas y restas del hijo, el reiterado descubrimiento de América en los libros de escuela. Más las visitas a mamá. Y las cenitas de turno con el propósito evidente de ganarse el favor de los jerarcas, que nunca se dan cuenta (o demasiado) de los agasajos patéticos de sus subalternos.

Y entre tanto desvelo porque las cosas marchen bien y la vida no pierda su etiqueta de armonía, de cuando en cuando, un concierto florece en el calendario.

Si no se piensa no se cuestiona, ni se tortura, ni se pregunta, ni se queja, ni se rebela, ni. Lo más valioso está perdido con conocimiento de causa y costas incluidas. El testigo de cargo es uno mismo, de modo que nada se puede hacer para deshacer lo hecho, salvo aturdirse entrando en competencia con las demás; siguiendo la comparsa con la cara a la

defensiva detrás de la máscara. Y al marido, cuando decide llevarla; porque los compromisos son generalmente para hombres solos, y te quedás en casa y se acabó. O cuando salen juntos sentir su voz ancha esparciéndose en medio de la reunión, desde la risa que le desborda la boca, diciendo aquello de que: la kuña ndaha'ei voi cristiano. Y ella pensando al principio que eso de que la mujer no es persona era nada más un chiste de su marido, y que él realmente no lo creía; por eso le festejaba la broma con una risa idiota, siguiéndole el juego con un filoso: sí, pero da gusto. (Carcajada general y ella encantada). Hasta que de tanto repetirse, la salida fue perdiendo gracia y su risa también se fue encogiendo, vacilando, hasta volverse un montoncito de silencio. Y ahora, cuando le oía decir aquello, ya se quedaba seria y, a veces, hasta tenía el atrevimiento de indignarse.

La atracción del espectáculo no puede apartar del todo a Manuel del rostro de su esposa. Ella, tan ingenua y frágil, tan poquita cosa, mirando como si nada. ¿Qué te parece? Ella siempre complaciente; aceptándolo todo sin preguntas, con la sonrisa creciéndole más allá de los dientes; haciendo méritos de buena alumna, la tontita. A veces daban ganas de sacudirla para que protestara; zarandearle esa obstinación de agradar que pone como un sello en cada uno de sus gestos. Ni una réplica, ni la más mínima muestra de extrañeza cuando se presenta tarde; ninguna escena si rastrea nombres de mujeres con sus respectivos números telefónicos en los bolsillos; o cuando recibe llamadas anónimas, que no hacen sino enrojecer aún más el colorete que de pronto mancha los pañuelos. ¡Qué sangre, mi Dios, qué sangre! O cuando lo vuelven a llamar de madrugada rompiéndole el sueño, sin que ella insista en saber.

Las actitudes pasivas ayudan bastante, nos roen, nos corroen. A la corta corrompen, invitando al engaño con su ingenuidad de piedra libre. Cuando se es parte de un sistema, y se quiere subir pronto y bien arriba, a codazos, a mordiscos si fuera necesario, como sea, las claudicaciones son inevitables. Y ese meneo de colita de perro faldero viene de perilla para hacer lo que a uno se le antoja. Nos dan luz verde. Entonces, qué más da. El relumbrón del poder nos ofusca. La ambición nos devora, triturando los escrúpulos sin atragantarnos. Qué le vamos a hacer. Se trepa a cualquier precio. Y no se trata sólo de hacerse un lugar, sino de mantenerse arriba; o perdemos el favor de los que tienen la sartén por el mango, y entonces es la llanura, tabla rasa otra vez, y la cara contra el suelo mordiendo polvo como de chico, cuando se quedaba sentadito en un cajón de manzanas y su mamá le pegaba porque comía tierra. Uno no quiere eso después de acostumbrarse a la buena vida y la escasa vergüenza. ¡Claro que no!

Se comienza por saber ciertos detalles, haciéndose el oso para no arriesgar el haber. Cerrando la boca porque es lo conveniente. Después de todo, ¿a quién se le ocurriría denunciar nada? Si nos estamos haciendo ricos, y por primera vez el dinero me colgó la etiqueta de importante en todas las costuras del traje. Y quiere darle a Malena lo que él nunca tuvo; todos esos caprichos a los que estaba acostumbrada; demostrándole que no es un cualquiera, como de pronto teme que piense. Y el gusto ese del viaje a Europa, que le prometió, sin mucha convicción y bastante apresuramiento, cuando se iban a casar. Y ahora ella se lo pide con mayor insistencia cada vez que lo acaricia. Y él lo pospone porque en

realidad no le interesa demasiado eso de conocer mundo, dejando el puesto a disposición de cualquiera. (Si hasta los amigos te pueden serruchar el piso durante tu ausencia para quedarse con él). Mejor gastar en otras cosas: un Mercedes de más, el apartamento frente al mar, la casa nueva (réplica de no sé cuál), con aquella pieza donde tiene arrumbado su piano de soltera, que se encaprichó en conservar, no sé ni para qué, si nunca toca nada. En fin, cosas de mujeres. Por otra parte, qué le costaba ser magnánimo. Si total, siempre lo tiene cerrado y la habitación estaba de sobra.

Así son las cosas del poder. Una se acomoda, se habitúa. Te vas endureciendo o ablandando, qué sé yo. Y en verdad, qué más se puede pedir que pertenecer a un partido que lleva décadas mandando y logró instituir la paz en que vive la nación. Aunque haya que ensuciarse las manos, desde luego y, por supuesto, no contárselo a la mujer.

Como una piedra que quiebra las aguas dormidas de un estanque, mi ambigua realidad te sacude; expande la ondulación de mis caderas ensimismadas de música, en esa caja de resonancia que guarda tu inquietud. No quiero que me descubras. Dejo mi cuerpo engañándote para irme lejos, hacia atrás, donde convergen mis recuerdos, evitando de ese modo que te asomes al brocal de mi alma y la veas, allá abajo, tiritando y arrugada como un pañuelo usado. Manchada de olvido, mi alma. Temiendo que no la comprendas, la aparto con cuidado de tu desprecio.

Mei Li podrá confundirte, tal vez, con esa pierna que se le escapa por el tajo del vestido tras los febriles caprichos del saxo, pero tú no la engañas con tu gélida inmovilidad. Ella siente cómo hierven los nudos en el caldero de tus órbitas, reventando a borbotones pesados, afónicos, espesos. Un nudo asoma primero, plop, después otro y otro, plop, plop. Se enredan en tus cabellos, te inmovilizan la lengua, trancándote los pies. Es como si llevaras puesta una bufanda de nudos y no te dieras cuenta. Ya no los sientes. El lastre de la costumbre les hizo perder volumen. Merodean a tu alrededor, igual que un mal sueño del cual uno no puede desprenderse.

Ataviada de estopa, cañamazo y ceguera, no tienes por qué saber que me hice a golpes. Golpes. Golpes de olas sueltas me liberan. No soy yo la que se ofrece a este minúsculo público lascivo, sino una réplica, un espejismo, un doble de alguien cuyo nombre reconozco y se extravió en el peldaño inicial de su primer recuerdo. Estoy lejos, lejos. Soy el aire, la roja iniciación de la llama, el mismo mar desatado y cambiante, y en cierta forma, yo también te desprecio.

La agitación se ahonda en los hombres con la música. Abulta sus miembros; prolonga sus pupilas hacia adentro, aunque en la superficie se aferren a mí. El llamado del saxo y de mi cuerpo se vigoriza y crece. Crece, y me río. Me río de ese deseo desbarrancado y múltiple, unívoco y estéril. Me río de tu fachada de mujercita perfecta ¡qué hacendosa!, tragándose todas las mañanas con el desayuno una succulenta vara de obediencia. Amedrentada y rígida, sigues sujeta al asiento por un clavo invisible.

Desde mi otra orilla te miro, los miro, me miro. Estoy fuera de ellos y de ti; lejos de mí misma y del tatuaje que los días dejaron en mi alma. Estoy fuera del tiempo, y nada me importa.

El saxo no se desprende de las dos: las asedia; las revuelca sin tregua; insiste; las desdobra; arremete contra ellas y acariciándolas se derrama en la sala, donde la lujuria desvaría enceguecida.

En la simulada intimidad del escenario irrumpió de pronto, una mujer vestida de azul. Me agobió el tamaño desmesurado de su cuerpo, su figura vulgar y la forma intrépida de enredarse en el blue, de golpe y sin espera, contrastando contigo en dimensiones y coincidiendo en destreza para espesar los deseos. Su rostro estaba ahí, tan avasallador e implacable como la furia que arrastra una hoja en la tormenta.

Ling Yu Tang y las siestas sumergidas en sus páginas se deslizan desde el antes, junto con el llamado de mi madre a tomar la leche con dos rebanadas de pan, manteca y miel. (La ración necesaria para crecer). Y era imposible levantarse de la mesa hasta no cumplir con aquella ceremonia del crecimiento. Después sí: vuelta a los libros, los deberes y su voz imperiosa retozando entre los muebles.

La mujer de azul se te acerca dejando entre tu cuerpo y el suyo nada más que los acordes del saxo. Mientras me limpio los labios embadurnados de esa dulzona grasitud, tu mirada bifronte -distancia y agresión- me arrastra de nuevo al escenario y a una recriminación que no comprendo.

Algo siniestro inunda el aire viciado de la sala: la tensión como de una cuerda que se estira cada vez más, hasta quedar al borde mismo de la ruptura. Entonces, uno ya sabe que se soltará en cualquier momento, y nada más queda la duda de cuánto podremos resistir tanta espera. Algo envenena el aire de por sí enrarecido, algo que hace trastabillar la expectativa, algo extraño y perverso: la increíble desproporción de dos cuerpos elegidos para bailar juntos, si la intención al hacerlo fue sólo que bailaran juntos.

Entre Manuel y yo se empieza a abrir la grieta de algo ignominioso.

La música naufraga de a ratos en una queja que se recoge y se suelta para punzar la espera. La escena va comiéndose el contorno enrojecido de los ojos, mientras el cuerpo pequeño empieza el rito demorado de descubrirse sabia, pausada, casi dolorosamente, bajo la candente caricia del saxo.

La mujer de azul baila detrás, casi tocándola: las pupilas inyectadas en deseo. Es entonces cuando los velos empiezan a descenderse y una náusea se vuelca sobre el canal de la garganta que se tensa, se hincha y se reseca, y está a punto de soltarse, porque no das más y aquello no puede seguir por mucho tiempo. Te resistes a aceptar lo que estás viendo; lo que imaginas que vendrá. Y odias a Manuel por haberte traído (no porque sea insólito que

una mujer se desvista para que jadeen los hombres, sino porque te la puso enfrente). Y te odias a ti misma también, por dejarte hipnotizar ante aquella cadencia.

Convocadas por la indignación de esa desnudez que se escatima, a Malena se le clavan en el blanco de los ojos las innumerables veces que fue a lugares en contra de su voluntad, sin oponer resistencia. (Balido aquí, balido allá). Y ese hábito de servirle de adorno, cuando necesita lucirse ante los jefes, haciéndoles sentir, con un secreto y sarcástico desdén, que tiene una mujer que ellos codician, pero que no mira a nadie. Y aquella manera muy suya de atajarse la lengua en las reuniones para que no diga nada, y él no se enoje. Le duele en el hondón de la memoria, como herida reciente, el momento en que le puso un candado a la tapa del piano, tan difuso ya, aparentemente; tan sin importancia, para los otros. Fue cuando te anudaste los dedos dejando las uñas pataleando en los extremos. ¿Te acuerdas? Y renunciaste al curso de perfeccionamiento porque te ibas a casar, y después yo te llevaré a Europa, mi reina, y tendremos muchos hijos y seremos felices. Y colorín colorado el cuento no ha terminado.

Una nota reinicia su ascenso enrojecido, empecinado, delirante. Y tú, frente a mí, con tu pequeño cuerpo viejo adolescente, al alcance de aquellas manos impacientes, grandes, toscas manos. Me pregunto cómo viniste a parar a este decorado de cartón para hacer lo que haces: desvestirte noche a noche frente al deseo de los hombres. Sospecho que no terminas ahí donde se quedan tus ojos, y son falsas o equívocas las horas dentro de ese tiempo medido no en minutos o segundos, sino en prendas esparcidas por el suelo.

Y aquella exuberancia hecha mujer, imponiendo su presencia, como una sombra sobre tu frágil abandono, sin engullirte totalmente, ni liberarte por completo de su hambrienta cercanía. Y yo: un incendio que duda entre apaciguarse poco a poco o enardecerse plenamente con las contradicciones del saxo.

Te miro, y desespero.

Desde mi impúdica soledad veo cómo pretendes que nada te sucede, ni se avecina, ni te alcanza. La simulación es un arte milenario. No te culpo. Aunque no lo confieses, apenas lo intuyas o tal vez no lo sepas, te intriga mi presencia en un lugar tan lejano al paraje donde permanecen mis raíces; si raíces puede tener un retoño descuajado de su rama, que el vendaval del tiempo zaranda. Sí, te extraña e intimida mi presencia; este rostro de sándalo encallecido fuera de sitio. Pero ¿acaso podrías entenderlo? ¿Imaginarte siquiera el itinerario de mi desdicha? Lin y yo esperando la ocasión propicia. Lin y yo y la angustia y la impaciencia, con las bombas cayendo en el mismísimo lugar donde pudimos haber estado nosotras y gritaban otros. La fuga hasta París, aprovechando la inmunidad diplomática de aquel hombre maduro que tuvo la ilusión de quererla. Los días anteriores a la partida, mimetizadas entre los funcionarios de la Embajada. Las purgas voraces en que la

resistencia ganaba prestigio a costa de ametrallar gente. Él nos impidió salir sin protección a la calle cuando se clausuró el prostíbulo, pocos días después que abrieran las puertas a patadas en busca de clientes comprometidos. Él nos consiguió pasaportes sin importarle el precio cuando Saigón no era más que un lamento, un clamor, un tumulto entre escombros que lentamente se quedaba dormido. Él nos abrió las puertas del escape. Él nos consintió la ilusión. Al poco tiempo lo engulleron de nuevo sus renacidas costumbres, aletargadas por los misterios de Oriente, y tuvimos que arreglarnos solas, utilizando el aderezo afrodisíaco de nuestro plácido exotismo. ¿Pero qué puede importarle todo esto a esa mujer que se evade de mi carne entregándose al saxo, como si además de mí él también le estuviera retirando las mortajas a su escondida, atormentada, casi muerta interrogación?

Cuando enloquecieron los lapachos yo ya estaba casada, y antes de dos años el análisis dio positivo. Una tarde de aquella prematura floración -la recuerdo muy bien- salí del laboratorio con el sobre cerrado, indecisa aún frente a mi nombre escrito en la cubierta. Caminaba despacio, como no queriendo llegar; saboreando mi loca incertidumbre; ahuyentando el temor de que no fuera. Un perfume de azahar se desplomó desde un naranjo, sorprendiéndome con su golpe repentino. En seco me paré. El sobre paseándose en mis manos. En la esquina, vencida de impaciencia, le desprendí la parte posterior con un cuidado lento, sin que la goma -cómplice de mi curiosidad- se resistiera. Mis ojos se quedaron releendo (toda alborozo y sonrisa) mi estado de gravidez. Fue entonces cuando un círculo de manos invisibles me rodeó para aplaudir mi hazaña. No sé ni cómo fue. Simplemente me quedé escuchando, con la piel brotada de alegría, aquella aclamación para mí sola.

Manuel se agita también, desconcertado. Nunca la vio escurrirse, escaparse, deslizarse de ese modo al costado de su mirada; salirse del pantano de su influjo, evitando el centro de una voluntad que la succiona, la mastica y la deglute, para largarla al rato: almibarada y muelle. Aquella mujercita oriental se obstina en buscarle los ojos. Parada tras la rendija de sus párpados avanza y retrocede; sale y entra en ellos, descorriendo las pestañas, lentamente, persistiendo. ¡Qué bien lo hace! La aprisiona, la suelta. Ignorándola: baila.

El disimulo, esa máscara que les puso la costumbre, las protege a las dos; porque si la china desvía los ojos pretendiendo indiferencia, Malena se queda estática para que no le resuene demasiado atolondrado el corazón. Procurando que él no se dé cuenta, ni sepa cuánto la mortifica estar allí, ni lo fácil que resulta arruinarle una noche.

La extrañeza corroe a Manuel más allá de lo previsible. Es una llaga nueva eso de verla tan absorta en el cuerpito aquel, que lo arrastra a él también con sus insinuaciones voluptuosas, desprendiéndolo por momentos de su estupor, para meterlo en la lascivia simple y llana del hombre en acecho.

Nunca se termina de conocer a la esposa. Sí, señor. Ella tan comedida y discreta, tan señora, atrapada por una mujer que se desnuda. ¡Habrase visto! y qué bien guardados los tenía estos gustos -la muy zorrита-, entre hilos de bordar y veleidades musicales. Acostumbrado a plantar en la casa, en la cama, en su despacho, las estacas de su voz, Manuel no comprende cómo ella, tan mosquita muerta, pueda estar interesada en un espectáculo semejante sin su aquiescencia.

El escenario lo gana de nuevo con su carga de lujuria o pasatiempo, y él también pendula tortuosamente entre las dos.

Vaya cosa interesante esta putita que se escurre de un lado a otro al compás enrojecido del saxo, ¡y tan chiquita! Cómo será en la cama semejante espécimen, se pregunta intrigado Manuel, que no puede parar el empuje de su torrentosa imaginación. La negra cortina del pelo le vela un pecho, luego el otro; se descorre después dejando al descubierto los dos. Y Malena, a su lado, rastreándole en los labios la fogosidad urgente; esa sonrisa casi imperceptible que conoce tan bien (como si la boca quisiera escapársele hacia un costado cuando se le enciende el deseo). Y aquella complicidad que se ahonda hacia el trasfondo de los ojos mientras la mira, para luego saltar como la mecha al rojo de un taladro que se obstina.

Con esfuerzo Manuel se desentiende de la bailarina oriental volviendo a su butaca, a su traje, a la inusitada actitud de Malena. Nunca se sabe con las mujeres, ni siquiera con la propia. Pero le cuesta creer que su esposa se quede ahí como si tal cosa, sin levantar su indignación de un tirón para irse de una vez, acabando con todo.

Mi primer recuerdo es el exilio.

Recorro los parajes de mi memoria, cruzo sus páramos, sus baldíos y alguna hendijita de luz de tanto en tanto. Saco de allí, cuando tengo un momento libre y me pongo a llenar el tiempo con recuerdos, algunos que no los cambia ni siquiera el amontonamiento de la tristeza.

Soy pequeña y ya me han arrancado de alguna parte. En desorden me llueven las imágenes. Una mañana bajando el río, con un sol desquiciado en las espaldas. Mi tío como un mástil en cubierta, tronco al viento, y al poco rato yo, toda un ovillo, cabeceando mi cansancio desvelado al costado de su indiferencia de hombre sin familia. O la vez que me llevó consigo a ese garito del centro, entre subterráneo y a nivel de la acera, donde el dueño súbitamente se dio cuenta de que tenía una niña dormida entre las piernas, a la cual no vio entrar y ahora encontraba, entre compasivo y asombrado, escurrida hasta el suelo con aires de perro en desgracia. O cuando se presentó en la choza, después de tres días de ausencia, con un vestidito blanco ataviado de cintas rosadas por la espalda, porque había ganado bastante y el dinero era para él nada más que una sonrisa en cualquier cara, o simples trocitos de alivio insertados en el hábito de la miseria.

No importa cuáles sean mis recuerdos, siempre son posteriores. Todos, aun aquellos en los que aparece mi madre meciendo mi sueño, se levantan después de aquél, como si hubieran sucedido en el futuro; más allá del círculo donde comienza a arder mi primer recuerdo.

El saxo, intuyendo por poco su desolación se aduerme. Se agazapa. Calla. Para volver a gemir con fuerza nueva.

Fue una mañana tan clara, tan repleta de pájaros, tan cargada de alegría, que Malena no comprende hasta ahora cómo pudo sucederle. Con su vestidito a cuadros y moño a la cintura, con sus zapatos de charol prendidos a un costado, corre hacia el encuentro de aquel saloncito estrecho, abigarrado de sillas y una carpeta gastada sobre la mesa oval, cerca del piano. Poca luz y mucha música, y sus ojos esperando para verme llegar. Sentarme. Abrir la partitura, girando dos veces sobre el asiento para quedar más alta, sin que él se dé cuenta; apenas un buen día mascullado en sus labios y sonriendo en los míos. Las manos sobre el teclado marfileño empezando la escala. Equivocarme al inicio, como siempre, de puro atropellada. Su voz llamándome para que vuelva del pentagrama azul, las blancas, las redondas, y aquel irme tras los arpegios de la imaginación, creyéndome ya grande y concertista. Los dedos afanándose sin progresar nunca. Nuevamente su voz. Sus ojos serios. Un río tibiecito me recorre. Lo siento descender hasta mis pies mojándome las medias, mientras me sube un calor incontrolable a las mejillas. Escucho cómo mira el taburete midiendo mi figura desde atrás, cuando encuentra el charquito ambarino. Me vuelvo puro fuego al saber que lo ha visto. Te hiciste agüita, me dice. ¿Por qué no me avisaste que tenías ganas? La risa se le desprende de la boca: franca, sonora, entera. Yo, toda humillación, y él, divertido, me ve correr hacia la puerta, saltando casi el jardín, el portón abierto, sin que me alcancen las piernas para escapar de la vergüenza, los libros protegidos contra el pecho, hasta perderme en la esquina, en el sonrojo total, en el deseo absoluto de que me trague el viento.

Siempre está como un punto negro en el lindero mismo de la conciencia, mi primer recuerdo; desmadejando desde entonces su redonda negrura.

Año de sequía en los valles del Yang Tse Kiang lamidos por el viento. Los arrozales se acuclillan para morir de sed bajo el fuego plano del mediodía. Las aguas no han bajado ese año a inundar los brotos que debilitándose se vuelven de paja. Somos muchas bocas para la mujer que nos carga: mis hermanos y yo. Seguramente ella también piensa lo mismo desde el hermético obstinamiento de sus pasos, porque no dice nada. Caminamos sin rumbo desde que mi padre se fue sin llevarse nuestras bocas. Las dejó flotando, desprendidas, en un aire que de tan cargado nos aplasta. Desde la espalda de mi madre, los campos desahuciados me parecen una gran boca abierta que se dilata hasta el horizonte en actitud de espera.

Nadie habla. En la planicie de un cielo avaricioso, las nubes se persiguen sin detenerse nunca, nunca. Son de agua, pienso. Y nosotros nos morimos de sed.

Chapotear con el agua en los tobillos aplastando los tallos infantiles del arroz. Chapotear así, de puro gusto, hasta dejarlos ultrajados contra el suelo barroso. Llenar las escudillas hasta el tope, acercando nuestras narices para atrapar el olor antes de que se esparza demasiado, y se fugue prendido a las ruedas del viento. Mi madre sirve de una vasija de barro. Me pone con los dedos la pasta blanca en la boca. El aire juega, enfriándonos el sudor finito que nos marca las nuca con sus hilos salados. Dejar descansando en nuestras lenguas el sabor humeante que se disuelve entre los dientes. Y apretar. Apretar bien fuerte los granos blancos, para que no se escapen y nos quedemos de vuelta sin nada en la boca. Una niebla de arroz se levanta desde las escudillas llenas, mezclada a la sonrisa agrídulce de mi madre (esa que le dejaron los disgustos sobrepuestos al cariño). Se confunde con el azul de las butacas: la niebla. Su tibieza me cubre la desolación con su velo de olores blancos. De los hombres escapa también un vaho de deseo. Una bruma distante cubre y arropa mi tristeza, mientras ellos se deshacen con las manos guardadas entre las piernas. Todos soñamos con escudillas de arroz despidiendo niebla.

Una pierna de Louise se mete entre las mías. Rompe la niebla. Con precisión busca el ritmo; lo encuentra; lo domina. Me enrosca su codicia, y seguimos trenzadas a las prometedoras ondulaciones del saxo.

Aquella mujer desmesurada produce en Malena un entrevero de ideas y sensaciones contradictorias. Sus grandes ojos cándidos permanecen tan fijos, que nadie podría predecir si será capaz de mantenerse hasta el final en la misma postura. El desdén hunde sus pezuñas minúsculas en los pliegues de su boca. No es a la pequeña a quien detesta más, sino a la que irrumpió en escena, nada más hace un momento. ¿La supone una víctima de esa enfermedad, o un lazo invisible comienza a tenderse delicada, inexplicablemente, entre las dos?

Inmersa en ese pedazo de noche que la sala retiene, Malena es asediada por un sinfín de interrogantes. Debido a que lo insólito puede, a veces, llevarnos a la clarividencia, las preguntas sedimentadas en un caldo de silencio durante tantos años, ahora se remueven. Saltan, se atropellan, la arrinconan, golpeándola a medida que el saxo implora. Su misma vida se convierte, sin notificación previa, por efecto de la presencia de esos dos seres tan dispares, en una pregunta gigantesca. Su alejamiento de la música, los móviles de su comportamiento, y hasta aquella perfecta felicidad en fascículos que se empeña en conservar a toda costa, se encuentran, de repente, entre signos de interrogación. Y ahora, más que nunca, observando de reojo a Manuel, no puede apartar de su mente el momento en que con tres palabras y un silencio le clausuró los dedos hasta que las notas terminaron de caer sin resonancia. Es como si le hubiera volcado las venas hasta dejarla seca, aceptando aquel acomodarse en el silencio. Y en esa oscuridad de ataúd negro -piano postergado- desencuentro: sus manos condenadas.

¿Por qué se le ocurrirán de pronto aquellas cosas tan meticulosamente amontonadas en el desván de la desmemoria? Acalladas con prudencia para que no molesten. ¿Por qué justamente ahora se le ocurren, mientras esta mujer se desnuda y ella no es sino una cuerda al borde de la ruptura?

Aunque nada iguala al arco que tensa el saxo entre una angustia y otra: ni el suspenso entre prenda y prenda, ni el dentellón de la espera.

Voy cargada en las espaldas de mi madre porque soy la menor; la única mujer que ella ha tenido. Desde mis breves tres años, veo los arrozales largos muriéndose de sed. Esa sed amarilla y sin consuelo que siente la tierra cuando la habita el abandono. Ya soy un ojo atento con memoria y pregunto: Mamá, ¿cómo puedo vivir? ¿Cómo puedo vivir una vida sin llorar? Veo que me mira sin decir nada, con los ojos parados frente a mis preguntas. ¡Mamá, tengo hambre! Mi vocecita se quiebra y la recuerdo así, quebrada, repitiendo: ¡Mamá tengo hambre! No me contesta. ¡Tengo hambre, mamá! La impotencia persiste en el silencio. Mis palabras se agolpan detrás de sus pupilas desarmadas, que lentamente se van humedeciendo por una finísima llovizna de tristeza.

Pero esa mujer, irremediamente burguesa, sólo ve mi cuerpo enardecido. Mi decisión de rascarle el verdín de una pasividad a simple vista abrumadora se acentúa en mí con tal fuerza, que casi me olvido de haber existido en otro tiempo. Pero no es fácil escapar de los recuerdos que, sin demora, vuelven a sumergirme en su marea. Que el hambre tiene dientes de serpiente; que arremete a ramalazos con su furia; que se lo puede entretener sin engañarlo nunca del todo, fue algo que comprendí entonces, durante esa caminata hacia el exilio, cuando se ensañaba en los bordes de mi estómago, dándolo vuelta del derecho, del revés, como a una funda vacía, para morderlo mejor. Con avidez desenfrenada de bestia famélica me punzan sus colmillos hasta que mis huesos terminan quebrados en sus fauces, y vuelvo a ser un montoncito triste colgando de las espaldas de mi madre.

El saxo, como si tuviera memoria de aquel banquete que la hambruna se daba con mi cuerpo, me clava también hasta el fondo su diente sonoro.

Viejos olores dormidos en las persianas de la nariz se levantan convertidos en púas, para cavarme en el medio de la barriga un gran agujero negro que se agranda y se agranda más y más, y está a punto de absorberme para siempre hasta su ciega cavidad. Ya soy un puro orificio insaciable. Canela y anís. Canela y anís. Y un tenue vapor de sahumerios escapándose en volutas olorosas los días de fiesta. ¿Dónde? ¿Cuándo? No sé. Canela y anís me persiguen. Olores. Momentos. Delicias, que no sé si existieron o son puro sueño. El hambre se derrama dentro de mí. Toma mis formas, las vuelve tan nítidas que podría recorrer mis entrañas de memoria sin tener noción de su trayecto. Seguimos el dibujo de las vísceras para entretenernos, mis hermanos y yo. Pero no como un sufrimiento insoportable, sino como un juego.

Mi madre calla. Alguien llora. Y todos llevamos el hambre tatuada en los ojos.

Un canto triste y remolón sube desde las barriadas miserables que se cuelgan del barranco, donde termina por desgranarse la Chacarita.

Malena comienza a caminar casi frente al portón del parque. Estacionado ya el auto al costado de los canteros, donde -insensibles al paso del tiempo y a su espontánea diversión- juegan los niños, desentendidos de las latonas, las ropitas que se inflan con el viento, el comadreo de las mujeres, o las casas de hojalata y cartón que, más abajo, el sol recalienta y lastima.

Sobre sus pasos elásticos se balancean, con rítmica y simétrica regularidad, los pensamientos de siempre. O tal vez otros que el entretejido verde de las hojas alimenta, mientras ella deja la cara vuelta al cielo sobre la nuca quebrada, los ojos cerrados, sin perder el compás, para que el viento y ese rumor desmenuzado del follaje le caigan encima, como un beso total que la tarde absuelve.

Regularmente lo hacía -eso de caminar en vez de ir al gimnasio- con la misma concentración y desapareja sobriedad; porque si a veces se metía dentro de sí misma escarbando sus propios desniveles, otras, espléndidamente abierta a la vida, se ponía a silbar una canción al unísono de su andar. Una canción que no pasaba de tres o cuatro compases, a la cual le iba desgranando mentalmente la letra sin que el acoso de la repetición la cansara, como a cualquiera que la estuviera escuchando. Hasta que, sin transición y siempre de improviso, abandonaba la melodía inicial para sepultarla bajo las notas de otra, que sin razón le brotaba de lo hondo del recuerdo. Así, siguiendo los altibajos del sonido o calando en la masa de su propio silencio, salpicones de conversación ensuciaban la tarde. -¿El cargamento demorado? Enseguida voy para allá. Hay que aceitarlo como sea, y si no quiere cooperar, advertirle. ¡Para qué mandamos! Déjelo por mi cuenta-, formando y deformando la imagen de una realidad que no lograba vislumbrar del todo, ni apartar por completo.

Una vuelta al parque, a veces dos, nunca cuatro, era el tiempo que utilizaba la incertidumbre cuando se ponía a caminar a su lado, hasta desbaratarle la flauta de los labios, empequeñeciendo tanto su son que finalmente enmudecía en el aire. Era en ese momento en que las dudas se apretaban a su alrededor saltando como duendes informes, cuando el olvido intencional o la insidiosa intriga se la disputaban sin reserva. Y ya no sabía cuál era su deseo: si andar indefinidamente tras las agujas de un reloj ciego, o salirse de su círculo, para reiniciar la marcha en el mismo lugar donde claudicó una tarde camino del conservatorio, siguiendo con los párpados bajos el cuadriculado amarillo de la vereda. Hasta que el vigor de sus pasos sobre el sendero adoquinado y el ligero meneo de sus brazos la devuelven a la hilera de eucaliptos y al susurro del ramaje desplegado contra la inminencia encendida del crepúsculo.

Desalojada brevemente de su angustia, casi frente a la curva donde empieza a asomar el agua sonrosada del río, le crecen alas, impulsándola hacia arriba. Como a los árboles, que

no terminan de crecer cuando aminoran los restos ensombrecidos del día.

Manuel, lógicamente, quiere irse, y en cosa de segundos su insistencia se vuelve impertinente, filosa, incluso sádica. Está avergonzado. ¿A quién se le ocurre que fueran a presentar algo así? La culpa, por supuesto, como siempre; de sus culpas, las ajenas, y de todas las culpas del culpario. No puede convencerse de que ella siga tan campante, a pesar de su apuro en retirarse. Espera que se indigne, que proteste y de ese modo le saque la responsabilidad de haber disparado un gatillo que está dando en un blanco insospechado. Pero ella, presa del desconcierto y de la náusea, no repara en él. Se le esquivo el momento en que ese hombre empezó a convertirse en una voz de paja con traje y corbata; aunque se aferra todavía a una seguridad que apenas se sostiene entre la vacilación y el aislamiento.

Hay un minuto que marca el giro de toda encrucijada; un bodigo de tiempo que se desplaza entre el hoy y el aquí y aquello que dejó de brotar en alguna parte; un minuto donde uno podría reinventarse; salirse de esa malla de nudos que lo asfixia para virar soltándose hacía afuera. Libre. Libre. Pero no. Reaccionando a tiempo, Malena sigue en su asiento, ahogada en la afonía de su propio grito.

La lluvia se algodona arriba sin soltarse nunca. Me muevo y me seguiré moviendo con la roja vibración que la música pone en mis huesos, la carne, la piel entera, arrojando mis contorsiones contra tanto ojo de halcón al acecho. Se las arrojé a las nubes también, que se guardan avaras toda el agua. Sobre los arrozales desteñidos se ha quedado mi rostro antes de crecer. ¿Para qué pensar? El silencio libera un olor a desamparo sobre los campos. Una larga tira de silencio se deslía justo por el lugar donde mi tío me carga. Mi voz pequeña te llama, te llamó y te llamará mientras me acuerde. Con tu ristra de hijos colgándote por todas partes, te alejas sin oírla. Mi voz se desalienta poquito a poco; se encoge; muere casi, y lloro de a pedazos cada vez más pequeños sobre un hombro extraño.

Sí. Mi primer recuerdo es el exilio. Por mucho que busque otro, siempre descubro que será el primero. No bien pudo me entregó, sin mucha duda ni demasiado desconsuelo. Lenta, dura, fría, se fue desprendiendo de mis brazos hasta dejarme con alguien, que más tarde comprendí era su hermano. Para que no me muriera de hambre agarrada a su espalda, escuché que le decía con una voz como de madera que se raja. Desde entonces un pensamiento me ronda con su graznido negro: ¿Y si me hubiera muerto? ¿Y si me hubiera muerto? ¿Cuántas cosas hubieran dejado de dolerme si me hubiera muerto!

Fue entonces cuando la vi empequeñecerse con sus siete varones detrás, segura de haberme salvado la vida, ajena al desamparo que empollaba aquel distanciarse de a poquito. Pero, ¿por qué a mí, su hija, su pequeña? ¿Cómo pudo ella convertirme en un pedazo de

nadie? Después supe que las mujeres no cuentan en mi tierra. Somos nada más cosas que comen y ocupan espacio, a veces cantan, y sirven para el uso diario.

Manuel siempre fue retinto y díscolo como corresponde a un niño criado bajo la furia del sol y la ausencia materna. Cuando empezaron a alargársele las piernas nadie hubiera podido predecir que más tarde tendría una estampa afilada, un tanto prolongada de más, la nariz con carácter y la piel un poco más clara.

Sobre el hombro de Malena su boca deja un exabrupto; algo así como el ultimátum desesperado de un jefe en derrota: Mujer con mujer, no me gusta. Vamos. Condena su voz. Al instante, protestando inocencia insiste en que él no sabía, cómo se iba a imaginar ¡qué te parece! Le ordena levantarse, ahora, de inmediato. El eco amplifica: de inmediato, de inmediato. Llevarla, traerla, ponerla, sacarla. Es tan fácil estirar -ajustar- aflojar la cuerda que comanda sus pasos. Por aquí, por allá, para acá. Vuelve a insistir en que se levante, colgándole insultos que ella, demasiado absorta, descuelga de sus oídos con limpia indiferencia.

El saxo sigue su exploración de angustias. Las va dando vueltas como a bolsas vacías. La bailarina oriental imperturbable, casi frágil, provocativa, audaz, inalcanzable, ambigua, le dice cosas con su cuerpo que inexplicablemente mucho tienen que ver con ella y sus dilemas.

La palabra no es ciertamente el único vehículo del conocimiento. A veces la comunicación se da por misterio. Como ahora. Es algo así como ser transparente y que alguien te vea por dentro. Por primera vez sin que, aturrida y ansiosa, lo entienda o adivine, alguien la despoja de su ropaje completo: falda, blusa de seda, cinturón, máscara, extracto, brillantes, farsa, y la ropa interior que lleva puesta, y esa cadena de nudos que nunca había notado y de improviso siente apretándole el cuello.

Desde la línea empalidecida de sus labios la insistencia de Manuel sube, mientras ella con el alma al descubierto lo escucha sin prestarle atención.

Bailo desde mi memoria; demorándome en los desfiladeros de mi memoria bailo.

Mi tío salió temprano a buscar changas en los barrios bajos. Pero la noche le ganará como siempre la partida y finalmente terminará rebuscándose en los basurales del suburbio, para no volver con las manos vacías. Nadie tira nada en estos tiempos, aunque a veces la suerte se le cruza en el camino y trae algo: algún desperdicio, pollo viejo, pescado rancio, lacios brotos de soja; la delicia de cualquier sobra. La serpiente del hambre se ensaña en la intimidad aterciopelada de mi vientre ávido y sumiso, mordiendo y mordiendo sin piedad.

Aquella noche el placer fue total. Casi me desvanezco ante el aroma de los ajos. Les cuento las fibras con la lengua, busco sus filamentos, la telita traslúcida que los envuelve y se despega al contacto del paladar y la lengua cuando, con dulzura, los reviento. En el reparto me tocaron dos, pequeños, arrugados, de una vejez amarillenta. Los chupo despacio para que no se disuelvan demasiado pronto. Un hilito picante baja por mi garganta, me quema el recorrido por donde pasa, dejando una huella viva, un ardor hondo que deleita. Ninguno habla. Sólo chupamos los ajos, mi tío y yo, absortos en su jugo agrio, penetrante, hasta que la película que los cubre se me pega al paladar y se queda allá arriba como un recuerdo transparente del cual no quiero desprenderme.

El saxo me devuelve a su presencia y a los turbios contornos de la sala, donde la veo forcejear con aquella voz que ya no logra subyugarla, no obstante los improperios, las amenazas, el silencio.

Una cuña de luz me llega desde esa rebeldía recién nacida, que veo y no veo aparecer sobre su frente.

La mujer sentada en la sala ya no soy yo. La sensación es tan nítida, tan tajante y fría, que toda duda es irrisoria. La que siguió hasta esa noche el doméstico andarivel de la rutina, afanándose entre el amor y los armarios, nada tiene que ver conmigo.

Resueltamente se zafa de la presión de las manos de Manuel que protestan, tercas, sobre su brazo avaricioso, sin resignarse a que ella, su mujer (cómo se atreve), de pronto y sin aviso, decida pensar por sí misma. La indignación de Manuel la salpica, quedándose plana y endurecida sobre su mejilla, como si en el trayecto desde su boca hasta ella se hubiera convertido en gordas gotas de barro, no logrando aplacar con su insolencia tanto rubor encendido. Es extraño que no le importe para nada esa jerga que le llega como desde lejos, como desde un viejo rencor deshabitado. Extraño que el temor que precedía a cualquiera de sus actos se desvanezca de a poco, intensamente, por completo, dejándole la mente limpia, semejante a un campo que se extiende hacia ningún límite. La resolución cobra fuerza, luminosidad, incandescencia: nunca más hará el esfuerzo de ser de cierta forma, nunca más una mascota complaciente, ni reacción condicionada, ni acompañante manejable, ni aceptación solapada. Nunca.

Pero Manuel, ajeno a las divagaciones surgidas de ese efecto de luces y de cuerpos, cómo va a comprender, así de plano, que las telarañas que le nublaban el cerebro hasta hace nada más un momento, están siendo retiradas por una mano invisible. Acostumbrado a programarla igual que a una computadora infalible, no entiende que su maquinita -chic-chic- le dé una respuesta equivocada. Le intriga y exaspera desencontrar la misma persona gastada, la palabra sabida, el gesto repetido sin variantes. Simplemente ella es, y él se sorprende.

Su vozarrón se impacienta, ensaya un tono bajo, luego uno alto, salta sobre lo conveniente desde la cara angulosa, para exigirle de nuevo que salga, ahora mismo, habrase

visto, ¡qué descaro! yo querer salir y vos quedarte. La impotencia va dejando como de piedra las mejillas hundidas bajo los pómulos brillantes de furia. Pero Malena se ha refugiado en las trincheras de su aislamiento y, es curioso, cuanto más inexpugnable la siente, más autoritario se vuelve, con esa ineficacia que se emplea para llamar a alguien sobre quien se ha perdido todo dominio.

Por mucho que las imágenes le muevan la imaginación, por poco que lo comprenda, mientras se ofusca el saxo y se entrelazan los cuerpos, más acá o más allá de este momento, se están quebrando en alguna parte los moldes de la costumbre. Pero Manuel no lo sabe.

La miro bailar envuelta en un tono sombrío como de algas muertas, La pregunta me viene repentina, semejante a un aguacero que se desploma con idéntica y tupida persistencia. ¿Por qué pendientes, saltos y caídas, habrá venido rebotando esta extraña mujer desde su origen? Sin razón siento por ella, convicta a ese cuerpo manoseado por la vida y tanta angustia ajena, una pena humedecida que se alarga anticipando mi acercamiento.

¿Dónde perdió la infancia y asumió la tristeza?

Inexplicable, nítida, absurdamente se me mete en la nariz (simple contrapunto a tanta procacidad) aquel olorillo chirriante de las papas cortadas en bastones, inflándose en el aceite hirviendo, junto con los rezongos de mamá, cuando nos veía robando la primera sartenada -las bocas atoradas y las manos repletas-, entre las protestas de la cocinera, que espantaba con desesperados cacareos a los menudos buitres de su reino. Sí. El recuerdo se me hace agua en la boca. Frente a tanto desamparo enmascarado con estudiada sensualidad, retorna aquella deliciosa rutina del cariño: ese festón que bordaba mi madre con sus mínimos actos alrededor nuestro; arreglando una almohada por aquí, el mosquitero blanco más allá; metiendo un piecito suelto en la tibia oscuridad de las cobijas; trayendo algún tardío vaso con agua, que alguno de nosotros infaliblemente le pedía para tenerla cerca un ratito más, antes de que se durmieran las luces de la casa junto con el ajetreo de sus últimos pasos.

No puedo dejar de preguntarme en qué momento extravió la inocencia, para deslizarse hasta este teatrillo de mala muerte y poca reputación, agraviada por codiciosos deseos. Porque estas cosas empiezan mucho antes de suceder. Mucho antes de que uno sospeche siquiera de que existen.

Como respondiendo a mis suposiciones sobre este ser que a la vez me golpea, me intriga y me subyuga, el saxo arremete con un ardor desconcertante, produciendo en mí una reacción por poco física.

Caserío lluvioso de gritos cortos. Veloces como pedradas, certeros como saetas de voz, indiferentes a todo, salvo a ellos mismos, surcan el aire para morir en el río sin eco ni resentimiento. Simples gritos que van y vienen poniéndole pulso a los tugurios destartados por la miseria.

El rocío sobre el mijo expele un vaho neblinoso. Me esfuma. Me desmantela. Soy niebla. Pura niebla en las orillas de un tiempo sin péndulo. Niebla sobre el pasto claro, oloroso y húmedo. Niebla en la resaca de las olas que perezosas terminan de morir echando espuma.

Mientras el Mekong suelta su queja acompasada poniendo un borde ondulante de basura y peces muertos en la orilla, su baba marrón toca mis pies. Pasos pequeños, juiciosos, simétricos, juegan a dejar huellas sobre las lenguas de arena que interrumpen la gramilla. No soy aquí, prisionera de esta complacencia ajena, frente al insano placer de bocas ávidas y ojos voraces, sino en aquel tiempo primigenio, cuando aún era germen, bosquejo, perspectiva, y mis pasos era pequeños. Lejos de este cuerpo que se doblega a los retorcimientos del saxo. Antes de mi primer recuerdo.

Una súbita alegría se descontrola desde el fondo del bronce, iluminando la música, sacudiendo las imágenes que corren sin tocarse por los pasillos y el recuerdo. Las superpone, las trenza y entrevera, como si fueran convocadas por una misma persona, o simples variaciones de dos mujeres que, aún sabiéndose extrañas, de una forma misteriosa se reconocen. Ya no es queja, síncope, instrumento, cuerpo en oleaje, angustia rota, sino vida. Vida en movimiento, con sus declives y alturas, sus éxtasis y derrotas, su vaivén de pulso y muerte.

Los procesos del pensamiento no son tan simples como a veces se estima. Quizás surgen por asociaciones sorprendidas, ecos de dolores viejos, lágrimas que se vuelven a llorar. ¿O será porque la música se inmiscuye sin piedad en esas dolencias que no acaban?

Nada tan triste para Malena como el encuentro aquel en una confitería del centro cuando, junto con tres amigas de risa fácil y pesado esplendor, lo vio entrar: los ojos tendidos hacia ella desde el umbral.

En poco menos del tiempo que le toma a los labios quedarse a medio camino de la sonrisa, le deslizó la voz en los oídos con la misma cadencia de antaño. No creas que hago esto con frecuencia, se disculpa sin motivo. Soltándole la mano que había alzado delicadamente hasta el beso, se irguió para decirle: Desde que supe que no tienes vocación, lo que hagas no me importa.

Malena nunca pudo explicarle a Manuel, aunque éste se enojara o la apremiase con reproches, por qué desde entonces se le deshacían los ojos en dos hilitos que bajando dócilmente y sin sollozo la recorrían hasta los pies, dejándole encima una huella fina y larga. Nunca pudo, y a veces hasta ella misma creía que un llanto tan extraño y sin consuelo

sólo podía ser un sueño dentro de la muerte, o la muerte dentro del sueño. Porque tamaña tristeza y aquella posición totalmente sumisa a la horizontal del abandono, sólo son imaginables en ella: en la muerte.

La almohada la escucha entonces hablar con la oscuridad; repetirle con un harapo de voz que se desfleca: quiero irme; quiero irme de la vida; resbalarme hacia la eternidad. Hasta que a lo largo del llanto se le aduerme la respiración, y afuera se sacuden los árboles un último resto de noche.

Nadie puede abstraerse ya del delirio demencial del saxo, de sus lentas cavernas, de sus recovecos largos, de la pausa sostenida, de su inesperada caída agonizante. Pero Malena sigue -toda silencio y sumisión- en la butaca, con su anémica moralidad al costado. Ráfagas de incertidumbre van y vuelven; se acercan y se alejan; la asedian, rozando el desdoblamiento. No sabe qué pensar. Esa mujer la trastorna. ¿Estará donde su cuerpo o en otra dimensión? ¿Será realidad palpable o ilusión quebradiza? Sabiendo que está ahí, ve únicamente su ausencia. Cuando está por descifrarla, la espanta su regodeo en el sabio oleaje del sexo e instaure nuevamente la cautela. La sospecha, duda apenas, casi certeza, de que existe en ella una ambivalencia disociada y bifronte, la confunden y enajenan.

Desde su otra orilla Mei Li decide soltar el puente para que pierda contacto, justo cuando Malena comienza a mirarla con unos ojos que tampoco son los suyos.

Hay muchas cosas sin sentido que yo, no obstante, las entiendo, se repite Mei Li. Aunque cualquiera me tenga de la piel para afuera, mi paisaje interior a nadie pertenece. No hay quien me toque, ni me ultraje. Todo sucede fuera de mí, lejos de la clave del enigma, cerca de mi reiterada muerte.

En tanto Malena lleva a cuestas los rótulos de su abnegación (Ama de casa -Madre ansiosa- Jerarca o mandadero como esposo -La familia feliz- Y aquella dulce infancia), va ensuciada de normas y de cánones, gustos que no le gustan y el bastón que la manda. Y de sí ni la sombra, ni siquiera el rescate, ni tampoco el espacio para decir su nombre.

Tal vez esa fuera la diferencia vital entre las dos: mientras una se pierde en los túneles mentidos de una desmemoria que borrona su propia identidad, la otra simplemente es en la noche.

Ese repentino silencio de la sala convoca en Manuel otro silencio que recuerda haber soñado cuando chico. Una ausencia total de ruidos, de voces, de ajetreo; aquella tarde en

que se escondió de su madre, no bien la escuchó atravesar el arenal del patio. Corriendo y en sobresalto deslizó su cuerpo flaco detrás del ropero, con un poco de maña y mucha picardía, deseando intensamente que no lo viera, y escuchando muy quietito desde su refugio sofocado, como lo llamaban los diferentes tonos de su voz. Manú, Manolo, Manú, ¿dónde estás? Cuanto más gritaba ella, más se apretaba él contra la frialdad descascarada de la pared, para que no le escuchara el susto. Le gustaba oír cómo lo llamaba, extrañando su presencia, preocupándose por él; le gustaba prolongar aquella desesperación con un deleite inusitado y hasta cruel, para luego salir a decirle entre carcajadas: aquí estoy mamita, estuve aquí todo el tiempo; me buscaste, mamá, me buscaste; me querés, mamita, me querés, y tirársele al cuello con los brazos abiertos.

Entre la voz de su madre que interroga a Doña Flora si lo vio entrar y sus corridas del patio a la piccita y de la piccita a la calle, se fue quedando dormido, acurrucándose, desinflándose cada vez más contra el suelo, hasta meter la cabeza y luego el cuerpo entero en una galería angosta y subterránea que se bifurcaba repentinamente. Le extrañó ver en la oscuridad los vestíbulos poblados de hormigas que seguían en minúsculo silencio las ramificaciones del laberinto por donde iba él también, a pesar de su tamaño, dándoles órdenes mentales que ellas obedecían sin tardanza.

Recuerda cómo, sin darse cuenta, llegaron a una explanada donde, aunque estaban bajo tierra, curiosamente había luz. El espacio se dilató de pronto y pudo pararse. Con el mismo placer que se siente cuando se revienta un bollo de crema en la boca (de esos que, a la salida de la escuela, ofrecía Doña Marcela en su canasto mimado por el almidón de un mantelito de croché), aplastó unas cuantas sin misericordia. Le agradó el sabor a poder que le dejaban sus ruegos. Magnánimo, suspendió la matanza y lo creyeron un dios, Alabanzas colectivas retumbaban amplificadas en la soledad de los túneles. Deshaciéndose en genuflexiones varias lo rodearon, hasta que de pronto, sin que pudiera resistirse, se le echaron encima cubriéndolo con su manta movediza y oscura. Y una vez muerto lo levantaron en andas como a un ídolo al cual ya no dejarían de adorar.

El silencio fue entonces de una intensidad tan compacta que seguía recortado en su memoria. Como ahora, que se había apagado en la sala el incendio del saxo.

Al cabo de un rato, ese tiempo empantanado volvió a dar y ya estaba su madre marcándole las piernas de nuevo, hasta que corriendo y llorando por el arenal caliente saltó al barranco, a los yuyos humedecidos por la proximidad del río. La correntada se llevó su dolor, con las maldiciones y las lágrimas, y la promesa de que algún día sería tan poderoso como para pegarle, él también, a cualquiera.

De improviso se cansa. La tarde se acaba. Una nata blanca comienza a asomarse. Se me está por acabar la voz, piensa cuando no puede más, volviendo a desandar el arenal, cabizbajo y despacio; la luna crecida ya en el horizonte.

Dentro de la urdimbre que se tejió Malena, la comprensión no penetra o tal vez se filtra como un eco difuso, adelgazado, inentendible; como un azoramiento inconfesado. Para ella las cosas comienzan y terminan en sí mismas. Son planas, sin matices. Como ciertas personas, que no logran salirse jamás del armaje inflexible que las calza. El cambio es impensable. La rutina un axioma, un credo, una muleta.

Bailando así, desde tanto tiempo atrás, hay algo que se aprende y se desdeña. Para Mei Li, la sumisión es un insulto que la hace actuar por reacción. ¿Será porque le trae noticias demasiado agobiantes de otras servidumbres anteriores? ¿O porque en cuanto alguien se doblega ante sus ojos la rodean el exilio y el francés, su tío y la sequía, y aquel burdel de Saigón donde estrenó la impudicia? La pasividad de aquella espectadora la incita a engañarla con una sensualidad más provocativa y audaz que a cualquier hombre. Quiere abrirle agujeros en el alma. Quiere hacerle tragar su cuerpo entero, como un gran bocado que se tranca y no pasa, y al final pasará, pasará, invadiéndole la lengua, el paladar, la vida toda de una persistente interrogación, que se le pega como la grasitud de un caldo frío.

El propósito de despertarla de aquel letargo se deja ir tras la vibración del saxo; como ella, que también se abandona al murmullo del río.

Manuel, entre disminuido y disimulando, está al borde del colapso, con toda su autoridad insultada. La indignación lo desfigura, refigura su figura. ¡Quedarte mirando como si fueras una cualquiera! ¿Qué te pasa Malena? No pareces la misma. El saxo repite: la misma, la misma, la misma, en tanto la voz se le agranda, se le encoge, se le vuelve un entrevero de tonos y sofoco que rebota, y me bota, y me embota. Estoy y no estoy a su lado. Mi verdadero ser se le pierde, y a mí también: naufragio y salvataje simultáneos.

Él sigue insistiendo en salir. Y mientras las horas se adensan en la salita humosamente azul, en la casa de su barrio residencial la madrugada va sitiando también a la noche, que claudica y larga finalmente su oscuridad casi disuelta en día.

En el vestíbulo sonaron las tres sin que él llame, ni vuelva, ni me deje de preocupar por su tardanza. Tendida en la cama me entretengo con las sombras de la lámpara que avanzan y retroceden en el techo. Las cuatro. ¿Por qué se demorará tanto Manuel esa noche? ¿Qué hace a estas horas que no vuelve? La soledad convierte los minutos en largas hebras de tiempo que se enredan a su progresiva ansiedad. Las cinco. Unos pasos, que tal vez ni siquiera sean los suyos, arrastran su desaliento por los rincones, los muebles, el corredor, en un inútil intento de saltarse lo largo de la espera.

Que el rito de la espera es de todos los que nos imponen los demás el más prolongado y caviloso, lo saben los que esperan. Es como si dejáramos las horas vacías para llenarlas después, y no llenarlas nunca. No es reciente en mí esta práctica de desmenuzar el tiempo

en pedacitos de espera. Comenzó con Manuel y sus tardanzas. Aquel llegar despreocupado y con atraso, como si sólo existiera su tiempo. Y el mío: para nada. Nunca supe lo que era aquello hasta que lo conocí, porque con él arribó eso de atarle las agujas al reloj no haciendo otra cosa que pararme junto a la ventana -toda impaciencia y perfume- creyendo, qué duda cabe, que si se demoraba era porque se había quedado varado en otros brazos, sin importarle que lo estuviera aguardando con la sonrisa novia y el deseo de tenerlo cerca bajando y subiendo debajo de la blusa.

Sí; es largo ese rito de quedarse escuchando la puerta hasta que se quejen las bisagras. Y al final, cuando la abre, sentir que entró con él la compacta cerrazón que los separa -cabeza esquiva, monosílabos, el enigma en los ojos y ningún comentario. ¿Habrán sido alucinaciones mías aquellas ojeras que le llegaban casi al término de las mejillas? Algo raro y funesto sucedió aquella noche, lo sé. Algo que bordea la locura y sucumbe en la ignominia. Todo fue tan extraño, tan cargado de misterio: su vuelta clareando el día; la mirada cavada como dos pozos de sombra; aquel silencio más pesado que nunca siguiéndolo a todas partes. Y después, apenas un segundo después de su llegada, aquel llamado que atendió poco menos que saliéndose del cuerpo y tropezando con todo. Fue entonces cuando los dos boquetes negros que traía en el lugar de los ojos terminaron por desbordarle la cara; porque los cerró cubriendo todo lo que traían adentro para que yo no lo viera.

Nunca supe lo que hizo aquella noche, ni por qué lo llamaron de nuevo, pero algo trágico debió ser, pues desde entonces comenzó a sacudir la mirada cada vez que me acercaba.

El saxo la devuelve al escenario con una nota aguda y larga sobre la cual sigue bailando enajenada la mujercita oriental. Pareciera que una punzante voluntad de ser sensual, cada vez más sensual, la poseyese para sacar del interior de cuantos la observan la torrentera de angustias y vehemencia que esconde el cuerpo.

El silencio comenzó a cohabitar con los jazmines en la casa después de aquella noche en que Manuel... Y cuando Malena objetaba algo, sucedía invariablemente eso de si traigo plata a la casa qué te preocupa. (Como si se pudieran comprar ciertas cosas: el sonido de la felicidad o el acomodo de una inquietud que se desbanda). Si por lo menos supiera de dónde sale el dinero. Si se animara a preguntar. Porque tanta abundancia manando de un cargo sin relumbramiento de funcionario a secas, no lo puede creer. Con el sueldo de Manuel, cómo les va a alcanzar para tanto, se pregunta cuando estrena algún regalo imprevisto. Negocios colaterales, y punto, le dice sonriendo, mientras se lo prende en la nuca. Todo lo que te tiene que importar es que estamos progresando como nunca antes soñamos, y que tengo un despacho para mí solo, donde se deciden cosas muy importantes para la seguridad del partido y nuestro propio bienestar. ¿No te das cuenta de que nos estamos haciendo ricos y nos conviene que esta situación no acabe nunca? Así que no me pongas esa cara de gol en contra y servime un whisky. Con eso le desarmaba la vocecita escasa.

Manuel sale entonces de la habitación con el tintineo del vaso en la mano escuchando su propio silbido que, como quien no quiere, le pone melodía a una pretendida despreocupación. Otras veces, simplemente se metía en el diario para que el sabueso de mis ojos no le siguiera rastreando ese resto de vergüenza que, por mucho que se empeñe en ocultar, se le escapa por alguno de los lados de la cara no bien se descuida.

Entonces me quedo afuera; afuera de él, de su secreto; afuera de ese andar solapado de sus ojos; afuera de lo que sea. Sola con mi duda y su silencio.

La presencia casi corpórea de ese acuerdo en callar nos deglute, como los años a la vida, que se nos va simultáneamente al hecho de vivirla. Uno se pone a meditar para qué sirve el silencio como no sea para taponar un pozo donde la caída, si bien postergada, es irremediable. ¿A quién sirve verdaderamente Manuel dentro de los muros de un despacho sin dirección, ni puerta de entrada, y fuera de ellos también? ¿Quién lo manda y lo atenaza desde ese anonimato que se obstina en conservar a toda costa? ¿Y por qué se le achicarán los ojos, apenas levanta el tubo cuando suena el teléfono, en las horas agrandadas por la noche? Ni siquiera sabe si las cosas ocurren realmente allí, o en otra parte, o sólo en algún trascuarto de su imaginación. El sitio, el origen de la voz, los rostros que están detrás, todo, permanece dentro de un envoltorio de silencio, en tanto deambula entre ambos el convenio sobreentendido de no indagar nada, porque mi trabajo es cosa mía y no tengo por qué darte explicaciones.

La palabra amordazada es más real que cualquier confesión, por más espantosa que se la piense. El silencio, ¿no nos convierte acaso en cómplices ominosos de cualquier acto, evitando que escarbemos en la raíz del misterio que explicaría lo fácil, lo placentero, los opulentos beneficios de las acciones perversas?

Y aun cuando no se sepa nada, desde luego, o peor, se aletargue la voluntad de saber, algo siempre se filtra por los ojos de algún testigo que no se logra silenciar: como aquello de que arrojaron gente desde aviones militares sobre los palmares del Chaco, o en otra parte, para desbaratar la guerrilla envuelta en sacos de lona. Sobrevivientes del movimiento revolucionario y campesinos solidarios, al barrer. Y ni siquiera estaban muertos cuando comenzó el descenso. Por lo menos eso es lo que se dice por ahí y lo repite la manicura cuando viene cada jueves, con el maletín repleto de inquietantes comentarios y alicates. Aquellos cuerpos se quedaron sobre el asombro ensangrentado de las espinas, hasta que vinieron los cuervos seducidos por el olor penetrante de la muerte. Otros cayeron así no más, sin la caridad de la arpillera interpuesta entre los ojos y el horizonte, despeñados a empujones, tratando de agarrarse al aire y con el tiempo justo para saber que se estaban yendo hacia abajo irremisiblemente por obra y gracia de una orden superior.

Pero a Malena aquellas cosas no le interesan. Le parece que no pueden suceder o son fabulaciones que comienzan a rodar sin fundamento.

Ella no se imagina (porque nunca se planteó la cuestión) la existencia de leyes que no se cumplan, o la promulgación de otras que legalicen los vejámenes de la autoridad. Y que el inventario de delitos fabricados para involucrar a los enemigos del orden público sea tan copioso como los canastos de las verduleras recién llegadas a sus puestos del Mercado 4,

donde su empleada hace la provista de la semana. ¿Cómo podría imaginarse semejante cosa viviendo en una jaula de cristal? No, Malena no piensa nada de eso. Aunque sabe cuánta gente sólo come mandioca porque no tiene otra cosa, ¿podría de veras hacerse cargo de cuán frugal puede ser la realidad cuando o que se hierve en la olla es únicamente mandioca, y ella sólo la compra para acompañar el asadito de los domingos?

La negligencia es un bostezo perezoso. Claro, porque se puede venir abajo el andamiaje de toda una vida anquilosada entre las conversaciones intrascendentes, el té con leche y los deberes sagrados. Y se es demasiado cobarde para eso.

A veces, también con su madre, Manuel la pasaba bien. Era cuando se le encendían los ojos y se ponía la solera floreada para salir, los hombros como panes de miel horneándose al resol del atardecer bajo los tirantes apretados. Qué lindo fue aquel verano en que volvía a altas horas de la madrugada, después de divertirse de lo bueno y de lo mejor, como anunciaba cada diez minutos el animador de la calesita-tómbola -risa giratoria-, plantada en el medio del arenal del barrio durante las festividades del Oratorio de San Francisco.

La veía mucho menos, es cierto, pero cuando se acercaba a él, traía un aire calentito de cariño, que le hacía cosquillas como un viento atrevido. Corría entonces algún dinero de más, y en el brasero del rincón humeaba a mediodía un soyo achocolatado, que ella tenía la paciencia de revolver hasta el hervor, con tres hojitas de orégano flotando en la espuma. Le gustaba sorberlo haciendo ruido, y a ella también. Como si con ese aspaviento de labios y cuchara, le festejaran la existencia.

Nunca conocí los ideogramas de mi lengua, ni las confidencias de niña, ni los juegos compartidos; sin embargo, de una manera intuitiva y natural, supe desde un comienzo cómo corren paralelas las vidas dentro de surcos simultáneos. Es curiosa la manera en que se pierde la noción de que mientras estamos viviendo, cerca o lejos, también viven los otros en algún lugar. En el instante exacto en que hago hoyitos en las márgenes blandas de un río, desenterrando caracolas con los pies, mi tío tira los dados en cualquier garito del centro, abrasado de azar e incertidumbre, y aquella mujer de la blusa de seda estaría, tal vez, leyendo un libro en algún sitio que dos océanos distancian.

Es sumamente difícil ubicarnos en un punto de un infinito que fluye y sólo nuestra conciencia fragmenta. La realidad del instante ancla en la continuidad del tiempo, volviéndose irrevocable. Me gusta pensar en el tiempo que sin nosotros estaría baldío, porque no tendría quien lo pensara. Como yo, ahora, que cuanto más se me acerca Louise más me interrogo si estamos dentro del tiempo o el tiempo sucede en nosotros. Curioso que un segundo pueda albergar tantos segmentos de vida palpitante y todos participemos de él de una manera intransferible y única, siendo él -el tiempo- siempre el mismo, aunque transcurra en ámbitos diversos.

Tú, mi tío y mi sombra somos vida simultánea en el tiempo. La similitud del sufrimiento derrumba diferencias negando latitudes, pero no logra aniquilar el tiempo.

Malena es paradójica con su cuellito fino, la cara pequeña enmarcada de rulos negros y aquellos ojos como bolitas de ternura rodando sobre las cosas. Ella, tan convencional, tan prolija dentro de su atropellamiento, podría haber sido vagabunda si se hubiera enamorado de un linyera, por esa rotunda vocación de entrega que no es otra cosa sino el carozo mismo de su voluntad de arcilla.

Eso de moverse entre las coordenadas del amor y el desamor, de quedarse a esperar el sepelio las horas, dejando trotar la imaginación mientras sus manos baten huevos, fue siempre una parte raigal de su carácter; como si fuera imposible sobrellevar las pequeñas cosas cotidianas sin un sentido trágico de congoja o de alegría desmedida.

No es que menospreciase aquella manera de llenar la vida. No, no, no. De ninguna manera. Ella sabe cuánto vale el paso bien dispuesto para cada detalle, las rosquitas calientes con su polvo de azúcar, la casa reluciendo, el hijo cobijado por un abrazo ancho. Le gusta ser así. Siempre y cuando se olvide que enterró su talento.

Sobrepasada de hacendosa dedicación; sin más intento que la perfección hasta en las nimiedades -siempre lista, nunca ausente-, dejó colgada en el dintel de una puerta vedada una réplica de sí misma, con dos flores de música marchitándose en las manos. Y así, de pura abnegación, llegó al olvido del cuartito en penumbra con las sillas morenas, la mesa oval cerca del piano, y hasta las clases de latín, cuando abnegación significaba realmente negación del yo, y esa actitud le parecía una aberración indigna de tenerse en cuenta.

Entonces uno se pregunta por qué se truncan los vuelos justito antes de florecer. Pero las rebeliones de la juventud se van gastando sin que nos demos cuenta, hasta que las aristas quedan lisas, los sueños romos, y nosotros un poco de piedra, mirándonos uno al otro cada mañana -resentimiento y café de por medio- con esa indiferencia mineral que dejan las lágrimas.

Ni le cuento que escucho música a escondidas todos los días no bien termino de disponer la casa, ni me confiesa las funciones que lo retienen en alguna parte misteriosa de la noche, metiéndolo después en el insomnio. Yo me afano con el niño y sus resfríos; sobre el nudo del cordón de sus zapatos; las uñas cortas; la pulcritud de la letra en los deberes, tanto como Manuel en su hermetismo. Me empeño porque lo quiero y me hace falta esa entrega total; ese darme sin límites; esa terca reincidencia en el cariño, no siendo suficiente nunca, nunca, este modo de amar sin pedir nada.

Un bajo vigoriza el aire tiñiéndolo de rojo, casi negro; se diluye en naranjas, empalideciendo después mientras asciende hasta volverse un rayito dorado que brinca y juega en el pentagrama, como si todo lo que nos tocara vivir fuera eso: puro juego.

Sorprendente la manera en que la música recorre la orografía de la angustia y de la dicha, de la pasión y del acato; el modo como Malena se deja hurgar o, mejor dicho, la hurgan aunque ella no lo quiera.

En un garito mugriento mi tío sacude y tira. Sopla sobre los dados, sacude y tira. Igual que el saxo, se precipita, se desgañita, entra en el vértigo. Calla. Discute. Ríe. Casi al instante, de una patada vuelca la silla, poseso de una locura corporeizada en sus dedos. Grita, sacude y tira. Se enoja, se desparrama en gestos y finalmente -la rabia en los bolsillos, el mentón sumiso sobre el pecho- desanda el trayecto desde el centro de la ciudad hasta la casucha de bambú donde nos digiere el tiempo. Yo me escurro, por si acaso, tras las cortinas del silencio, escondiendo ese olor a caracolas que se me ha montado en los pies.

La atmósfera asfixiante, la noche, la figura diminuta moviéndose en el escenario, las respiraciones: todo, se dilata con los acordes del saxo, que se internan en los pasadizos por donde andan sueltos, sin orden, como perdidos, los pensamientos. Las imágenes le llegan tropezándose; como Manuel que, al poco tiempo de aquella noche siniestra, entró orondo y festivo, llevándose una silla por delante, con la risa que se le caía de la cara, agitando los pasajes en el aire como si fueran boletos de satisfacción. Me salió el negocio, Malena. Nos vamos a París. Y lo hago por vos, que quede claro. Porque me lo pedís en la cama, con las manos.

Así fue como vinimos. Con ese simulacro de invariable felicidad en los labios, no bien le dieron treinta días, y ella aprontó las valijas, dejando al niño con su madre.

Mientras el saxo delira en mi carne y la retuerce a su vizna de tristeza descende sobre mí, dejando como en sordina su llanto metálico. De golpe pareciera que nada puede sacarme ya de este agujero de congoja donde los muros son tan lisos y en bisel que no encuentro el menor asidero para impulsarme a la superficie, libre de cuanto desperdicio llevo encima. La llovizna cae delgadísima, sin comienzo ni esperanza de acabar alguna vez. Se me adhiere a la piel, como otra piel hecha de tristeza y abandono.

El miedo camina por las montañas boscosas de la frontera, donde la vigilancia es atroz. Compartimos la noche, mi tío y yo. Por delante una esperanza baleada; un agujero negro por detrás. Bajamos las indolentes curvas del Mekong, escurriéndonos hasta del sonido de las sombras. Divisando a la orilla las aldeas que se nos ofrecen, de tanto en tanto, como pestilentes manchones espectrales, con sus cadáveres colgados de los pulgares bamboleándose en el viento. Parecen fantoches al revés con los brazos llovidos hasta el

suelo y las manos dobladas; las cabelleras de las mujeres como un llanto negro que les protege las muecas de la muerte.

Recordando aquella huida, miro la sala con desdén y me entrego a este placer despreciable con un rencor encarnizado. Ese tipo de mujeres que me miran son como las máquinas de coser: hilvanan, bordan, hacen zigzag, cosen hacia adelante y hasta para atrás, y sólo consiguen aumentarme la tristeza. Mujeres que aunque lo sepan todo del dolor, continúan pedaleando tan contentas como si tal cosa.

La llovizna se queda en lo hondo de mí, traspasando con insistencia mis secretas dolencias.

En la casa de jazmín y madre selvas, las madrugadas se estiran con los insistentes lamentos del saxo, mientras Malena devana los sucesos del día, los compromisos de mañana y su inconfesado desaliento. Se alargan sin terminar nunca, igual que sueños que persisten aunque los ojos ya estén despiertos. No es que estuviera precisamente insatisfecha con su vida: ser una esposa corriente; tener parrilla, quincho y pileta, y un marido ubicado en la política; las tardes libres, servidumbre y dos autos; descontando la plata extra que le da Manuel cuando le sale algún negocio que no le explica. Y las amigas sin nada en común haciendo lo mismo por inercia. Y el hijo que la rescata siempre, siempre, con su vocecita riente o sus lagrimones gordos, cada vez que el aguijón de la renuncia despierta en ella aquel seco manantial que ya no canta.

Las madrugadas no acaban de amanecer. Se vuelven largas. Pesan. Es entonces cuando las preguntas la dejan hecha un andrajo. ¿Dónde estará Manuel en plena noche? ¿Quién lo llama? ¿A quién visita? Las murmuraciones la envuelven como jirones dispersos que se aflojan y apretujan a su alrededor, afirmando-insinuando que no hay funcionario sin algo que esconder. Y que algunos hasta administran reservados y prostíbulos caros, bajo nombres supuestos, tomándoles examen de ingreso a las pupilas. Para que sepas no más te cuento.

Hay momentos, sin embargo, en que Manuel pareciera no aguantar más esa mole de silencio que carga sin ayuda. Una cierta vacilación lo hace vulnerable. Pero de inmediato se rehace, le oculta lo que sea, la posterga, y la rendija por donde hubiera podido llegar al meollo de tanto encubrimiento se torna ciega, hermética. Dormite. Voy a lavarme y me acuesto. Es todo lo que se le ocurre decir cuando vuelve, aplastando como un felpudo la voz entre los dientes.

El hastío de mentirle y mentirse restaura la distancia cerrando una vez más las puertas del encuentro.

Los pies pequeños siguen las divagaciones del saxo. Imperceptible, el sudor comienza a brotar de a poquito, cubriéndola con una finísima película, que se contagia y crece también entre los hombres, e incluso en aquella mujer, tan absorta, en verdad. Porque no puede evitar las comparaciones.

Entre ambas existe una correspondencia que no sabe. No entiende dónde nace, ni siquiera si existe, pero está ahí de alguna manera, sucediendo. Una complicidad y rechazo simultáneos. Vaivén de un oleaje antes en calma. Un temblor en la piel y más adentro, que la ponen en las lindes de la abominación y el desespero.

Apenas Malena acaba de cerrar los ojos agrandados por la espera, ya es hora de despertar al niño para ir al colegio; tomar el desayuno; despedirlos. Es entonces cuando la casa se llena de esa confabulación estática que tienen las casas deshabitadas; cuando siente con mayor nitidez el estrangulamiento de sus manos, tan lejanas del cuerpo, como adelgazándose hasta que se sueltan. Pero las horas no descansan y al poco rato, sin que se dé cuenta, la mañana termina en el almuerzo, las tres frases deslizadas al sesgo del bocado apurado, y el beso en la mejilla del pequeño, antes de que se acueste a dormir la siesta.

Y una queriendo que tome la sopa y sea feliz, como ella cuando chica, y durante el bachillerato, y en los primeros tiempos de Manuel, cuando todavía era un muchacho modesto, sin posición ni familia conocida; un pobretón anónimo, como rezongaba su padre con disgusto. Estudiante fracasado de economía, pero con futuro, porque le gustaba obedecer para mandar algún día. Pichón de dictador. Pichón de dictador, se mofaba. Y yo diciéndole no papá, no es tan ambicioso como parece. Y él insistiendo en que pensara bien lo que hacía, mirá que peino canas, y la experiencia que dan los años, y etcétera. Y ahora, cuando pienso en la habilidad de Manuel para simular mis gustos sin que fueran los suyos, me sigo sorprendiendo, porque siempre tuve esa ingenuidad tonta de creer que las cosas no pueden mentir, y menos las personas que uno ama. Todo se vuelve irrisorio en ese momento, a la luz convaleciente de este lugar sórdidamente azul. Pero en aquel tiempo, yo era joven, porque había vivido pocos años y conservaba todavía un ramito de ilusión en la frente.

Creo que fue entonces cuando comencé a practicar la nefasta costumbre de hacer nudos. Nudos de puro miedo a perderte -te quería tanto. Por retenerte a mi lado anudaba las horas que quedaban fuera de nosotros, enmarañándome de renunciamentos. Que si ibas a venir, no salía; que si estabas por llegar, me quedaba; que si... Toda la vida girando alrededor de tu posible irrupción en cualquier momento. La prisa sobresalta los pasos de todos mis retornos. No fuera a dejar mi retraso una cuña de tiempo vacío por donde te deslizaras irremediamente, como se escurren los anillos por el resumidero del lavatorio ante la mirada atónita de su dueña.

Apresurada siempre, siempre en punto, como corresponde a una novia enamorada. ¿Acaso no es eso lo que valoran los jóvenes para casarse?, argumentaba mamá, con ese tono tan suyo de saberlo todo. Porque a ella, en realidad, la mirada recia de Manuel le

gustaba. Y yo escuchándola, desde mis ojos casi metidos en el vidrio de la ventana, para estar más cerca del momento de mirarlo.

La espera es un rito que se oficia de pie. Atisbando los reflejos en el canto de la columna de la esquina cuando algún auto avanza por la calle transversal con los faros encendidos. ¿Será que te trae alguien, como siempre? ¿Que ya vienes? (te mortificaba tanto llegar a pie). Con el corazón en tumulto veo cómo se desvanece la luz apresurándose hacia otro destino. La impaciencia inventa claroscuros sobre las casas vecinas, el hierro solitario, las irregularidades del empedrado. Reflejos que mueren en la oscuridad de la espera. Y, por fin, el brillo se hace intenso, se agranda, permanece. Un coche se acerca, se estaciona frente al portón y me brota por dentro como un rocío de alivio y alegría. Estás ahí. Soy feliz. Llegaste.

Desde adentro del saxo va saliendo una larga cabellera de nudos negros; un enredo de tristeza que el filo del sonido ensarta, afloja y deja a la deriva. Ya no soy la clara muchacha de ojos redondos y senos pequeños, sólo un madero en abandono, una vacilación bajo la seda, que al conjuro de las notas se desarma.

Naturalmente me querías. (Eso no lo dudaba ni siquiera mi padre). Pero como si una cosa derivara de la otra, comenzaron sistemáticamente las renunciadas. El curso de perfeccionamiento, de ninguna manera. Para que te mire todo el mundo ¡Qué esperanza! ¡Mi novia al conservatorio todas las tardes! ¡Pero si nos vamos a casar! Y además uno que sabe, después de todo, lo que hacen ahí adentro entre tecla y tecla ¡Haceme el favor! Yo quiero una esposa, no una artista.

Y ella, equilibrista hábil de una cuerda indecisa, balanceándose entre su verdadero rostro y esa sarta de argumentos. No sólo hay que ser buena sino parecerlo, le repetía Manuel entre riguroso y gentil. Y se volvió irremediadamente buena, con una gran etiqueta de cinco letras mayúsculas sobre la sonrisa impersonal, pronta a abrirse como un cierre magnético en el momento oportuno y en el lugar conveniente.

Entre los altibajos de una relación tempestuosa, el miedo la agobiaba tanto como el cariño. Un miedo, una duda, un pavor de que su verdadera imagen -sensible, impulsiva, arrebatada, en fin-, no le gustara.

Así suceden las cosas sin que uno sospeche en sus comienzos cuál será el ojal donde se prenderán las consecuencias. Porque en aquel tiempo de latidos tumultuosos y besos lentos, ¿cómo iba a saber que lo peor que le puede suceder a una mujer en la vida es tener un carácter de gelatina dietética?

El saxo clava y clava sus dientes en el aire cargado de resuellos que se espesan. Modula fantasías, variaciones: ascendentes, descendentes, asediantes, para dejar su curso y retomarlo, prolongándole la agitación, la agitación, la agitación, que no sabe si se debe a

esa mujer que se desviste, o a que está recorriendo hacia atrás los desvaríos de su propia encrucijada.

Sentada en la camita -sábanas revueltas y edredón- la tez de la mujer oriental también parece azul bajo esas manos toscas que la sitian. La boca grande bailoteando en redondo como una mariposa excesiva. Con esfuerzo, Malena empuja sus gritos hacia atrás. No debe gritar. No debe. No quedaría bien que gritase. Manuel, anticipándose a su voz, le clava las uñas en el brazo a través de la seda. La marca con dedos que no reconoce. Como si a medida que el saxo avanzara en la noche hubieran perdido su antigua identidad; como si nunca la hubieran tocado.

Yo no aguanto más. Vamos. Le tira de una manga sin animarse a dejarla sola, como un remo plantado en la orilla de un mar desconcertante que, ahora, se arrepiente de haber despertado. Ni que fueras una cualquiera para quedarte mirando esta porquería hasta el final. (Esta porquería hasta el final). Mi mujer quedarse mirando a una fulana que se desnuda como si tal cosa. (Que se desnuda como si tal cosa). Pero dónde estamos ¿No ves que son lesbianas? (Lesbianas). Su voz me acuchilla preguntando por mi delicadeza ¿Dónde está? ¿Dónde estará? Manuel no se resigna a la pérdida de la delicadeza de su mujer, que por añadidura tiene el atrevimiento de no hacerle el menor caso ahora que la perdió.

En mis manos aroman los jazmines no bien los separo de la rama. Temprano, cuando el sol es apenas un sorbito de calor en el lecho vacío del cielo, voy por el jardín reventando el rocío. Como flotando, a pasos largos, demorada. Indago el parentesco de mis flores en los canteros, su grado íntimo de belleza. Las miro, las elijo, les busco el perfume entre los pétalos apretados, corto sus tallos, poniéndolas en agua después; delicadamente ladeo hacia un costado sus corolas semi abiertas, para que desde su inclinación me digan algo con ese lenguaje instantáneo y directo que tiene la hermosura. Pero Manuel no me ve. Su voz emerge desde una impaciencia imperiosa. Rebota desde su boca a mi oído, como si hubiera emprendido un viaje de ida y vuelta, desconociendo el camino de regreso.

Cuanto más cólera suelta, más me canta bajo la piel aquello, entre luminoso e incierto, que no sé. Algo que se enarbola sin prestarle atención, independiente. Como una decisión en primavera. Por una vez desisto de hacerle caso. Pierdo contacto. Desato amarras. Levo anclas. Parto con mi mástil sin velas y sin nudos hacia un periplo cuyo comienzo o final no vislumbro, ni presiento.

Inquisitivo, vacilante, sorprendido, incrédulo, Manuel me rastrea la expresión. Desde el pequeño campo de la butaca donde su cuerpo se agita sin poder contenerse me salpica un silabeo de disgusto, que se le arma y desalienta en la boca.

El saxo se torna insoportable. Cuando menos se lo espera calla, al instante arremete de nuevo con esa fuerza que le viene de adentro, cálida, torturada, despiadadamente intensa. Y Mei Li también siente agrandarse un dolor, entre lacerante y manso, en las márgenes del río. Juega allí donde se deshace la espuma, en el linde del agua y de la arena. Juega con sus pisadas. Una para acá, otra para allá, formando círculos sin saltar, hasta que se acuerda de que debe regresar para guisar la cena.

Mi tío espera bajo el dintel con su sonrisa de madera seca. Los dientes renegridos, las piernas cortas separadas de impaciencia y los brazos en jarras, recortado todo entero en el rectángulo luminoso de la puerta. Me cuelo a través de su mirada plana, apretando las caracolas que llevo entre las manos.

Buena para guisar. Buena para guisar, farfulla. Y mastica el arroz que le presento. Con fruición habla desde atrás de la pasta blanca. Poco a poco me fui prendiendo a su mal disimulado despegó; tal vez por eso de haber atravesado juntos tanto valle, tanta selva y tanto miedo. Buena para guisar, le dice al plato por lo bajo, mientras yo pienso que es su manera de ser y lo acepto sin exigencias ni recriminaciones, dándome cuenta de lo mucho que aprendí a querer sus defectos. Y esa aceptación antes que dañarme más bien me reivindica con la vida.

Pero nada puede variar la realidad, ni siquiera mi resignación frente a lo inevitable. Una herida se ahonda como un clavo dentro de mí, cuando me golpea con el martillo de su voz. Un gusto a desamparo me persigue siempre. Siempre. Persiste en mi boca, me sube por las venas, me asedia. Ese inconfesado convencimiento de que nadie puede quererme me trastorna. Nadie me ha querido, ni me quiere, ni me querrá. Es tremenda esa certeza del desamor absoluto. Esa íntima seguridad de ser querible y, sin embargo, morder a fondo la ausencia del cariño.

Con voluptuoso ensañamiento me pliego a la servidumbre aterciopelada del saxo, sabiendo que para mí ya nada puede ser reversible.

He asumido el desamor y estoy libre de toda congoja.

Malena comenzaba el día como todo el mundo, tal vez un poco más temprano. No porque hiciera falta, sino porque le gustaba levantarse apenas escuchaba el despertador; despedir a su hijo, al marido; andar por el jardín. Qué deleite acercar los labios a las rosas de donde no se había resbalado aún el rocío, para bebérselo así, fresquito, como un trago de consuelo, con los párpados corridos sobre las imágenes. Se quedaba entonces dentro de sus ojos, escuchando música. En esa oscuridad de manchones amarillos y puntitos rojos, a veces era ella quien la hacía brotar de sus dedos, ensimismada sobre un piano invisible; otras él, ya de regreso de alguna gira, con un rostro enriquecido, por el paso del tiempo.

Camino del camarín, la gente se apretuja entusiasmada, tratando de manifestarle su admiración. Obstruye el paso. Se disgrega después. Ella, retrasada y callando, aguarda -

espléndida de felicidad- frente a su silencio. Me gusta verte reír, escucha que le dice, con una voz reverdecida por el encuentro.

Al cabo de un rato, repuesta ya de tanta divagación, entra en la casa dando mecánicamente las órdenes para el almuerzo. Sacude una estatuita aquí, un cenicero más allá, alguna planta al pasar. Se impone la discreta distracción de arreglar armarios, o desliza una franela sobre el piano, con aquel pensamiento apretado aún entre los labios.

Un viento caliente toca las mejillas de Mei Li; golpea levemente en ellas, jugando sobre la piel tirante. Con la memoria empieza la vida. Esa de sufrirse y abismarse en el silencio. Porque ya se sabe lo que sucede y cuánto duele tenerse en pie a pesar de que te quiebren.

Mi itinerario es un río que se repite cambiando de nombre. Mi tío, el montoncito de huesos que soy y una turbamulta famélica, bordeamos las aguas huyendo de la hambruna. Es entonces donde me doy cuenta desde cuándo estoy viva. Y cómo la existencia empieza con el primer recuerdo: aquel del exilio en sus brazos, con una rendija abierta por donde estirar la vida.

Me pliego a lo inevitable, igual que los juncos a los azares del viento. Así como debe ser cuando las cosas se obstinan sin remedio. Si tiene remedio para qué preocuparse, y si no lo tiene por qué preocuparse, solía decir mi madre, con esa voz que nos miraba caminar entre los arrozales muertos y su silencio.

No opongo resistencia. No tengo deseos, ni remordimientos. Simplemente soy en la tarde. Desde hace tiempo lo sé: me he liberado. Mi cuerpo es una cárcel trascendida, donde el miedo se tragó al llanto y la costumbre al miedo y la víbora la cola y yo gasté mis recuerdos. Estoy en otra parte aún no vivida, con otro rostro y otra voz, y alguna vez seré de nuevo. ¿Qué seré cuando trascienda del todo mis recuerdos?

Luego de los primeros insomnios no me sobresaltaron ya los rezongos, ni ese andar en monosílabos de su voz. De mis hermanos llegaban, de tarde en tarde, retazos de noticias viejas, después alguna hilacha, finalmente, nada. El viento lo barrió todo, menos mi permanencia.

El saxo me desmenuza el alma como si fuera de hojaldre, mientras me entrego a la contemplación de los sampanes que anochecen sobre el río. Se deslizan soñolientos, bamboleando su barriga inflada, meciendo la brisa en el ocre regazo de sus velas. Demorarme en los sampanes, recorriendo con la vista su indolencia, camino lento del mar.

El apuro me viene cuando me acuerdo de que soy una simple cosita doméstica, buena para guisar. Pescado y arroz, pescado y arroz, masculla mi tío antes de salir, dejando un eructo sobre el plato.

Meticulosamente, sin apuro, a horcajadas de la minuciosidad y de la complacencia, Malena cumple con el ritual cotidiano, que de tanto repetirlo se sabe de memoria: el centro de mesa sobre el mantel floreado, las frutas lustradas una a una; como penacho en los vasos, las servilletas blancas; el uniforme del niño sentado en la silla para el día siguiente; cada cosa en su lugar y un lugar para cada cosa, y esa última pasadita del plumero para no dejar a la vista y denunciando alguna mota de polvo culpable. Y entre ese ajeteo de poner y disponer las cosas dentro del horario y los estantes, salta y trota su inquietud.

Como al descuido se aventura a decir muy bajito: Esta noche hay un concierto, Manuel. Quisiera ir. Me tienen hartos tus conciertos. Entonces se escabulle ocultando la voz, porque ya lo dispuso todo para que su ausencia se note lo menos posible, y esta vez no renunciará, como tantas, aunque él le siga colgando inconvenientes en los oídos con el propósito de que el desaliento de alguna manera le haga una zancadilla, y termine quedándose.

Por alguna razón que va más allá del deseo de escucharlo, esta noche no dejará que el nudo del consentimiento se le prenda a la garganta. Quiere estar en la platea. Buscarle los ojos. Mantenerle la mirada hasta que él los desvíe o ella los guarde, sabiendo que postergan algo que nunca han rozado y jamás existirá. Enseguida se suceden las palabras, el agudo dolor que dejan latiendo las palabras: Los seres que traen un talento tienen el compromiso de la entrega. ¿No fue eso lo que le dijo a la salida del conservatorio aquella tarde? Es como un imperativo categórico, Malena: la llama se debe al fuego, el fuego al genio y éste a un propósito trascendente. Y no me discutas, porque sabes muy bien que tengo razón.

La caricia afelpada de la toalla absorbe las gotitas de agua que le quedan reluciendo aún sobre la piel. Elige aquel vestido que había usado cierta vez. En el óvalo de la cara: el rubor encendido; en los ojos: las sombras acentuando las sombras; en los labios: un naranja feliz. Y ya lista, busca en un rincón del ropero el frasquito pequeño, inusual, de aquella forma que sólo a Dalí pudo habersele ocurrido. Destapa su sensualidad de vidrio y aspira como si no fuera a terminar nunca de aspirar, hasta que la fragancia la pone en el centro exacto de una deliciosa inminencia. Lo vuelca sobre la yema de un dedo una y otra vez, porque no sale de tan chiquito que tiene el orificio, hasta que después, sabiamente, se perfuma. Un poquito detrás de una oreja, de la otra; en el hueco que forma el cuello al caer en la clavícula, allí donde parece que hubiera un pocito de carne invitando al beso. Repite el gesto en las muñecas, donde se pliegan los brazos, en la oquedad que distancia los senos para remontarse luego. Porque sabe el lugar donde perduran los perfumes. Se mira al espejo y con el cuerpo rodeado de esa intensa fragancia: baja.

Sentado en el comedor, su hijo la espera con Manuel y la fuente humeando el sabor del coliflor gratinado. Pero, ¿por qué? ¿Por qué esa sensación de retardo que le viene desde la sonrisa, entre desdeñosa y forzada de Manuel, inmovilizándole un pie en el trayecto del próximo paso, atajándole las rodillas y subiendo después hasta dejarle los brazos vencidos contra el cuerpo? Y ella, como inerte, con la indecisión en las manos; entre los ojos ansiosos del niño, que le extiende el plato con una sonrisa jovial, y ese te estamos esperando de Manuel, que no es otra cosa sino el anuncio definitivo de su derrota. Porque ya sabe que no podrá contra esa fuerza venida desde más allá de cualquier reproche.

Entonces, el propósito inicial de ir al concierto se convierte en masa blanda, en gelatina, en agua, terminando con el gesto definitivo de guardar la cartera, cambiarse los zapatos, sentándose a la mesa, finalmente, para que todo este asunto acabe de una vez y podamos cenar en paz.

Desde su camastro húmedo, bajo un revoltijo de sábanas y zozobra, distingo en la oscuridad los ruidos de mi tío con la mujer que suele traer por las noches. Date vuelta y cúbrete la cara, me dice. Y yo me doy vuelta y me cubro la cara. Desde esa negrura en movimiento me llegan susurros, risas cortas y ese oleaje de sudor y alientos, de jadeos y suspiros, que me alcanza aunque esté completamente tapada. Bajo las cobijas, apelotonada y en ascuas, los escucho hacer. A veces hablan; describen por lo bajo el itinerario que sigue el deseo, tan nítido y exacto, tan carente de espíritu, tan real, que incluso puedo verlo caminando sobre el bulto informe de los cuerpos. Una mezcla de curiosidad y deleite me persigue, pero nunca dejo libres los ojos porque tengo miedo. Aunque la haga sollozar, no miro. Ni su risa, ni el grito pueden sacarme de mi escondrijo. Yo ya sé cómo es, y decido que no existo.

También la mujer de amplia falda verde lino y blusa de seda natural, adherida a su hombre guardia-cárcel, vigía, prepotencia en descrédito, tiene miedo. El miedo no necesita celdas ni barrotes para inmovilizar a alguien y acabar con uno. Basta con su nefasta cercanía.

Cortando juncos en los suburbios de Saigón comenzó mi miedo. Había juncos a todo lo largo del sendero. Juncos de una claridad adolescente. Sus pelusitas filosas me comían la piel en cuanto los plegaba entre los dedos. Chist-chist. Me salpican con su ruido de agua fresca. Chis-chist. Me gusta chupar su jugo transparente, mordisqueando los tallos nuevos, listos para estrenar con los dientes, mientras converso con ellos como si pudieran entenderme. No sé por qué, pero esa hermandad entre las plantas y yo, entre los juncos y mi lengua, entre mi congoja y el río, me integra deliciosamente a la naturaleza, como si nos distinguiéramos nada más por los grados de una evolución permanente.

Jugando con los juncos se me fue el atardecer y entré en la noche. Pescado y arroz. Pescado y arroz. Pescado y arroz, repito apurando el paso, tropezando a veces, corriendo casi, porque me retrasé demasiado. Una hilera de peces me persigue bogando dentro de una niebla blanca.

Antes de que me diera cuenta sentí el golpe de su voz. Buena para guisar. Plas, plas. Buena para guisar. Plas, plas, plas. ¿Dónde andaba mi sobrina vagabunda, metida en los arrabales de la noche? Su mano suena, resuena y suena. Y no te demores nunca más. Plas. Me tambaleo. Me voy yendo. Plas, Plas. Ya estoy sobre el labio del vacío. Plas. La inconsciencia extiende sobre mí su manto de descanso.

Al poco rato mira desde la puerta el resplandor de la ciudad que nos llega amortiguado por la lechada de una luna incipiente.

El saxo muerde el aire siguiendo un recorrido inteligible y ardiente. Mujer con mujer no me gusta, vuelve a saltar Manuel. Esto no es lo que yo esperaba, y supongo que no hace falta que te lo aclare. Ella sabe lo que él esperaba: un hombre con un juguete hecho mujer atenazado entre los muslos. Abajo. Encima. Virilidad alerta. Lucha tensa. Sometimiento. Final. Compartiendo el espacio violento de la entrega. Vamos. No aguanto un minuto más el manoseo de estas dos oliéndose como si fueran perras.

La voz precipitada de Manuel delata la inminencia de algo; pero no sabe lo que es, ni por dónde vendrá, ni siquiera si será capaz de esquivarlo cuando se presente. Acaso él intuye la proximidad de uno de esos cataclismos que arrasan los espacios sagrados que llevamos adentro, como islas inaccesibles, las personas. Y ese descubrimiento que es apenas una intuición, una fisura en el desconocimiento de una realidad obstinada, sucede sin dar la cara, como si verdaderamente no estuviera sucediendo. O fuera el simulacro de otra realidad que se le escapa tras la fachada de una normalidad inmutable. Bajo la blusa de seda, su mujer, la que nunca intentó descubrir, conocer, desdoblar, separar en sus mínimas láminas interiores, ahora se le pierde. ¿O será que sólo finge indiferencia?

Fingir fue siempre un rasgo característico de su conducta. Ocultar las penas, las heridas; mimetizar las llagas del alma, poniéndole una sonrisa a la congoja. Fingir para rehacerse, sacando del fingimiento algo verdadero, recompuesto e invicto.

Tal vez por eso de fabricar sueños como una maga inventa palomas de la nada; acaso por aquello de disimular las tristezas hasta el confín del fingimiento, Malena amó siempre en exceso y la amaron con reticencia.

Los pensamientos de Mei Li recorren leguas y leguas de desolación. Está lejos, lejos. Con los sampanes navegándole en el alma. Adornado de flores el pelo, rociada de incienso la piel. Escuchando en sus venas el rumor de las olas que se entregan sumisas a la arena. Le gusta ver cómo sufre esa mujer de la platea; verse a sí misma también, traspasada de un placer que la denigra, calculando cuánto se resistirá aún a la huida, no obstante lo que le estará diciendo el marido. Una alegría incipiente le florece en la carne ayudando, paradójicamente, a la exacta ondulación de sus miembros. Una pierna para acá, otra para allá, entremedio las de Louise. Vientre con vientre. Ardor con ardor. Danza, lucha, arrebató, entrelazamiento, fuego, contacto, lenguas.

Le gusta observar cómo la acobarda el deseo. Le subyuga imaginar la manera en que se enfrentará a la otra cara de la luna, donde los seres y las cosas son distintos y todo se mira del revés. Le fascina que se resista al mandato de ese hombre que le habla con el sarcasmo en la voz; que se zafe de su apremio, de sus insultos, ya notorios en toda la sala.

Porque sabía lo que pueden costar las ausencias donde la intriga roe los cargos con excesiva facilidad y ninguna decencia apenas uno se levanta de la silla, Manuel retardó el viaje cuanto le fue posible. Pero al final, la insistencia de ella -ojos tristes y quebradiza la voz- terminó por ablandarle la determinación hasta convertirla casi en entusiasmo.

Y ahora, venir a pasarle esto. Si hasta parece mentira. Años juntando talones. Años de venia y obediencia, agachando la vergüenza entre las manos sucias por un lado, y enaltecendo la insobornable lealtad al gobierno por el otro; en el despacho, y afuera, y en otros sitios también, para que ahora su mujer se quede embobada mirando a estas dos. ¡No hay derecho! Después de todo, no es fácil llegar escalando a codazos, sin miramiento alguno, trepando sin pausa a genuflexión limpia y consentimiento ciego, para comprar-ostentar una fachada de opulencia enchapada y esa sensación omnipotente que dan el dinero y el poder. Sí, saberse fuerte y pensar que nunca más volverá a tragar el polvo del chato poverío, la mirada despectiva de los otros, muerto de envidia dentro de su anonimato de hijo ilegítimo y estudiante fracasado.

Bajo el garabato de su nueva identidad quedó su infancia, el odio a tanto rico y la poca comida, los pies descalzos sobre el empedrado caliente de las siestas, las palizas de su madre cuando volvía de mal talante del servicio en casas bien, para que te hagas hombre y aprendas que el pobre no llora, ni se lamenta, ni maldito el derecho que tiene a sentarse un rato.

Sí. Ciertamente están muertas las escapadas al río para enfriar la rabia en la correntada, prometiéndose que alguna vez sería rico y poderoso, para que nadie lo mande nunca más y nada le falte. Y no sabe por qué, justo ahora que en la sala se reitera ese quejido largo, los golpes de su madre con la vara mojada le rayan nuevamente las piernas hasta ensuciarle por completo la memoria.

Nunca me había sucedido esto de sentir al unísono con otra persona mientras bailo. Pero hoy, entre tanto recuerdo que viene acomodándose sobre mi cuerpo y el saxo, se filtra la inminencia de algo que va a suceder, tal vez no precisamente a mí, sino a través de mí, y pienso con escéptica esperanza si alguna vez serviré para algo que no sea el sexo.

La tristeza persiste adhiriéndoseme como un vestido resignado, y tengo frío. Un frío que me comienza en la piel y se va intensificando hasta instalarse en el centro de mis dolencias, para quedarse allí como un manchón congelado que progresa y todo lo invade. No sé qué puede ser, si siempre estoy bailando y las noches terminan como todas. Pero hoy, es diferente. De pronto, soy un objeto separado de mi alma, un pedazo de carne que cualquiera puede colgar de un gancho.

En el cuartito siniestro usado para aquello de hacer hablar: gritos, ojos desquiciados, sangre. Ese hilito de sangre que crece y se espesa y luego se va aclarando hasta hacerse más rápido, más ancho, más doloroso, y luego más lento y más. Y al poco rato deja de manar, sin fuerza ya, para quedarse detenido sobre la carne amoratada, por fin duro, como en descanso. Es entonces cuando Manuel quisiera gritar, aunque eso sea lo más torpe que le pueda suceder en una noche de servicio delante de sus subalternos. Porque hay que conservar la calma, quién lo duda, aparentando dureza. Rehacerse mostrándose fuerte y brutal: ser fuerte y brutal, sosteniendo esa pose indiferente ante la muerte, a pesar del pulso que claudica y trastabilla. Es preciso mantenerse en pie aunque la frente toque tierra y uno quiera salir corriendo. Los ojos fijos en una ceguera roja, los puños pesando en las muñecas, acostumbándose a las imágenes rotas, que de tan repetidas hasta se llega a pensar que no existen.

Cuando se convive con el dolor de los otros tan de cerca y culposamente, es cuando ese dolor sucede fuera de uno. Se lo mira como algo impersonal y tan corriente que no nos importa. Le esquivamos el rastro con astucia, nos perdemos de él; pero, obstinado, se nos vuelve a meter dentro de la vigilia para instalarse allí, como un centinela que no nos consiente el olvido. Por lo demás, qué otra cosa puede hacerse sí debemos mantener la paz y el progreso en que vive la república y limpiarla de estos guerrilleros de mierda. Si al fin y al cabo estamos cumpliendo con nuestro deber, ¡qué embromar! Y nadie quiere perder lo que consiguió pegando fuerte durante ya no se acuerda cuándo empezó todo aquello.

Gritos, ojos desquiciados, sangre. El agua grita turbia en la pileta donde flotan los sollozos, los pedidos de clemencia, las blasfemias, finalmente, el silencio. Y empezamos de nuevo. Porque no hay que ser estúpido, Dios mío, si ya sabemos que un buen trabajo tiene su recompensa. Y esto se puede terminar en cualquier momento, antes de llenarnos los bolsillos lo más pronto posible, por si la torta se acaba. Cuidado. No sea que te quedes sin una tajada respetable de puro idiota no más, por aquello de los escrúpulos. Después de todo, los escrúpulos son un lujo, y estos desgraciados se lo merecen, porque están amenazando la paz y la tranquilidad en que vivimos, con el pretexto de que defienden la libertad. La libertad no existe, salvo para morirse de hambre. Y yo no voy a morder tierra de nuevo, como cuando mi madre me sacaba sangre con el rebenque para que aprendas a ser hombre, te digo.

Remolinos de viento, remolinos. Ráfagas como de avispa negra que se les vienen encima desde el norte con un zumbido largo. Solía suceder por la siesta, cuando se achicharraban las achiras de tanto sol, recostadas en desorden contra el alambrado del patio, y los muchachos de la cuadra chuleábamos una pelota de trapo. El arenal comenzaba a desprenderse del suelo en tiritas calientes, en un golpeteo de puertas y cachetadas de polvo. Nos obligaba a fruncir los ojos con fastidio para que no nos quedáramos ciegos. A mí no me gustaba eso de que se enloqueciera el viento, porque a mi mamá se le atolondraba el cerebro y le daba por pegarme por cualquier motivo, sin darme tiempo a escapar.

Pero cuando soplaban el sur; cuando las caras se nos ponían duras de tan frías -las sillas recostadas contra la pared encalada del cuarto, envueltos en el poncho solar de la mañana-, entonces me gustaba. Juntos los dos, sorbíamos mate dulce con galleta cuartel. Primero ella, luego yo. sin apuro. Saboreando un calorcito que se nos iba para adentro desde la bombilla por el carril de la garganta a la barriga, como una cinta de coco y leche.

Manuel ya no piensa en el saxo, ni en la sala, ni siquiera en su mujer. Todo comienza de nuevo. Golpes. Golpes. Y la picana. Y la goma roma, las cachiporras y los puños. Pronto llegará el día de llevarse a Malena lejos de todo esto, Dios mío, antes de que lo sepa. Y descansará siquiera por un mes del temor a que se entere finalmente de lo que soy o adivine por qué me llaman casi noche de por medio, cuando finge que duerme y me escabullo despacito para que no me sienta. Menos mal que estas cosas no se publican, porque si no. Tan tonta, la pobrecita, no es. Ella, tan sensible y modosa, tan. Por eso la quiero, viejo: porque no es como yo.

Cuando la conocí no tardé en darme cuenta de que era la mujer que entraba justo en la horma de mi zapato: linda, discreta y por añadidura rica. Qué más podía pedir un pobre diablo como yo, venido del campo y criado entre las fritangas de un conventillo de barrio marginal. La suerte me cayó encima de sopetón. Me enamoré, viejo, te imaginás, y dejé de ser pobre. Una vez casados todo fue fácil. El padre, las relaciones. Me metí en la política, te acordás. Y... era la única oportunidad de distinguirme, haciéndome un lugar donde siempre estuve de sobra. Ahora puedo darle todo lo que se merece y siempre tuvo, pero sin trampas. Lo que no puedo soportar por más tiempo es la duda entrando y saliendo de sus ojos. Por eso la traje; a ver si le devuelvo un poco de alegría; porque desde aquella noche en que volví a salir parece que se le hubiera terminado la sonrisa. Sólo le quedan los ojos revolviendo en los míos, indagando, insistiendo. ¿Pero cómo voy a decirle lo que soy? ¿Cómo explicarle a ella para que me entienda, que si uno quiere progresar y mantenerse en el poder es necesario estar de acuerdo y hacer concesiones? Por más que me pregunte y me pregunte con la mirada y sin voz ¿cómo le voy a decir? Por otra parte, ya debe estar cansada de indagaciones fallidas, porque nunca le respondo, en realidad. Me defiende con regalos, eso sí. Alguna joya; el auto nuevo a su nombre; la casa siempre llena de gente para que se distraiga; cosas. Y después de todo qué más quiere, si al fin y al cabo le pongo todas sus comodidades y no le hago faltar nada, que yo sepa.

De ese modo se van aceptando una ponchada de cosas que al poco tiempo ni vos mismo quisieras acordarte de que están en tu haber. Porque fuiste vos quien dio la orden, y sin vos, tal vez no hubieran sucedido; o quizás sí, pero de otra forma, no como acontecieron; como vos las creaste y siguen viviendo irrevocablemente, sin apelación ni sentencia conocida, en el saldo gris de tu existencia. Porque ordenar los golpes es algo que pesa, sabés. Uno no quiere recordar los gritos que se cuelan hasta el sueño, penetrando por una grieta intransferible hasta el descanso, para quebrarlo y quebrarte a vos también. Porque apenas pasa un tiempo uno mira lo ocurrido como algo ajeno, pero resulta que fuiste vos, vos mismo el responsable. Entonces aquello se te adhiere como una marca indeleble que no se

ve, pero a la que se le huele la ignominia. Uno no quiere permanecer en aquel cuarto, bañado en sudor y tiritando. Porque el que pega lo mismo se empapa, por arriba y si te descuidás por abajo también. Porque en el fondo a uno le repugna lo que está haciendo. Porque en realidad sos un hombre, medio hombre, un cuarto, una pizca de nada.

El saxo en la sala. En el escenario ella. El suburbio sumido en su algarabía habitual. En el cielo vacío: un disco rojo.

La partida empezó temprano aquella vez, entre el olor a pescado de la trastienda y la humareda que todo lo invade. Acodados en la mesita baja, los pechos sobresalen casi tocándose. Se le crisan las manos a los dos, las camisas insultadas por la transpiración untuosa. Y ella de pie, minúscula y frágil, pronta a pasarles la pipa de tanto en tanto. Primero a su tío, al francés después. Como una sombra, sin decir nada; como ellos, que tampoco hablan. Ni una maldición, ni un gruñido, ni un murmullo; sólo el sonido de los dados jugándose un destino sobre ese caldo de silencio que reposa dentro de la habitación.

La pieza se ve en penumbras como una foto velada. El silencio: una presencia más en el cuarto. Pareo, ojeroso y enjuto, el francés chupa la pipa con esa indiferencia lenta de la costumbre, abstraído brevemente en las volutas blanquecinas. No es bueno aquel opio que no tumba enseguida y se puede fumar mientras ruedan los dados. ¿O será que el placer se ha vuelto una rutina memorizada de tal modo que ni siquiera interfiere con el juego y la codicia? Pareciera que los tres estuviesen en una dimensión flotante, dentro de la cual todo se diría normal: las cosas en su sitio, el riguroso respeto de los turnos, las apuestas que van y vienen en cada ronda, salvo el absurdo que aún no ha sacado las uñas para destartalar la infancia. Y ella: presintiendo que está al borde de una sima imprevisible, donde el opio, el juego o la vida se impondrán como un absurdo también, sin que ninguno logre impedirlo.

Desentendidos de su proximidad, trastornados por esa fiebre alucinante de riesgos y de ganancias, escozor en los dedos, desde la yema hasta el hueso, desde el estómago al paladar; con el delirio y la rabia triturados entre los dientes, ni la miran, ni la sienten; sólo la extrañan cuando necesitan la complacencia de una pitada.

Así como cuando se cierran los ojos se ven laberintos de luz y de tiniebla que no logramos descifrar, así la vida los entreteje sin que nos demos cuenta. Nada parece salirse de esa escena habitual y, sin embargo, una hostilidad soterrada los acosa, presagiando un rumbo que ninguno sospecha.

El encierro y la humareda la agobian mucho más que los dados castañeando sobre la mesa. Todo está como dormido excepto ellos dos, cuyas sombras se persiguen sobre la pared descascarada, donde un cuadro montañoso, abrumado de un cielo muy límpido y azul, perfora la realidad como una ventana diminuta, afirmando que afuera se desliza una existencia distinta a la que se vive allí y, tal vez, alguna esperanza.

Los cubos de marfil se desbarrancan a intervalos casi simétricos, picando el tiempo en angustiados trocitos de espera. Entre aliento y desaliento, sin pausa y sin prisa continúa, inexorable, la partida, en tanto la noche progresa en el cuarto cerrado, invadiéndolo todo con su ojo negro. Las tiradas se demoran mientras ellos sorben parsimoniosamente el placer. Es todo un rito ese del opio y de los dados, donde la suerte da vueltas persiguiéndose a sí misma hasta arrancarse la cola, y las chupadas se dilatan como si fueran de sueño. Entonces es la delicia, el abandono, agitación, descarga, aniquilamiento, impotencia, furia roja.

Aunque el cansancio la abruma y cabecea, el miedo le despierta los ojos impidiendo que se entregue. Como si nada, sigue pasando la pipa con la misma docilidad circunspecta y mecánica que impone aquella quietud que se empecina, y los tres saben que se resquebrajará en cualquier momento, porque es imposible prolongarla, así tirante, indefinidamente.

Aferrada al cubilete, una mano se independiza del resto del cuerpo para soltar la suerte. Yo soy un mínimo deambular por la estancia; un ir y venir sosegado, lista a alcanzarles las bocanadas de alivio que retardan hasta un límite increíble la partida. Mi tío se acomoda para tirar de nuevo. Es su turno. Planta las piernas abiertas con más fuerza en el suelo. No se decide. Piensa. Se precipita agitando el vaso con una furia muda. Se retarda aún. Juega al fin. Enseguida larga una maldición sobre los dados esparcidos. La orden de que le dé la pipa me golpea como un escupitajo estrepitoso en los oídos. Ha perdido otra vez. Pierde. Vuelve a perder y seguirá perdiendo, porque siempre es así cuando lo posee la locura del juego. Entonces no piensa, ni se acuerda de la hora, del lugar, de que no tenemos nada que él pueda perder, salvo el anillo. Su furia se me vendrá encima y yo ya decidí escabullirme de su vista apenas se vaya el francés, para que no me encuentre hasta que pase esa noche, y la siguiente, y las demás, y se le disuelva el encono contra el mundo, los muebles, contra mí; como si yo tuviera la culpa de que se le burlen los dados en la cara.

Esta noche, sin embargo, hay algo diferente, impreciso, amenazante, en la atmósfera atormentada del cuarto. Me ronda el temblor de la inminencia. Pero ¿de qué? No lo atisbo, ni puedo predecirlo. La mesa es un abismo plano donde los minutos vacilan y se agazapa el vértigo. Los dados se escuchan como cascos de potros galopando. Mi tío los agita una y otra vez junto con la indecisión de volcarlos; agita la suerte, dibujando palabras que le salen sin sonido de los labios. Sopla en la boca del vaso, en su intimidad oscura, insuflándoles un mandato que, en su delirio, cree infalible; algún secreto conjuro que desconozco. En ese gesto reiterado sé que también ando yo, y la posibilidad de dormir tranquila antes del amanecer. Entre soplo y soplo, todo parece detenerse como no queriendo arrancar; como ellos, que se quedan estancados también en el umbral de un tiempo inmóvil.

Por aquello de que el sufrimiento es el más refinado de todos los placeres, Mei Li por poco se deleita en lo dilatado de la espera. Su tío meneaba el cubilete una vez más. Sopla, sacude y tira.

El azar en ese instante le pone un pie encima a la esperanza.

Cuando el cielo se deshace en llanto fino a Malena le prende la tristeza. Desde sus ojos rayados por el agua que interminablemente cae, mira su tristeza. Esté donde esté, el nudo que le ciñe la voz, apretado por los rezongos de Manuel o por sus desplantes, se deslía y se suelta como la lluvia, uniéndose a ese andar atenuado sobre los techos, los vidrios, las cornisas. ¿Por qué será que cuando llueve todo se nos hace más grande? La lluvia ha entrado en ella, en la casa, en los desfiladeros de su memoria. Todas las cosas se ven de agua, hasta los pensamientos. De súbito, incapaz de contener dentro de las fronteras del cuerpo tanta angustia que crece, aprieta a fondo el acelerador sobre la curva cerrada de la autopista. Va buscando los manchones de flores que las vendedoras sacan a la banquina, justito sobre la raya blanca, para que se laven los perfumes y se vigorice su hermosura.

Aunque la lluvia arrecie o escampe o continúe, Malena baja, corre casi, hasta las planteritas de barro que huelen a campo. Las mira por delante, por detrás, entretanto se moja; no se decide, pregunta el precio por costumbre, pues ya sabe que se llevará todas las que le quepan en los brazos. Azaleas, rositas rojas, y aquellas como de porcelana de tan pálidas. Con brío las va poniendo en el plan del auto, cerquita, para mirarlas mientras hace los cambios, entre que silba, canta o tararea.

Nada queda ya de la tristeza. Se le disolvió en el agua. Bajo los cabellos pegados a la cara, sólo piensa en el lugar del trasplante, porque volverá a su casa con un abrazo de colores para hacer un almácigo de alegría.

El sueño nuevamente hace cabecear mis ojos. Un carraspeo de sillas contra el piso me sobresalta haciéndome caer la pipa casi hasta el suelo. De inmediato me repongo y prosigo con mi obligación sin que ellos se den cuenta de nada. Suerte. Ante el montón de jen min pi -resumidero de transpiración, saliva y goce- el francés sonrío, sarcástico, frente a los ojos de mi tío, planos como dos platos. Sin más ademán que el silencio, este coloca su anillo sobre la mesa; aquel del ónix negro del cual no se separa ni para meterse en el sueño. Con un gesto definitivo lo deja junto a las apuestas, y yo, siguiendo los acordes del blue, voy mordiendo mis recuerdos con la angustia de saberme atrapada en una trampa siniestra.

El saxo se interna como un dedo agudo en los intersticios recónditos del ser. Indaga, hurga, se demora sobre el suspenso de la sala, que está a punto de estallar de tanto aliento retenido, tanta zozobra, tanta candente espera.

A esta altura mi tío tiene el rostro vacío de sangre. Un vapuleo furioso hace retumbar los dados como si fueran truenos al borde de reventar en ese minúsculo firmamento negro. La impaciencia crece y crece, colgada otra vez de la esperanza. Los dedos y el tambor de las sienes y los labios y los ojos quietísimos, se aferran también a ese último pedazo de

incertidumbre, hasta que la angustia se hace tan insoportable, tan tensa, que no tiene otra alternativa sino volcarse sobre la mesa, dejando que se decida finalmente la partida.

El francés: quieto, como de palo. Mi tío: trémulo, demudado, inusual, se va con los ojos, las manos y todo su cuerpo tras la hendidura que, con increíble lentitud, agranda de a poquito hasta dejar a la vista las motas negras sobre el marfil brillante. Con una mano las barre, suelta su ira amoratada hasta casi romper la tabla. El francés dice en su idioma algo que no entiendo. Se levantan los dos. Cae una silla, cae la otra. La mesa chilla estironeada desde ángulos opuestos y ellos dejan sus sombras sueltas luchando en el techo. La disputa revienta finalmente como una fruta aplastada, y yo me adelgazo hasta meterme en la pared para esconder mi miedo.

Desde atrás de mis párpados los oigo vociferar, quieta y solemne.

Desarmando la complejidad de la síncopa el saxo persevera en la profundización de una nota. La repite y renueva sin cesar. Es precisamente entonces cuando me subo a ella para volver al saloncito de mi piano. Ya estoy en el sofá con Sebastián al lado, la guitarra cayéndosele de los brazos, apenas largos para tanta madera. Es esa misma nota la que arrancan sus dedos de las cuerdas, con una debilidad insegura que lastima.

El sonido se le escapa desafinado de las manos pequeñas. Así no, Sebastián. Los deditos más juntos, apretando fuerte para que te suene bien. El empeño en sacar el acorde lo obliga a continuar. Un poco más abajo y en el medio. La izquierda deformada por el esfuerzo. Las uñas sonrosándose sobre el dolor que el metal deja en sus yemas.

Me emociona mirarlo, tan chiquito, con esa persistencia de señor. Una ternura madre me prolonga los brazos y lo atraigo hacia mí, envolviendo su torso junto con el instrumento. Dame un beso, le pido. Y él me mira, todo ojos, dejando la guitarra a un lado, porque sabe que cuando me pongo así, la clase de esa tarde ha concluido.

El saxo se eleva salvajemente con un bronco aullido demencial. Se desmaya después complaciéndose en el letargo, como yo, que casi desfallezco mientras los escucho apuñalarse a insultos. ¿Por qué gritarán siempre las gargantas? ¿Por qué gritarán de esa manera haciéndose añicos en el aire?

Mi tío y el francés vociferan.

No tengo nada. Joyas sobrantes de cualquier robo. Alguna piedra preciosa, de esas que se guardan por cábala. Nada. No creo en esa fábula. Cosa suya. No tenemos nada mi sobrina y yo. Vinimos huyendo desde la China con las manos vacías, y así nos instalamos aquí: sin nada. Y a mí que me importa. Traiga su dinero de una vez y acabemos con esto. No tengo. Mentira. Si jugó es porque tiene. ¿O se estuvo burlando todo el tiempo? Pero no entiende que no tengo nada. Tiene la choza... Mi tío suelta una risa reseca que se le descascara en la boca. Nada. Nunca tuvimos nada, mí tío y yo; si vivíamos poco menos que de prestado en los tugurios del señor Chan, pagando y no pagando el arrendamiento, cada vez que nos amenazaba con echarnos a la calle. Entonces, cuando el desalojo metía un pie en la rendija de la puerta, inventábamos el dinero. Tiene que creerme, no tengo nada. ¿Entonces por qué juega? El que juega paga. Y no trate de engañarme, porque no soy un idiota. ¿Qué quiere que le diga? Con algo debe pagar. Me alquilo hasta cubrir la deuda para que haga conmigo lo que quiera. Mis negocios son otros. Le doy mi vida, si quiere. ¿Y para qué quiero yo una maldita vida de chino? Mi dinero, eso quiero.

Los ojos le relampaguean crueles como dos brasas. Recorren la penumbra de la habitación. Llegan hasta mí. Me queman. Su grito queda sonando mucho después que los labios hayan terminado de articular las palabras: La chica, entonces. Quiero la chica.

Un foso de silencio se abre a nuestro alrededor. No está en venta, contesta la voz de mi tío, asomándose anonadada desde alguna parte. Si no tiene otra cosa, mi vida, lo juro, pero mi sobrina, no. El otro insiste con eso que me incumbe, me involucra y acabará conmigo. No puedo. No puedo. Su gemido me llega reptando desde su angustia negra. Es hija de mi hermana. No puedo. La quiero y me la llevo. La dejó a mi cuidado el año de la sequía, para que no se le muriera de hambre. Los espíritus me pedirán cuentas cuando traspase el umbral. Me importan un bledo sus espíritus. Yo jugué y quiero mi ganancia. La chica es mía. No está en venta, me defiende otra vez. La perdió usted mismo sobre esta mesa. Por favor, no puedo, es mi sobrina. Si se interpone lo mato. Mi tío solloza fuerte, más despacio, despacito. Sólo solloza.

Una culebra se desenrosca hosca; se multiplica; se aplica al estrangulamiento del minuto venidero, mientras el chino y el francés se la tiran: simple atadito maltrecho de palabras que rebota de boca en boca. Nada se puede rectificar ahora que la suerte se puso un sayo blanco. Siguen forcejeando: de un brazo, del otro, de una pierna, del pelo, sin tocarla. Esa maldita costumbre de arriesgar sin riesgo, sabiendo que no tiene nada, la perdió. Todo intento de resistencia es ilusorio, cualquier cambio impensable. El hombre acepta al fin, plegándose a lo inevitable, con esa mansedumbre del que sabe que no pueden borrarse los tatuajes indelebles del destino.

Arrastrada de un brazo hasta el ricksha. Metida de improviso en el ricksha; con medio cuerpo escapándosele al encuentro del aire que le acerca su consuelo de frescura, la cara de Mei Li está como esculpida en la desesperanza. Las ruedas sueltan su queja redonda y reiterada, semejante a petardos humedecidos, que revientan casi sin eco contra las piedras desprendidas del camino. Desde la puerta de sus ojos, de par en par abierta al desconcierto, su tío los ve partir; perderse en el vientre de la noche, hacia el centro de Saigón, hacia la mordedura de la serpiente.

Un arrebató de notas se interna en la carne. Largas, largas notas penetran en la carne. Sinuosas, lentas, se introducen. Retorcidas, demoradas, dolorosas, se quedan en la sangre. Marea que golpea las paredes del alma. Oleaje desplomándose sobre arrecifes negros.

El saxo ha dejado de ser un cuerno de bronce con llaves que unos dedos anónimos presionan, para volverse un hechicero de recuerdos y de olvidos superpuestos, que al conjuro de su pulso se descubren.

Justito antes de salir para el aeropuerto, con un pie afuera y las valijas ya en el auto, la asedia el agujijón de su madre, con la misma insistencia penetrante y monótona: Lo que tendrías que hacer es dejar de fingir. Fingir esa sonrisa de aquí no pasó nada, artificialmente envasada en todo el ancho de la boca. Porque no me digas que ignoras las llamadas anónimas, las injustificables ausencias, y esa plata que les llueve a cántaros de quién sabe qué procedencia hedionda. Porque de algún lado tiene que venir, y no será nada más cumpliendo horario detrás de un escritorio que la consigue. Deberías exigirle una explicación. Deberías obligarle a que te diga de una vez por todas por qué desaparece cada noche y el único convidado de la cama es el silencio. Uno no puede mentirse indefinidamente, Malena. Y las sospechas, aunque te afanes en no verlas, si bien consigues cubrirlas mal que mal con tu mucho de sonrisa y tu poco de exigencia, de que las hay, las hay.

Una sombra se escurre, se escurrió y seguirá escurriéndose tras la cara que se le vuelve como de celuloide en una cámara descompuesta. Pero ella sabe, por más que se resista a la evidencia, que el esfuerzo de mentirse cada día la envilece y no podrá durar hasta que la muerte los separe.

El agujijón insiste hincándole su picor agudo, más y más.

Fingir. Fingiste. Fingirás. Fingir y el fingimiento. Fingir y la que finge que finge que no finge. ¿Por qué no puede desprenderse del filo de aquellas palabras? La fingida postura. La sonrisa fingida de la fingidora fingidamente desfingiéndose. Y en el centro preciso de ese fingimiento la certeza no fingida de que su vida es un acto único de fingidos gestos. El saxo no finge en esta alcoba fingida. Derrama desfingimiento, heridas viejas-nuevas, cicatrices añejas que resbalan fuera del fingimiento. Suena y suena. Con su claro arrebató resuena en la noche fingida, sobre los rostros olvidados por momentos de fingir, frente a las contorsiones de esta mujer que baila fingiendo que no finge, en el cuartito dispuesto para fingir.

El agujijón clava hondo, clava duro, perfora las cicatrices que sin querer se despiertan.

Finjo que no me importa. Finjo que estoy de acuerdo. Fingiendo se me va la vida, anudada en fingimientos. Los nudos no son fingidos, esos que anudan mis dedos. ¿Son o no son fingidos? La respiración se retarda: finge muerte, finge vida. Aceleramiento finge. Pero finge, finge siempre con la sonrisa colgada de una percha de olvido. Frente, fuera, dentro,

sobre y con las manos vacías. Y entonces sin fingimiento se desnuda la pregunta: ¿Por qué no se atreve el fingimiento a desfingirse?

El saxo me turba, me asedia, me acorrala. Estoy dentro del saxo y fuera del sexo. Soy sólo mente pensante, sólo delineamiento, escudriñamiento, ensimismamiento, entre delirios y abismo, entre aquello que soy y aquello que no he sido: vértices contrapuestos de una rutina que corre paralela al fingimiento.

Me recorro, me transito, y explorándome caigo abruptamente en un hueco repleto de sogas muertas. No. No están muertas, no. Inmóviles como serpientes, fingen estar dormidas. Nudos sobre mi cuerpo. Crecen sobre mi cuerpo. Proliferan, se agrandan, se amedrentan a veces; brotan por todas partes nudos sobre mi cuerpo. El silencio es un nudo. Un gran nudo con sus ojos de serpiente fijos en mí. El fingimiento otro nudo. Y ese andar sin la música el más apretado de todos los nudos que exige el fingimiento.

En los nudos se introducen como saetas de llanto las variaciones del saxo.

La mujer de azul, opulenta, avasallante, excesiva, parece una sombra soltando su amenaza obscena; un gran murciélago negro sobre la ficticia intimidad del escenario. Con el saxo la explora. Con las manos la asedia. Le recorre la nuca con la lengua viajera. Desciende sobre los senos, asciende por las axilas, llega al hondón del ombligo. Sin tardanza y con delirio se despeña hasta el sexo.

Dicen que hay una línea que marca la frontera entre lo tangible y lo ilusorio; un hilito que separa la realidad vivida de la pensada, tan real ésta como aquélla, y tal vez más, por eso de que la realidad palpable puede resultar pura apariencia, y en la otra los hechos no necesitan justificarse para existir. Lo que sigue siendo un misterio es cómo se entrelazan las dos para formar la vida.

A Malena a veces le suceden ciertas cosas, pero no sabe cómo ni cuándo sobrevendrán, aunque sospeche precisa o vagamente el por qué. Sin ir más lejos, la otra mañana le aconteció: mientras del lado de acá va al supermercado a comprar los ingredientes para una cena ocasional con gente que no le importa ni interesa, del otro un piano la espera con la platea abigarrada y atenta. Y en la primera fila, antes que nadie, y aun después que el último espectador se haya ido: sentados aquellos ojos, con toda su seriedad puesta en ella. Sin necesidad de buscarlos los siente, con esa expectativa vacilante del que espera; comenzando en el color que se humedece imperceptiblemente al verla y se intensifica después, hacia imágenes secretas nunca expresadas. En ese instante fugitivo en que se desarticula el tiempo y se prolonga la ilusión, se quedan los dos, larga, detenidamente, uno dentro del otro.

Un bocinazo la saca entonces del hechizo desbaratando la magia, recordándole que debe apresurarse porque la cocinera la espera con la hornalla encendida. Y sólo persiste el deseo de que aquel momento, brevísimo y total, no sea el último.

El saxo se ha quedado también en equilibrio sobre un mismo punto. Y la mujer que lo sigue. Y la otra. Y los hombres mirándolas. Y ella. Todos, galvanizados por una excitación que no termina.

Las linternas inclinan su fosforescencia tornasolada haciendo reverencias para un lado, para el otro, con una lentitud que deleita y sobrecoge. Se yerguen, van y vuelven, dentro del halo que los letreros luminosos imprimen al barrio chino de Saigón. Como luciérnagas que ensayan una danza repetida y prevista van en procesión una tras otra, confundiendo con los faroles ventrudos que irrumpen en la noche desde las aberturas mezquinas de las casas. Las linternas giran, se agachan y se levantan: las miramos. Mi mano -pájaro acurrucado en la suya- tiembla. Invadimos juntos el gentío que pulula en las calles: el francés y yo. Nos entreveramos acoplando nuestros pasos al resto de la gente, como dos camaradas trenzados que se deleitan olvidando sus nombres. Una cierta felicidad ha bajado de la luna para posarse en mi frente, y no lo creo. No creo que estemos inmersos en la multitud, compartiendo el tumulto de alientos y de linternas solemnes. Camino junto a él, que retiene el pájaro de mi mano, con una incierta dulzura, en la suya.

Es la fiesta de las veintiocho casas de la luna y estoy afuera, al aire libre, en la calle, rodeada de olores anónimos y rostros nuevos. Lejos del lugar donde vivo-muero; lejos de las paredes indigentes de la pensión, donde me dejó temblando el sexo sorprendido la noche que me arrancó de la casa de mi tío. Lejos de la mesita -manchas de azúcar y ningún mantel- donde sorbemos el silencio de cada mañana; a mil años de la cama y los ultrajes, a pocos centímetros del contento. Soy nueva otra vez, me siento limpia, con mi mano en la suya, y ese calor cóncavo que la rodea igual que un nido. En cada luz de las linternas que la gente pasea, ceremoniosa y en silencio, presiento una grieta de esperanza. Tal vez, desde esta noche, sin motivo aparente, ni razón alguna, algo se revierta y todo cambie para mí. O al menos me saque a la calle de tanto en tanto para no morirme de encierro entre las cuatro soledades de su cuarto. No sé por qué me parece que esta noche, como aquella de la partida de dados, esconde un enigma que sacudirá toda mi vida. Un rayito de luz juega conmigo de la mano de mi confianza, invitándome a creer. Quizás alguna vez, aún no sea tarde, en cualquier momento, desde ahora, podamos conversar como dos seres humanos, olvidando que somos nosotros.

En las caras de luna llena del gentío, una alegría carente de preocupación convoca al ademán espontáneo, al grito franco, a la risa dorada y desprendida de las noches de fiesta. Me siento cálida y fraterna, con mi mano en la suya. Se diría que en esa vereda, de pronto, todos somos una gran familia que se reencuentra en un abrazo unánime. Y no importa que nunca hayamos compartido siquiera un minuto de existencia, un café, una confidencia, la tibieza de unas sábanas revueltas: el simple hecho de ser hombres nos acerca. Feliz me pego a él, le ofrezco mi cuerpo para que lo sienta, aunque sé que no le importo y, en verdad, lo detesto.

De repente me acuerdo de que esa noche, antes de salir, intenté más que nunca darle gusto; plegarme a los caprichos de su deseo; gozar con él. Aunque ya sé que cualquier intento es imposible y toda satisfacción ilusoria. La aguja del ultraje me cosió desde la primera vez el ojal de la entrega. Pero hoy, con las linternas hamacándose entre los reflejos de neón y las sonrisas descorridas de la gente, siento una inédita posibilidad de entreabrir una puerta. Por la sola y misteriosa razón de que me conduce de la mano.

Ingresamos juntos. Yo, un poco más atrás; él, como si el camino de entrada le resultara familiar. En el vestíbulo, adornado de espejos indiscretos, un reloj dio la hora con sobriedad de hospital. Una mujer alta y bien vestida, algo ajada, aunque de incierta edad, se acercó, adelantando la sonrisa, a recibirnos. En su pelo estirado y renegrido, dos crisantemos de papel mustio parecían como arrancados de una planta sin savia. No sé por qué aquellas flores me hicieron pensar en la muerte, como si desde una tumba se hubieran precipitado a ese pelo, para quedarse en él proclamando un aroma sin vida.

Arrastrando los labios hablaron la lengua del francés, con ese mohín mimoso que le ponen a las palabras. Ella me miró desde las cejas hasta los pies juntos de espera. Y me seguía mirando cuando escuché dar las medias de alguna hora imprecisa. Sin dirigirme la palabra, ni siquiera tocarme, con un mero ademán de que los siguiera, me condujeron a un cuarto espacioso, donde el orden superficial era un disfraz indolente y descarado del desorden.

Era aquél el primero de una larga fila que daba a un corredor, cuyo final no podía distinguir por el silencio oscuro que entonces lo envolvía. Una vez dentro, desde la boca roja se le descascaró aquel desvístete, sin preámbulos. Y con esa sumisión que nos contagia a veces la desgracia, me fui sacando el pantalón, la chaqueta, el corpiño, todo, como si fueran partes de mí misma que iba dejando caer en el suelo. Ella se acercó decidida hasta mí y con dos dedos me tomó levemente un pezón para apretarlo fuerte. Saqué la cara de aquel momento y seguí en pie, con los ojos clavados en otra parte. Acuéstate, volvió a soltar el rojo manchón. Sólo entonces atiné a ver la cama, ancha y con dosel, decorada extrañamente, como un injerto monstruoso en el medio de la habitación. Con una voz como de vidrios que se quiebran le ordenó: Procede. Entonces él, sin decir nada, me empujó hacia la cama y delante de aquellos ojos codiciosos me penetró sin espera. De la colcha se desprendían pájaros de un inocente esplendor, a los cuales les pedía con los ojos cerrados que me llevaran lejos.

No bien se sacudió las arrugas del traje, recibió la paga por mi cuerpo y me dejó en el burdel.

El sonido me corta, me perfora, me transforma, me levanta, me lleva, me detiene, me duele, me libera, me retiene, me caldea, me funde, nos enciende.

El sonido del saxo no es sonido: es carne y es sollozo y es latido.

Malena no puede soportar por más tiempo aquella figura recostada en la cama con esa otra mujer que la recorre como si estuviera repasando un catálogo de intimidades a la vista y paladeo de todo el mundo. El saxo es un entrevero de piernas, sudor y entrega, insistiendo en dos o tres notas, con el mismo ensañamiento de aquella mirada astuta y oblicua por demás, que la perfora a ella también, como si tuviera la culpa de algo que no sabe. Siempre me atormentaron las culpas que no tuve. Culpas inventadas por mí misma o por los otros; a lo mejor por nadie. Verdes gusanos de andar oscuro entrando en mí. Culpas que fermentan y se agrandan en el culpario. ¿De qué remotas cavernas provienen? ¿De qué nefastos abismos? Los ojos de aquella minúscula mujer se introducen en los míos como alfileres negros, hincándome un dolor extraño justo en el centro de las pupilas, que se quedan como mariposas muertas clavadas a un cartón.

Es entonces cuando más detesto a Manuel por ponerme a su alcance, por la aberración en traerme a toda costa, por su insistencia. Yo no quería. Detesto la ignorancia que tiene de mí: su mujer, su cueva, su reposo. Y detesto el... ¿Pero qué importancia puede tener esto ahora? Por primera vez mi predisposición incondicional a la entrega me parece despreciable, y despreciables también las inflexiones de mi voz, y aquella manera suya de agujerear las palabras con el silencio, dejándolas igual que hojas de un árbol, perforadas por plagas malignas. Sí. Todo mi ser me parece despreciable, casi tanto como lo que hace esta mujer tendida allí, con los muslos juntándose en el vértice del sexo.

El saxo le deja redondeles vibrando en los oídos, latiendo en la humedad de las manos. La saca y mete de una pesadilla o realidad donde la voz que la comandó siempre, de golpe, pierde fuerza. Un velo hasta entonces intocado se descorre para dejarla penetrar casi inadvertidamente al otro lado de la luna; el revés de su mundo cotidiano, el negativo de su ficha biográfica. Un espejo invertido aparece ante ella y desdobla su rostro. Se asusta al verse en su luna plateada. De sus ojos chorrean nudos; amarillentos nudos que el paso del tiempo endureció. Una náusea progresa en su interior, doblándola cuando mira sus cabellos anudados en las puntas, como víboras que alguien hubiera estrangulado. La lengua es también un gran nudo que dormita. Un puñado de nudos, sus dedos en las manos. Ahogada por tanta trabazón, ¿cómo pensar siquiera?

No escucho a Manuel aunque sé que me llama, porque su boca cuando se abre toma la forma de mi nombre. Alguien que no conozco repite mi nombre. De repente comprendo las diferentes dimensiones del silencio, y pienso que de haberlas conocido antes tal vez hubiera navegado ese mar con otro cuaderno de bitácora. O me hubiera negado a recorrerlo. Unos ojos anclados en la orilla contemplan mi naufragio. Desde la puerta de un conservatorio sin sonidos ya, ni resonancia, contemplan mi naufragio, sabiendo que pospusimos el viaje para nunca o quizás para otra existencia.

Veo las franjas del silencio separadas unas de otras, deslizándose hacia adelante desde un mismo puerto, sin la menor posibilidad de contacto. Las líneas paralelas nunca se encuentran, nos decían en la escuela secundaria, pero nunca sospeché, y menos en aquel momento de brotos que despuntan, que la geometría sirviera para desentrañar la vida. ¿Si no hay puntos de contacto dónde se encuentran las aves cuando emigran?

El saxo duele en la otra cara de la luna, y sé que de alguna manera, por fin, me pertenezco.

Permanecíamos encerradas sin ver nada más que el pedazo de calle enmarcado en la ventana: gris, plano, irisado a la noche por los carteles luminosos de tanto negocio bullente, de tanta casa de citas, de tanta mescolanza de vida y vicio. Era el tiempo en que el Frente de Liberación alimentaba su furia cada vez con más víctimas. No llegaban diarios al lupanar, por supuesto, y rara vez escuchábamos la radio, a no ser para dejarnos ir, soñolientas como gatas desnudas tras un clarinete, una trompeta o el saxo de Stan Getz. Eso sí nos gustaba, porque nos hacía temblar desde adentro. Pero nadie ignoraba que la violencia se comía a los detractores cada vez con más ensañamiento, haciéndolos desaparecer en sus fauces de intransigencia y de metralla. Tiempo sangriento aquel. Tiempo de duelo blanco por donde corría siempre la misma lágrima, el mismo adiós definitivo e inútil. Por eso, por los peligros de afuera, y porque la mayoría tenía alguien a quien llorar desperdigado entre selvas y tumbas, preferíamos quedarnos guardadas en el burdel, donde la asiduidad de los hombres languidecía, como si con el rigor de la guerra se les hubiera aletargado el deseo. Paseábamos, entonces, por los salones desmantelados: las fundas sobre los muebles, el polvo sobre el silencio y esa calma desteñida, como en reclusión domiciliaria. Entre las luces convalecientes iban, mezclados a los bostezos contagiosos, nuestro desperezamiento y aquel andar sin ruido por el corredor, para no interrumpir el descanso de las que seguían dentro del sueño. Entonces era el té caliente en la cocina con los kimonos puestos, las risitas cortas, las frases largas, y esa seriedad que se pone en las palabras cuando no se está jugando. Hasta las flores de papel, que la costumbre nos ponía en el cabello, parecían ahora más nuevas, sin la huella nocturnal de los hombres. Como nuestras caras que fueron adquiriendo, a medida que se deshacía el prostíbulo, el olvido de tanto olor superpuesto, de toda esa rutina obligada del deseo.

Era en esos momentos cuando más me acordaba de la distancia amarillenta y la figura de mi madre yéndose. Yéndose hasta no ser más que una imagen borrosa, diminuta, un punto, una ausencia absoluta en el campo vacío. Es curioso. En ese preciso instante en que ella termina de desaparecer se abre un pozo, que me vacía por el mero efecto de sorberme enteramente, convirtiéndome en un boquete absoluto de tristeza. Entonces buscaba los ojos de Lin, sus manos tibias paseando sobre mi piel aquella ternura intrascendente que ponía al tocarme. Sentadas en el butacón rojo de la antesala principal -aquel que nos dejaban usar cuando no venían clientes- nos contábamos nuestras cosas, las dos. Nuestros exilios, mi venta, su caída. Sus brazos rodeando mi cuerpo lánguido. Amanecida de descanso y de confianza, y con algún trocito de esperanza, buscaba en aquel contorno, ahora lo sé, el cálido regazo de mi madre.

Así comencé. Entre el hartazgo de los hombres y esa angustia de amar sin paradero.

El saxo yendo de la estridencia a la ronquera, de la delgadez extrema al denso ronroneo, se empecina sobre la misma nota, viboreando, clavando y remachando su voluptuosidad en los cuerpos.

Yacente en el diván, la piel de la mujer oriental también parece de una transparencia tornasolada y ambigua. Dos dedos toscos le recorren la mareada red de las venas, con una delicadeza artificial que intenta prender el deseo. Reincidentes, la exploran. La detallan. Mientras Malena se aprieta más y más contra el respaldo de la butaca, tratando de empujar bien adentro un grito elemental, para que no se desboque y salga incontrolado a desbaratar la voz del saxo. La tensión inflama la sala de punta a punta, de pulso a pulso. Aliento sobre asombro. Fiebre sobre avidez. Desespero total. Angustia roja.

La boca grande busca el cuello ladeado, donde parece pernoctar la curva de un cisne claudicante. Manuel vuelve a clavarle las uñas en el brazo, marcándole lunitas flacas en la piel. (Lunitas que se le quedan ardiendo como si fueran los sonidos del saxo impresos en la carne). Desde abajo de la mujer de azul; desde atrás de ese ángulo que forman el cuello y el hombro -allí donde se ponen los besos cuando existe algún cariño- Mei Li la mete en sus ojos, cada vez más dilatados ante la proximidad del contacto. Con maliciosa crueldad la llama; desde su muda seriedad la reclama, arrancándola casi de aquella absurda inmovilidad; para luego sin transición, como si partiera de una boca ajena, precipitarse en la sonrisa que le tapa la humillación -abandono- claudicación abyecta de ser vencida sobre una cama anónima de un lugar cualquiera del planeta.

Por esas cosas que tienen los recuerdos de sacarnos de en medio, Mei Li inexplicablemente está lejos, indiferente, trascendida. Viajera de quién sabe qué galaxias o escondrijo o tumbas. Una máscara de luna la protege y es seguro que ya nada la insultará, detrás de esa sonrisa de clisé que le defiende la cara; ni siquiera los hombres que han entrado en el juego de un abrazo que a todos nos nivela y nos denigra.

El saxo sabiamente recorre con su lengua sonora las ocultas esquinas del deseo.

Aquella piel de tigre que vino después de una cacería de Semana Santa para quedarse dormida a los pies de la cama matrimonial, era de cuanto poseía Malena lo único que sentía exclusivamente suyo. ¡Qué sensación tan extraña! Rememoraba el día en que llegó. Con las zarpas vacías, la cabeza cayéndose para un lado y para otro del cuerpo flexible, y los agujeros de los ojos mirándola desde su ceguera. No sabía por qué, desde el primer momento, esa piel ejerció sobre ella una atracción irresistible. Como un grito que se escucha del otro lado de un muro y se quiere alcanzar para asir y retener entre los dedos hasta develarle el sentido. Era algo mágico. Como si dentro de ese espacio sagrado todas las cosas fueran posibles: las fantasías; la demolición de tanta circunstancia solidificada en la rutina; los reencuentros; la delicia irracional de la tentación y el riesgo de la caída.

Es como un llamado a mudar de piel para nacer de nuevo en el paraje ilusorio de lo no sucedido. Y ese ulular ocurre, precisamente, cuando la soledad se vuelve tan ancha y tan

baldía que ni siquiera ella se encuentra. Entonces entra en la piel. Parada encima del grito que la urge, recorre su contorno de zarpas huecas y gruñidos muertos. Con las plantas de los pies oprime el pelaje suave, indagando la caprichosa simetría de las manchas, sus extremidades cortas, la cola felpuda y gorda. Con los dedos encorvados le busca el centro, los bordes, haciendo giros una y otra vez, mientras su figura va creciendo desde el suelo hacia arriba, hasta contenerla entera en su selvático y suavísimo recinto.

En ese territorio que la exorciza y la libera, se desatan las amarras y emprende el viaje postergado. Sentada al taburete, las manos ya sobre el teclado ansioso, el pie sobre el pedal aún sin tocarlo; durante ese minuto anterior al primer acorde y posterior al silencio inicial, busca los ojos de él para introducirse en ellos y quedarse allí, hecha una isla rodeada nada más por su mirada. La interpretación no se puede retardar por más tiempo. El público espera. Sus párpados bajan como diciéndole: empieza. Entonces, pulsando las teclas se deja ir hacia la consumación total, la plenitud sonora, el éxtasis.

Los aplausos la envuelven. Sus ojos. La ovación. Cuando el teléfono suena y Malena corre apresurada, porque puede ser Manuel que la requiere.

Nunca tanto como cuando el saxo oscila sobre la misma síncopa, Mei Li siente la imperiosa necesidad de abrazarse. Con los brazos en cruz mecerse. Con los brazos en cruz dormirme, ciñéndome toda, con los brazos blandamente en cruz. Como si estuviera de regreso al origen, al acurrucado centro de mi madre. Mecirme despacito para espantar al frío, hasta quedarme dormida como si ella me meciera.

Es entonces cuando aquel sueño negro se repite. Ese sueño que me habita y me embadurna, tan parecido a una burbuja que vuelve, de tanto en tanto, a reventar en la ciénaga de mi memoria. Es un sueño absurdo y agobiante. Me atemoriza soñarlo no teniendo a nadie a quien prenderme cuando me despierto. Un pozo sin brocal a ras del suelo, a veces con helechos en los bordes. Como un mojón invertido en el medio de un arenal vacío. Más que verlo lo siento dentro del sueño. Todos estamos a su alrededor: mi madre, mis hermanos y yo, con mi temblor de junco. Alguno de ellos, cualquiera, sin que medie palabra ni la hesitación se interponga, sin forzarme siquiera ni provocarme el grito, me lanza a la negrura que comienza en ese redondel de miedo y se va espesando a medida que se adentra en la intimidad humedecida de la tierra. Todos están ahí, formando un círculo de caras hieráticas que se quedan mirando mientras caigo. Simple agonía despatarrada, me dejo ir planeando hacia el fondo, hacia un fondo que nunca alcanzo.

Que esperen el término de mi caída sin moverse mientras me debato tratando de asir el aire negro; que no griten ni les invada la desesperación de mi pérdida, es lo más doloroso que me ha sucedido nunca, dentro o fuera del sueño. Nadie se angustia. Nadie levanta un brazo para detenerme, a pesar de que desaparezco engullida por esa oscuridad donde silba mi cuerpo desplomado con un ceremonial de barrilete. Sólo me miran mientras caigo y me sigo cayendo y la caída se prolonga y parece que nunca terminará, ni tocaré fondo, nunca.

Desde ese cilindro perverso veo sus rostros apoyados al brocal -no brocal de mi certeza. (La de que ellos pueden verme morir sin que yo les importe). O a veces no los veo, tan sólo los presiento, alineados contra el pozo (como ojos de pie), presenciando con deleite aquel espectáculo grotesco-alucinante. Desesperadamente deseo que su fondo me golpee de una vez para que todo termine, y yo renazca después en otra parte, siendo una flor, un mendigo o, tal vez, una efímera gota de rocío. Pero nunca muero del todo, y siempre permanezco.

Mi tío se levanta entonces rezongando, con aquella voz suya hecha de tropezones y de pedradas, para sacarme del sueño. Yo me quedo llorando de puro llanto sin consuelo durante un largo rato, hasta que los sollozos se cansan y vuelvo a dormirme, sin saber si volveré a caer en el mismo agujero o en un cándido espacio de infancia.

El saxo se revuelca también con desesperante lentitud, asfixiándonos dentro de la delicia total. Aunque no lo queramos nos arrastra, haciéndonos seguir, con arrobo y sufriendo, su retardada concentración en los bajos, con un lenguaje que va más allá de todas las palabras.

De pronto una estridencia lo convierte en un perro que extraña la blancura azulada de la luna.

Ami lado, el silencio de Manuel levanta un muro más ancho y compacto entre nosotros. Miro de reojo el desasosiego que el espectáculo le provoca, sus cambios de posición, sus manos que se descontrolan; suelta y recoge; recoge y suelta con impaciencia y vano disimulo. Me desentiendo con rabia de su angustia, pensando que si no me hubiera obligado a venir (o yo negado) nada de esto hubiera sucedido; nuestra vida permanecería inmutable en cualquier punto de la línea trazada por la costumbre.

Pero estoy en estas precisas coordenadas de lugar y momento, donde la luz violeta inesperadamente se intensifica sobre los cuerpos trasladándome, no sé por qué, a la casa quinta bajo los mangos tupidos de mi infancia, donde mi padre disuelve en una palangana de agua tibia un sobrecito de permanganato de potasio. Los grumos pequeños, que de tan violáceos parecen negros, salen bogando como un archipiélago que se desbanda para teñir el agua de rosa, rosa fuerte, casi lila, de un violeta total sin titubeos. Como el escenario que de pronto se ha quedado totalmente amortajado. Con un algodón empapado en aquel líquido triste me consuela el dolor sanguinolento, la humillación de la caída de regreso de aquella clase de piano. Después, con cuidado, me lleva a la cama, me acuesta y se queda conmigo hasta que me duermo.

Más que en ningún lugar, Mei Li siente aquí la impudicia. Ante estas paredes que limitan su espacio y la separan de los sándalos donde gritan los grajos. Se sabe un pájaro cuyo vuelo no dejará ningún rastro. Que el aire se cerrará detrás de ella apenas pase. Y eso,

paradójicamente, la ayuda a moverse, entregándose con una fuerza más vital al oleaje ascendente-descendente del saxo.

Después de aquella noche que la violó el francés, nunca volvió a ser la misma. No duda que es un cuerpo arrastrando infinidad de mutaciones (como la mariposa cuya metamorfosis no es ningún misterio). Nada más es necesario saber cuándo se producen los cambios, que por lo general ni se vislumbran, ni se intuyen, ni se les concede un gramito de existencia.

Para los otros ella es y será siempre una meretriz que baila.

Metida en el ricksha, camino de Saigón, juega hacia atrás con sus pisadas en las arenas mullidas del río; pero ese ajedrez descalzo, sin reglas ni propósito, no es realmente un juego, sino un internarse en sí misma, un librarse de esos ojos clavados como picos en los suyos. Eran de un marrón tan sin matices los ojos del francés, que a veces hasta parecían negros. Pero no, no lo eran, y uno podía darse cuenta de ello cuando los hacía saltar de un vértice al otro de las órbitas con una rapidez astuta, amenazante e intranquila, yendo y viniendo como si mirasen varias cosas a la vez. Como si estuvieran esperando algo inminente por cualquiera de los lados de la cara.

Aunque se acostumbró a él con la reiteración de la entrega y aquel entrecruzar de vez en cuando algunos monosílabos sumisos e insolentes, nunca pudo limpiarse del todo el roce brusco de sus manos explorándola, y ese dolor latiéndole en la intimidad avergonzada del cuerpo. Las tardecitas vacías con el portazo vibrando en el aire, las noches tumultuosas a su lado y, en las mañanas, el sol picándole en la cara hasta despertarle los ojos: eso era todo. ¿Cuánto tiempo duró? Ahora se le perdían las fechas en un calendario que seguía sucediendo sin interrupciones festivas.

El agua para el té larga su vapor mañanero sobre un rostro adormilado. Una mano se cuele por el tajo indolente del vestido, que parece sobre su cuerpo frágil un disfraz de mujer adulta. Las dos tazas resentidas, frente a frente: esperan. Y entonces sucedió aquello de salir a la calle. Cuando lo saturó el hastío la vendió simplemente al prostíbulo donde fue rematada varias veces como una virgen adolescente. La misma virgen cada mes, con la cara impasible tras los polvos de arroz, aguardando a ver quien sería esa vez el que compraba sus caricias de niña.

Todas las puertas se abren a un mismo corredor; tras ellas las mismas camas y encima todos los hombres. Y en los rincones de esa hilera de tristeza, sus prendas esparcidas por el suelo. Es tan total la sensación de desamparo que deja el hecho de curtirse en la lascivia, que aún no puede contestarse si habrá algo más triste que las bombachas usadas de una mujer, olvidadas en un rinconcito de burdel.

La metamorfosis de la mariposa no es ningún misterio. Eso lo dice la vida y lo repite el saxo y lo baila Mei Li. Sólo que a veces los demás ignoran por qué suceden los cambios.

Malena siente en la piel el tortuoso caminar del ultraje. Antes que mancillada se siente ella misma un ultraje viviente. Una mujer postergada, transgredida. Una mujer hecha de nudos. Por los ojos le cuelgan, por los labios la asedian, se le enredan al pelo, se le pierden adentro. Toda sucia de nudos. Ciegos nudos la acosan. Negros lazos la tensan. Ciego montón de sogas con piernas y cerebro. ¿Cómo se anuda el cerebro y hasta cuándo se puede anudar el derrotado corazón? Corazón, rosa abierta, el más grande atadero de los múltiples nudos del silencio.

El saxo suelta sus quejas graves, agudas. Roncas, graves, agudas. Como son las tristezas, las mías, las corrientes. Como son todas las tristezas.

La reiteración de un sueño me perseguirá siempre. Nunca sabré de qué lado de la noche se encuentra mi cuerpo. Si estoy yendo o volviendo sobre la huella circular que ahonda los trazos indelebles de mi destino de mujer pública.

Sé que todo se borrará en la marejada de otro tiempo. El uso y desuso de un cuerpo que de tan gastado ya no me pertenece se diluirá alguna vez, para mi suerte, en moldes nuevos que aún desconozco. Pero el sueño se obstina en repetirse. Volverá, reincidente, a empollar su huevo dorado dentro de la noche. Por alguna costura desatada de la oscuridad se colará para quedarse brillando sobre el sedimento de un cansancio sin término.

Indolente, sobre una alfombra de brotos pequeños que el viento levanta y moldea como crestas de agua-mar; desnuda y tendida en su claridad verde, te esperaré. Una sombra empezará a enturbiar, poco a poco, el círculo del sol hasta quedarse sobre mí, contemplándome desde lo alto. Aunque estaré dormida, esa frescura interpuesta entre mi cuerpo y el astro diurno me sacará del acto corriente de dormir. No atinaré a segmentar el tiempo pues ya estarás sobre mí, desplegadas las alas verdes, cavernosas, nervudas, de una fosforescencia casi incandescente. Tus ojos traslúcidos puestos en los míos desde un lugar hondo de ti. Tu cola enroscada a mi cuerpo, apretando mis valles, mis colinas. Mi cuerpo: temblor, lucha, forcejeo intenso, débil, casi un no forcejeo, queja, gemido largo, entrega, se quedará contigo.

Estarás dentro de mí, cálida espiga. Puro beso de mis paredes y tu piel de seda, salvando de un solo paso los secretos abismos que me abisman. De este corredor lleno de puertas me sacarás para llevarme contigo -participante activa de un oleaje alucinante-, vaina y espada de una misma muerte. Juntos. Con tus lenguas de fuego encendiendo mi aliento. Con tus lenguas en llamas convirtiéndome en brasas. Todo mi cuerpo se alumbrará con tu lumbre. Mis poros, transformados en surtidores de fuego, cantarán hacia arriba proclamando la entrega.

Harás del goce un ritual liberador de tanto sedimento desperdiciado en mis huesos. Se me agrandarán los ojos hasta las fronteras de la delicia, la delicia, la delicia estará en mí. Perderé mis límites. Se borrarán mis congojas. Fundida en tus alas, junto al verde candente de tus escamas, sentiré la inminencia del rescate -nítida, redonda, permanente, segura. Me subiré a tus alas. Sobre tus bocanadas de azufre, prendida a tu cuerpo largo atravesaré el firmamento. Y me iré. Lejos del olor rancio de las sábanas y del vino de arroz que se

adormila en el fondo olvidado de los vasos. Sin corredores delante, ni puertas que se abren y se cierran para dar paso a los rostros múltiples y anónimos de la noche. Rostros que no recuerdo. Sólo sudor y tacto. Y ese dolor sabido que se va apaciguando. Rostros que no me acuerdo. Cuerdo distanciamiento. Inevitable ardid para permanecer cuerda. Los recuerdos rondan el negativo de la cordura. Rondan, rondan y me ronda una ronda de cuervos. Reconozco sus picos pero no su aletazo. No recuerdo los rostros que me rondan como ronda de cuervos.

Pero no me sepultará la avalancha de rostros-cuervos-rondas, en tanto estés en mí, con las alas desplegadas -verde pasión de escamas. Mi cuerpo a tu contacto se desintegra en minúsculas partículas de éxtasis. Verde éxtasis transparente -éxtasis verde. Me llevarás contigo salvador -claro amante- dragón verde. Tus alas se vuelven brazos, labios tus fauces ardientes, y tus ojos simple abrazo que quizás, alguna vez, encontraré.

Y disuelta en el aire participo del viento, me libero de todo, me disipo y me pierdo.

Algunas veces, cuando la casa se queda ensombrecida por los murmullos opacos de la noche, y su hijo respira apaciblemente bajo las mantas que ella le ajustó al torso para arropar su sueño; en las frecuentes noches en que Manuel es llamado a su guarida y se encuentra con el tiempo deshabitado entre las manos, se acerca al piano, con el temblor aquel que precedía sus primeros conciertos. Tímidamente lo recorre con un dedo, suavemente con otro, sin abrirlo, como si desde su madera adusta pudiera responder a la caricia. Lo escudriña, lo palpa, lo desea. Los ojos lentos de reproches y las manos baldías. Se queda contemplándolo prendida a su hermético descanso, incapaz de levantar la tapa.

Entonces padecía la misma desolación de aquella tarde en que le puso un cerrojo a su talento, junto con el lastre que los días le fueron agregando poco a poco al silencio. En desvelo y vencida se abandona quedamente al sollozo. No por la soledad que es moneda corriente, no tanto por las ausencias de Manuel y esa mirada torva que le chorrea cuando regresa, como por el hecho irreversible de su traición. Sentada en la oscuridad, rememorando el sendero de ida y vuelta que unía el portoncito de madera de su patio a la casa del profesor, siente como martillazos que le llegan de antes, desde los volados de su delantal celeste, desde su primer cinto de mujer apenas, desde ese montón de años aplastados en el yunque del miedo, la apatía, la voluntad incolora. Ni siquiera se acuerda de una objeción convincente plantada frente a Manuel cuando condicionó el casamiento a su retiro del conservatorio. Todo sucedió sin lucha, sin ardor, sin resistencia; ni tan sólo el esbozo de una rabia legítima. Como si fuera lo más justo y necesario, lo más natural del mundo y consecuente, el entierro de un manantial, sin duelo ni congoja. (La congoja vendría después a través de actitudes, carencias, detalles. Así como la certeza de haberle entregado a Manuel una réplica falsa de sí misma).

Nunca se pueden rastrear con anticipación las verdaderas consecuencias de nuestros actos, porque en el momento de actuar nada más cuenta el presente. Y así como la vida está hecha de momentos, un momento condiciona generalmente toda una vida. Tal vez, quién

podría negarlo o afirmarlo, si la casa estuviera llena de música, si su amor se moviera entre las coordenadas del conocimiento real de sus dos almas, la sombra en el rostro de Manuel se hubiera atenuado o no hubiera existido.

Pero lo que no fue, no fue, ni será nunca. Y Malena no comprendió hasta mucho después que la peor de las congojas es no enterarse a tiempo de que se puede amar sin traicionarse.

Entonces es la evidencia: la irremediable realidad, la mareada línea de su índice sobre el teclado y el grito sin voz para no despertar al niño.

Fue en el burdel de Saigón, sobre la somnolencia de las mañanas avanzadas, de vuelta de la inconciencia andrajosa del sueño, bajo la memoria de las sábanas, con la resaca del licor subiendo y bajando como una burbuja espesa desde el estómago a la boca y de la boca hasta el alma, donde recibí algún cariño. Las otras chicas y yo, con las caras sobre los tazones humeantes de té y bollos tibios, nos contábamos las noches. Las nuevas lloraban en silencio, mientras nosotras nos reíamos. Y es notable, en algún cuerpo de aquellos encontré, por momentos, el hueco donde apilar tanta tristeza gastada, que a fuerza del uso pareciera haber perdido su primitivo desgarramiento.

Nunca pude arrancarme del todo esa tristeza que llevo como una túnica pegada al cuerpo cuando arrecia el soplo incisivo del recuerdo; o se me escapa por los costados del desconsuelo, si alguna alegría inesperada se hospeda brevemente en mí. Nunca pude. Sobre todo cuando tengo un hombre encima y debo fingir un placer que no siento.

La simulación es un arte milenario. Jamás me olvido de llevarla puesta: la simulación. Y la mujer que se debate en la butaca la practica también como un rito sagrado.

Para conservar un matrimonio supongo que es indispensable el consabido ramito aromático de cinismo. En el prostíbulo, el cinismo es siempre la quinta pared que nos libera de aquellos que no pueden amarnos. La boca finge un contento que está incluido en la tarifa, mientras se derrama entre los dientes esa mueca de felicidad que algunos llaman sonrisa y se queda en los labios para que la vea el cliente, creyendo con ingenuidad satisfecha que es verdadera.

Con sabia precisión ejerzo el arte milenario. Me escabullo del salón, de esos hombres sentados con su fragua encendida entre las piernas, de mi absoluta imposibilidad de acercamiento, del enrojecido delirio del saxo. Y sobrevivo.

No fue la primera vez que lo llamaron, pero sí la única después de tanto rato de comenzado el interrogatorio. La sangre, seca por un lado, tibia y corriendo por el otro, le marcaba las comisuras lacias de los labios. No bien llegó le informaron: Dice que sabe

mucho, señor, que conoce quien recibía las llamadas y tiene en la cabeza la red completa de la guerrilla. Duro con ella. Nadie socava impunemente la paz y el orden en que vive la república. Dicen que es una pieza clave, que está enterada de todo, más que nadie. Ya veremos. Duro con ella. Dicen que intervino en los últimos mítines callejeros, en reuniones fuera del país y estuvo entre los que pusieron la bomba en el ministerio. ¿Quién habrá sido el delator? Dicen que colgó sin identificarse. Nada más largó el dato y cortó. Fuimos sin demora y allí estaba, efectivamente, esperando a alguien que no vino. Se lo habrán soplado a tiempo. Estos tipos tienen bocinas en todas partes.

El saxo irrumpe de golpe con su insistencia sensual.

Al llegar la vimos tomando un cortado en el San Roque, así como adelantaron por teléfono. Ya se estaba levantando con el bolso y los libros casi en la mano. Entonces la agarramos, porque si seguíamos esperando se nos volaba la perdiz. No opuso resistencia, al contrario, se dobló no más, como si quisiera que todo terminara pronto, no sea que llegase aquel a quien estaba esperando, y lo tomáramos también. Enseguida se metió en la celular. Buen trabajo. Hay que darle hasta que cante. Está inconsciente, señor. Que recobre el sentido, y que sea rápido; no me levantaron de la cama para ver gente dormida. Sí, señor.

Se le frunció la nariz sobre la boca angosta del frasco de amoníaco; el olor incisivo le recorrió los ojos vacíos de luz y de entendimiento, pero inmensamente abiertos. Entonces comenzaron de nuevo bajo la luz mortecina que oscilaba en el techo. No fue fácil sentar el cuerpo laxo que al menor descuido se les escurría hacia abajo tocando casi el suelo. Sentarla y levantarla, hasta dejar ese estropajo magullado tiesamente sumiso como un bulto muerto. Con los puños, con la goma, la picana, los alambres siguieron insistiendo, aunque tanta aplicación sólo pudo arrancarle grito sobre grito. Grito agudo-grito bajo-grito queja-grito llanto-grito grito. Un grito largo y demencial que ahora repite el saxo.

El reloj dio tres golpes sonoros en la noche. Inténtelo otra vez. Las uñas lloran con ese chorrito manso que se coagula no bien llega al camastro. Cuatro golpes se escuchan en la noche. Y de nuevo. Y de nuevo y otra vez y otra más. Pero la boca sólo se abre para gritar. Insistan, y es la última. Cuando dieron las cinco entendieron, por fin, que no hablaría y que la tenían para divertirse. Eran tres, y por turno varias veces, bajo la mirada impasible del superior. Cuando el reloj dio las seis se fueron yendo.

Manuel aguarda, los ojos como de vidrio sobre el cuerpo manchado. El oscuro reducto del sexo llora sangre. En el supremo alivio del cansancio total los músculos se distienden, acomodándose a la delicia del abandono. Entonces él -mirada turbida, paso lento, pulso en tumulto- cierra con llave y se desprende.

El bronce galvaniza las respiraciones hasta un límite rojo. Las detiene, las trunca, las cobija, las revuelve, las muerde e intimida, las succiona, las ata, las desata. Toda la sala es un candente tembladeral, y yo me agito junto a Louise, que es casi una con mi cuerpo y el saxo.

La perennidad de la luna me demuestra lo transitorio de la hiedra y no me importa sentirla adherida a mí, tapizando mis venas. Sé que estoy más allá del bien y del mal. De los hombres, de la carne, de mi efímero destino. De las caricias de Louise extraigo pájaros cuyo vuelo me rescata para otro tiempo aún no nacido. El capullo tiembla antes de la profanación, y me resisto. No quiero descapullarme, sino volver a la savia inicial, al origen, al minúsculo germen de lo no comenzado, a las múltiples posibilidades de una nueva existencia.

Glacial, distante, con todos aquellos ojos clavándome sus púas en la carne, sigo haciendo mi papel. Nada puede tocarme. Nada ensuciar mi distanciamiento, ni siquiera estas manos que me alcanzan, ni la lascivia de ellos, ni tampoco tu desdén.

Soy un péndulo entre el ser y el no ser, entre el abismo y el éxtasis, entre la esencia y la imagen, y tú también, poquito a poco, sin penetrar aún la médula del misterio, vas descubriendo que eres un simple negativo de ti misma.

Corrió a vestirse. Corrió a vestirse no bien colgó el tubo. Acabado de llegar y ya en el baño. ¿Por qué lo llamarían de nuevo? El motor ya está en marcha y siente cómo Malena arrastra su despedida hasta la puerta. ¿Qué pudo pasar? Su pie castiga el acelerador con un rabioso desespero. El auto devora las esquinas y las cuadras, aunque parece detenido en la pregunta sin avanzar nunca. ¿Qué le pudo pasar a esa chica que me vuelven a avisar para que vaya? Un coche se le cruza y otro frena. ¿Por qué tendrá esa sensación de que algo acaba? ¿De algo que acabó en alguna parte? Otra vez a esa celda y tan temprano. Nunca le sucedió esto de tener que volver. Generalmente. El ajetreo de la ciudad inaugurando un día como cualquier otro. ¿Por qué se le requiere? Eso es lo que no entiende. Un grito vende noticias siempre iguales. Si no hay necesidad nunca te llaman. En una bocacalle sin semáforo ríen dos guardapolvos blancos. La dejó como dormida cuando le bajó la falda. ¿Le había bajado la falda? Por Dios, ya no me acuerdo si le bajé la falda. La floración de las carobas estalla contra un cielo liláceo. ¿Y a quién puede importarle si le bajé la falda? Preocupado y pensando mira el asfalto que se extiende hacia adelante, acortando la brecha entre la incógnita y la certeza. La ignorancia, la sospecha, la seguridad, el miedo, se instalan de repente en el asiento de al lado. ¿Qué le habrá pasado a esa muchacha que lo llaman de nuevo? La voz del ordenanza, sin matices. Para que venga rápido lo llamo. Las imágenes rojas le abrasan los pómulos tensos. Imágenes de dos horas atrás, de media, de una. ¿Cómo medir el tiempo cuando lo único que cuenta es el presente, el ahora, el aquí, el saber qué pasó con aquel cuerpo tendido en el camastro, usado, rehusado, manoseado y sangrando? ¿Cómo pude quedarme cuando todos se fueron? ¿Cómo pude quedarme? Hacer lo mismo. No logró resistir. No logró resistir la tentación de clavarle el poder en la inconciencia. Masa laxa, flexible, desvalida, casi inerme, obediente, con esa complacencia que pone el abandono, el vacío total, el remedo de muerte. Ya casi está llegando. Muerte. ¿Muerte? No, no pudo morir. Que no sea cierto. El reloj de la Catedral sale a su encuentro. Ya se lo hubieran dicho. No. No. No se lo hubieran dicho por teléfono. No quiero que haya muerto. No quiero que haya muerto. No quiere haber sido el último en tenerla. No, no con

una muerta, casi muerta. Con matemática precisión dobla la esquina. Los frenos chillan. La puerta principal: indiferente. Un guardia lo saluda, otro se aparta. La venia del soldado se le queda en los ojos como un paréntesis abierto. Todo es mentira. Tiene que ser mentira, una sucia mentira. Nada pasó con ella. En un corredor sin luz resuena su impaciencia. Habrán atrapado a otros. Eso tiene que ser. Por eso estoy aquí y me llamaron. Hay tantos luchando contra el orden y la paz y el progreso. Un subalterno lo espera respetuosamente de pie. En los ojos le busca la respuesta. ¿Qué pasa? casi grita, escupe, gime. La detenida ha muerto, señor.

Un molde como de hierro lo inmoviliza todo: las voces, las protestas, las diversas manifestaciones de la desgracia. Entiérrenla en el patio como a los otros, pero que sea de noche, desde luego.

Reanudo despiadadamente las ondulaciones de mi cuerpo, en tanto el saxo prolonga su metálica agonía. Me deleito con tu sobrecogido corazón reiniciando, una y otra vez, el simulacro de la entrega para lastimarte. Sé que cuanto más hondo te duela mi provocativa seducción, más pronto te sacudirás el disfraz de marioneta vestida de seda.

Los hombres arden como brasas resentidas.

Estás a punto de encontrarme cuando mi rastro se te pierde de nuevo, y ahora soy sólo un manojo de músculos en voluptuoso, aunque mecánico contoneo. Te horroriza la sed que provoca mi cuerpo en los demás, y me retraigo. Dudo, temerosa de mi fracaso, ignorando si ante tanto hostigamiento realizaré mi propósito (ese que barrunto desde el primer instante en que te vi) o, por el contrario, conseguiré tan sólo que te enquistes para siempre con más fuerza en tu reserva. Quiero despertarte, sacudirte los ojos, dolerte. Pero mi rostro tiene las letras del vicio y esa evidencia incuestionable me trastorna. No tienes por qué saber que la luna se arrima hasta esta cama pese al aliento indigno que se enreda en mi pelo. Mi coraje se retrae, desdibujado otra vez. Me dejo ir cubierta de luna blanca, blanca luna; pero tú, acosada por el escalofrío y el vértigo, no puedes comprenderlo.

Me escapo hacia el juego de mis pisadas, hacia todo aquello que pudiendo acontecer no ha sucedido, hacia el exilio y las tardes cavilosas sobre el limo de un río. Estoy dentro de un tiempo donde se puede jugar aún con los pies. Caminar las huellas al revés, un, dos, tres, las huellas al revés. Sé que no aguantarás, varada en el límite de ti misma; que tu fuga de la sala espera únicamente el estallido de un dique que a pesar de cuanto viste se afana en mantenerse. Una alegría inédita me recorre, entibiando mi fatiga y mi aterido corazón. Como círculos dejados por una piedra al caer al agua desde una mano certera, esa alegría se expande dentro de mí. Se prolonga, se duplica, prolifera, igual que el llamado de un gong que por fin alguien contesta. Ahora sé que saldrás. Roja de mí; roja bajo el antifaz de la noche; roja de asentimiento y de vejámenes, a los cuales podrás darles otros nombres, pero siempre serán los mismos. Saldrás. Y no me preguntes cómo te adivino el pensamiento. Simplemente sucede. Tal vez por la fuerza de mi propio deseo. Ya has visto suficiente. Lo

sé. Te irás. Pero no porque alguien te lo ordena, sino porque tú lo decidiste. Una enredadera de alegría me trepa desde los pies, me tiñe con su dorada claridad, rebasa mi alma.

En ese momento redondo, preciso, incandescente, sé que hice contacto con un ser como yo: diferente hasta el abismo en circunstancias, igual hasta el absurdo en la congoja.

El saxo me devuelve a la sala, a los hombres, a la línea indeleble de mi destino. Simulo un delirio total. Es mi trabajo. Ese placer que algunas mujeres dicen sentir con los hombres, tan cercano del mar por su oleaje, tan próximo a la cresta de la ola, sobre el vértice rotundo de la espuma. Ese placer que sólo conocí en el sueño.

Te levantas atajándote la boca con las manos. No me sorprende. Nada me extraña verdaderamente desde que se ocultó la luna. Yo también -lo recuerdo- tuve que reprimir las náuseas la primera vez que simulé un orgasmo para que no me echaran a la calle. A pesar de mi vencida posición me siento plena, distinta, limpia, toda florecida. ¿Será porque le entregué a una mujer que no conocía su rostro un espejo donde buscarlo?

Como un arco que se tensa para aflojarse luego, me disparo hasta perderme en el húmedo olvido.

Misteriosamente la consuela pensar que detrás de aquella mujer que baila en ese teatrillo acartonado, existe otra, libre y dueña de sus actos, no obstante la vileza de lo que está haciendo.

Sin arrancarse las estacas que la mantienen aún inmóvil, Malena sabe que de alguna manera se han empezado a desatar los nudos que la niegan.

Su hombre se enfurece. El saxo llora.

Incandescente una luz torna los ojos ciegos por la revelación. Es ya el ahogo acompasado del descanso. Ese acomodarse en el reposo. La distensión de los cuerpos enlazados. El silencio del saxo.

Un manojo de sogas se desata tremolando en el aire viciado del salón. De mis ojos caen nudos a montones. Se deslían mis dedos corrigiendo la curva endurecida por los años. Soy un puñado de lianas sueltas que se levanta, atraviesa la sala, el pasillo, el vestíbulo, la puerta. Salgo.

La calle, los faroles, el bar, la esquina, la voz de Manuel que me grita, pasan a mi lado sin tocarme. ¿Qué te sucede Malena, que te quedaste mirando hasta el final? ¿Estás loca?

(Como si no lo escuchara). No te reconozco, Malena, ¿qué te pasa? (No me reconoce). Pareces otra, decime. (¿Decirte?). Esto se acabó, Malena. Volvamos al hotel.

Él me trajo, y su voz no me alcanza. Como tampoco alcanza para correr el velo sobre nuestra existencia, dejándola igual que antes; como también es poca para sosegar las incógnitas que me asaltan, aullando qué haré después de tanta entrega, cuando pasen los años y mi hijo ya no me pida que me quede un ratito más a su lado, acompañándolo; como tampoco sirve para aclararme dónde colocaré el silencio de Manuel y el mío, agazapado siempre detrás de las palabras.

Sigo sin mirar las caras transeúntes que se cruzan conmigo sin fijarse en mi andar. La prisa traga las baldosas que retienen el sonido de mis tacos. Erguida la cabeza y nada de vergüenza en las pisadas. Todo se va cayendo a mi alrededor a medida que avanzo. Todo.

Manuel me llama y me llama, como desde atrás de una vidriera que, no obstante sus esfuerzos, le impide acercarse. De mis manos cuelgan sogas desmelenadas. Sogas desmelenadas cuelgan de mis manos. Mis dedos, sin que yo me percate, vuelven a ser parte de mí recomponiendo mi antigua figura. Como si fuera flotando, camino sin darme vuelta. Manuel casi corre tratando de negar la distancia. Grita. Me grita y grita: Taxi, taxi. Un auto para al costado del cordón de la vereda con un letrero luminoso sobre la espalda. Indiferente, el chófer abre la puerta. Malena, conseguí un taxi. Subí. Volvamos al hotel.

Su voz me llega como un eco gastado. Voy como asomada a mi propio brocal, mirando a una mujer que se sacude de las manos vacías el estigma de una claudicación que ya no cuenta.

En la calle apartada de aquel barrio parisien, donde existe un minúsculo teatrillo de burdel, los pasos de Malena resuenan en la noche.

El taxi espera con la puerta abierta.

i_____

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.